

ALPHONSHE DAUDET

***Cartas desde
mi Molino***

(selección)

Proemio.....	3
Instalación.....	4
La diligencia de Beaucaire.....	6
El secreto de maese Cornille.....	9
La cabra del señor Seguin.....	13
La arlesiana.....	17
La mula del Papa.....	19
El Faro de las Sanguinarias.....	31
La agonía de la «Semillante».....	34
Los aduaneros.....	38
Los Viejos.....	41
Baladas en prosa.....	45
I.- La muerte del Delfín.....	45
II.- El subprefecto en el campo.....	46
El hombre de la sesera de oro.....	49
El poeta Mistral.....	51
Las tres misas rezadas.....	55
I.....	55
II.....	56
III.....	58
Las naranjas.....	60
En Milianah.....	63
La langosta.....	69
En Camargue.....	72
I La Partida.....	72
II La cabaña.....	73
III ¡Á la espera!.....	74
IV Rojo y blanco.....	75
V El Vaccarés.....	76
Nostalgia de cuartel.....	78

Proemio

Avant-Propos

París

A mi mujer

«Ante mí, Honorato Grapazi, notario residente en Pamperigouste, ha comparecido: «El señor Gaspar Mitifio, marido de Vivette Cornille, vecino del lugar llamado de los Cigarrales y habitante en él; «El cual, por el presente, vende y transfiere con todas las garantías de derecho y de hecho, y libre de toda clase de deudas, privilegios é hipotecas, «Al señor Alfonso Daudet, poeta residente en París, aquí presente y aceptante, «Un molino harinero de viento, sito en el valle del Ródano, en pleno riñón de la Provenza, sobre una ladera poblada de pinos y carrascas; estando el susodicho molino abandonado hace más de veinte años é inútil para moler, por efecto de las vides silvestres, musgos, romeros y otras hierbas parásitas que trepan por él hasta las aspas.

«Eso no obstante, tal como es y está, con su gran rueda rota, y la plataforma con hierba crecida entre los ladrillos, el señor Daudet de clara encontrar el susodicho molino de su conveniencia y apto para servir en sus trabajos de poesía, lo acepta de su cuenta y riesgo, y sin recurso alguno contra el vendedor por causa de las reparaciones que en él pudieran hacerse. venta es al contado y mediante el precio convenido, que el señor Daudet Poeta, ha sacado y puesto sobre la mesa en dinero contante y sonante de ley, el cual precio ha sido cobrado y guardado por el señor Mitifio; todo ello a vista de los notarios y testigos infrascritos, de lo cual se extiende carta de pago con reserva.

«Contrato elevado en Pamperigouste, en el estudio de Honorato, en presencia de Francet Mamaí, tañedor de pífano, y Luiset, apodado el Quique, portador de la cruz de los penitentes blancos.

«Quienes firman con las partes y el notario, previa lectura...»

Instalación

Installation

¡Lo que se han asustado los conejos! Al cabo de ver tanto tiempo cerrada la puerta del molino, las paredes y la plataforma invadidas por la hierba, habían acabado por crear extinta la raza de los molineros, y hallando buena la plaza, habíanla convertido en algo así como una especie de cuartel general, un centro de operaciones estratégicas, el molino de Jemmapes de los conejos. La noche de mi llegada, sin mentir, había lo menos veinte sentados en corro alrededor de la plataforma, calentándose las patas delanteras en un rayo de luna. Al tiempo de abrir una ventana, ¡zas! todo el vivac sale pitando y se cuelan por la espesura, enseñando las blancas posaderas y rabo al aire. Espero que volverán.

Otro que al verme se queda muy extrañado, es el vecino del piso primero, un viejo búho, de siniestra catadura y cara de pensador, el cual habita en el molino hace ya más de veinte años.

Lo he encontrado en la cámara del sobradillo, inmóvil y tieso encima del árbol de cama, en medio del cascote y las tejas que se han desprendido. Me ha mirado un momento con mis redondos ojos; luego, despavorido al no conocerme, echó a correr chillando. ¡Hu, hu! y se puso a sacudir trabajosamente las alas, grises de polvo; ¡qué demonio de pensadores, nunca se cepillan! No importa, tal como es, con su parpadeo de ojos y su cara enfurruñada, ese inquieto silencioso me agrada mucho más que otro cualquiera, y no in e corre prisa desahuciarlo.

Conserva, como en lo pasado, toda la parte alta del molino con una entrada por el tejado, yo me reservo la planta baja, una piececita enjalbegada con cal, de bóveda rebajada como el refectorio de un convento.

Os escribo desde ella, con la puerta de par en par, y un sol espléndido.

Un lindo bosque de pino, chispeante de luces, baja ante mí hasta el pie del repecho. En el horizonte destácanse las agudas cresterías de los Alpillés. No se oye ruido alguno. A lo más, de tarde en tarde, el sonido de un pífano entre los espliegos, un collarón de mulas en el camino. Todo ese hermoso paisaje provenzal sólo vive por la luz.

Y ahora, ¿cómo queréis que eche de menos vuestro París ruidoso y obscuro? ¡Estoy también en mi molino! Este es el rinconcito que yo buscaba, un rinconcito aromático y cálido, á mil leguas de los periódicos, de los coches de alquiler, de la niebla. ¡Y cuántas cosas bonitas en torno mío! No hace más de una semana que estoy aquí instalado, y tengo llena ya la cabeza de impresiones y recuerdos. Sin más, ayer tarde presencié la vuelta de los rebaños a una masía que está al pie de la cuesta, y os juro que no cambiaría ese espectáculo por todos los estrenos que hayáis tenido en esta semana en París. Y si no, juzgad.

Habéis de saber que en Provenza es costumbre enviar el ganado a los Alpes cuando llegan los calores. Brutos y personas pasan allí arriba cinco o seis meses, alojados al sereno, con hierba hasta la altura del vientre; luego, al primer frescor del otoño, vuelta a bajar a la masía, y vuelta a rumiar burguesmente los grises altonazos que aromatiza el romero. Quedábamos en que ayer tarde regresaban los rebaños.

Desde por la mañana esperaba el zaguán, de par en par abierto, y los apriscos tenían el suelo alfombrado de paja fresca. De hora en hora exclamaba la gente: «Ahora están en Eyguières, ahora en el Paradón. Luego, de pronto, al atardecer, un grito general de

¡ahí están! y allá abajo, en lontananza, veíamos avanzar el rebaño entre un grandísimo nimbo de polvo. Todo el camino parece andar con él. Los viejos moruecos vienen a vanguardia, con los cuernos hacia delante y aspecto montaraz; detrás, el grueso de los carneros, las ovejas un poco cansadas y los corderos entre las patas de sus madres, las mulas con perendengues rojos, llevando en serones los lechales de un día, a quienes mecen al andar; después los perros, chorreando de sudor y con la lengua colgante hasta el suelo, y dos grandísimos tunos de rabadanes envueltos en mantas encarnadas, que les caen a modo de capas hasta los talones.

Todo esto desfila ante nosotros alegremente y se precipita en el zaguán, pateando con un ruido de chaparrón. Es cosa de ver qué movimiento de asombro en toda la casa. Los grandes pavos reales de color verde y oro, de cresta de tul, desde lo alto de sus perchas han conocido a los que llegan y los acogen con una estridente, trompetería. Las aves de corral, recién dormidas, se despiertan con sobresalto. Todo el mundo está en pie: palomas, patos, pavos, pintadas. El corral está como loco, las gallinas hablan de pasar en vela la noche. Diríase que cada carnero ha traído entre la lana, a la vez que un silvestre aroma de los Alpes, un poco de ese aire vivo de las montañas que embriaga y hace bailar.

En medio de ese barullo, el rebaño penetra en su yacija. Nada tan hechicero como esa instalación.

Los borregos viejos enternécense al volver a contemplar sus pesebres. Los corderos, los lechales, los que han nacido durante el viaje y nunca vieron la granja, miran en torno suyo con extrañeza.

Pero lo más conmovedor aun, es ver los perros, esos valientes perros de pastor, atreadísimos tras de sus bestias y sin ver otra cosa sino ellas en la masía. Por más que el perro de guarda los llama desde el fondo de su nicho, y que el cubo del pozo, rebosando de agua fresca, les hace señas, ellos no quieren ver ni oír nada, antes de que el ganado esté recogido, pasada la tranca tras de la puertecilla con postigo, y los pastores puestos a la mesa en la sala baja. Sólo entonces consienten en irse a la perrera, y allí, mientras lamen su gamella de sopa, cuentan a sus compañeros de la granja lo que han hecho en lo alto de la montaña: un paisaje tétrico donde hay lobos y grandes digitales purpúreas llenas de rocío hasta el borde de sus Corolas.

La diligencia de Beaucaire

La diligence de Beaucaire

Era el día de mi llegada aquí. Había tomado la diligencia de Beaucaire, una gran carraca vieja que no tiene que recorrer mucho camino para volverse a casa, pero que se pasea despacio a todo lo largo de la carretera para darse pisto, por la noche, de que viene de muy lejos. Íbamos cinco en la baca, sin contar el conductor.

En primer término un guarda de Camargue, hombrecillo rechoncho y velludo, trascendiendo a montaraz, con ojos saltones inyectados de sangre y con aretes de plata en las orejas, después dos boquereuses, un panadero y su yerno, ambos muy rojos, con mucho jadeo, pero de magníficos perfiles, dos medallas romanas con la efigie de Vitelio. Por último, en la delantera y junto al conductor, un hombre... no, un gorro, un enorme gorro de piel de conejo, quien no decía cosa mayor y miraba el camino con aspecto de tristeza.

Todas aquellas gentes conocíanse entre sí y hablaban de sus asuntos en voz alta, con mucha libertad. El camargués contaba que volvía de Nimes, citado por el juez de instrucción con motivo de un garrotazo dado a un pastor. En Camargue tienen sangre viva. ¿Pues y en Beaucaire? ¿No querían degollarse nuestros dos boquereuses a propósito de la Virgen Santísima? Parece ser que el panadero era de una parroquia dedicada de mucho tiempo atrás a Nuestra Señora, a la que los provenzales llaman la Buena Madre y que lleva en brazos al Niño Jesús; el yerno, por el contrario, cantaba ante el facistol de una iglesia nuevecita consagrada a la Inmaculada Concepción, esa hermosa imagen risueña a la cual representase con los brazos colgantes y brotando rayos de luz las manos. De ahí procedía la inquina.

Era de ver cómo se trataban esos dos buenos católicos y cómo ponían a sus celestiales patronas:

–¡Bonita está tu Inmaculada!

–¡Pues anda, que tu Santa Madre!

–¡Buenas las tomó la tuya en Palestina!

–¡Y la tuya, fea! ¿Quién sabe lo que habrá hecho? Pregúntaselo si no a San José.

Para creerse en el puerto de Nápoles, no faltaba más que ver relucir las facas, y a fe mía, creo que en efecto la teológica disputa hubiera parado en ello, a no haber intervenido el conductor.

–Dejadnos en paz con vuestras vírgenes –dijo riéndose a los boquereuses –todo eso son chismes de mujeres, y los hombres no deben meterse en ellos.

Al concluir hizo restallar la tralla con un mohín escéptico que afilió al parecer suyo todo el mundo.

La discusión había terminado, pero, disparado ya el panadero, tenía necesidad de descargarse con alguien, y dirigiéndose al infeliz del gorro, silencioso y triste en su rincón, le dijo con aire truanesco:

–¿Y tu mujer, amolador? ¿Por qué parroquia está? Es de suponer que esta frase tendría una intención muy cómica, puesto que en la baca todo el mundo soltó el trapo a reír. El amolador no se reía.

Viendo esto, el panadero dirigióse a mí.

–¿No conoce usted, caballero, a la mujer de éste? ¡Vaya con la picarueta de la feligresa! No hay dos como ella en Beaucaire.

Redobláronse las risas. El amolador no se movió, y se limitó a decir en voz baja, sin levantar la cabeza: –Cállate, panadero.

Pero a ese demonio de panadero no le daba la gana de callarse, y prosiguió más terne:

–¡Córcholis! No puede quejarse el camarada de tener una mujer así. No hay medio de aburrirse con ella un momento. ¡Figúrese usted! Una hermosa que se hace raptar cada seis meses, siempre tendrá algo que contar a la vuelta. Es lo mismo. ¡Bonito hogar doméstico! Imagínese usted, señor, que no llevaban un año de matrimonio, cuando ¡paf! va la mujer y se larga a España con un vendedor de chocolate. El marido se queda solito en la casa llorando y bebiendo. Estaba como loco. Al cabo de algún tiempo volvió al país la hermosa, vestida de española, con una pandereta de sonajas. Todos le decíamos:

–Escóndete, te va a matar.

Que si quieres, ¡matar! Se reunieron muy tranquilos, y ella le ha enseñado a tocar la pandereta.

Hubo una nueva explosión de risas. Sin levantar la cabeza, volvió a murmurar otra vez el amolador desde su rincón:

–Cállate, panadero.

El panadero no hizo caso, y continuó:

–¿Creerá usted, señor, que tal vez a su regreso de España se estuvo quieta la hermosa? ¡Quiá! ¡Que si quieres! ¡Su marido había tomado aquello tan a buenas! Eso le dio ganas de volver a las andadas. Después del español, hubo un oficial, luego un marinero del Ródano, más tarde un músico, después, ¡qué sé yo! Y lo bueno, que cada vez la misma comedia. La mujer se las lía, el marido llora que se las pela, vuelve ella, consuélase él. Y siempre se la llevan, y siempre la recobra. ¡Ya ve usted si tendrá paciencia ese marido! Debe también decirse que la amoladora es descaradamente guapa... un verdadero bocado de cardenal, pizpireta, muy nona, bien formada Y además blanca de piel y con ojos de color de avellana que siempre miran a los hombres riéndose. ¡A fe, parisiense mío, que si alguna vez pasa usted por Beaucaire!...

–¡Oh, calla, panadero, te lo suplico! –exclamó una vez más el pobre amolador con voz desgarradora.

En ese momento detúvose la diligencia. Estábamos en la masía de los Anglores. Allí se apearon los dos boquereuses, y juro a ustedes que no los retuve. ¡Farsante de panadero! Estaba ya dentro del patio del cortijo, y aún se le oía reír.

Cuando salió la gente, pareció quedarse vacía la baca. El camargués habíase quedado en Arlés el conductor iba a pie por la carretera, junto a los caballos. El amolador y yo, cada cual en su respectivo rincón, nos quedamos solos allá arriba, sin chistar.

Hacía calor, abrasaba el cuero de la baca. Por momentos sentí cerrármeme los ojos y que la cabeza se me ponía pesada, pero, imposible dormir. Continuaba sin cesar zumbándome en los oídos aquel «cállate, te lo suplico», tan tétrico y tan dulce. Tampoco dormía el pobre hombre. Desde atrás veía yo estremecerse sus cuadrados hombros, y su mano (una mano paliducha y vasta) temblar sobre el respaldo de la banqueta, como la mano de un viejo.

Lloraba.

–Ya está usted en casi, señor parisiense –me gritó de pronto el cochero, y con la fusta apuntaba a mi verde colina, con el molino clavado en la cúspide como una gran mariposa.

Me apresuré a bajar. De paso junto al amolador, intenté mirar más abajo de su gorro, hubiese querido verlo antes de partir. Como si hubiera comprendido mi

pensamiento, el infeliz levantó bruscamente la cabeza, y clavando la vista en mis ojos, me dijo con voz sorda:

–Míreme bien, amigo, y si cualquier día de estos oye usted decir que ha ocurrido una desgracia en Beaucaire, podrá decir usted que conoce al autor de ella.

Era su rostro apagado y triste, con ojos pequeños y mustios.

Si en los ojos tenía lágrimas, en aquella voz había odio. ¡El odio es la cólera de los débiles! Si yo fuese la amoladora, no las tendría todas conmigo.

El secreto de maese Cornille

Le secret de maître Cornille

Francet Mamau, viejo tocador de pífano, que viene de cuando en cuando a pasar la velada conmigo bebiendo vino cocido, me contó la otra tarde un pequeño drama de aldea del que fué testigo mi molino hace unos veinte años. El relato del buen hombre me conmovió y voy a intentar repetirlo tal como lo escuché.

Imaginaos por un momento, lectores queridos, que estáis sentados ante un jarro de vino perfumado y que es un viejo tocador de pífano el que os habla.

Nuestro país, mi buen señor, no ha sido siempre un lugar muerto y sin cantares como ahora. Antes había en él gran comercio de molienda, y, en diez leguas a la redonda, las gentes de las masías nos traían a moler su trigo. Todo alrededor del pueblo las colinas estaban cubiertas de molinos de viento. A derecha y a izquierda, sobre los pinos, no se veían más que aspas que giraban con el mistral, recuas de asnillos cargados de sacos, subiendo y bajando a lo largo de los caminos; y durante toda la semana daba gusto oír en lo alto el restallar de los látigos, el crujido de la lona y el «¡día hue!» de los ayudantes molineros. El domingo íbamos en pandillas a los molinos. Allí arriba los molineros pagaban el moscatel. Las molineras eran hermosas como reinas, con sus pañoletas de encajes y sus cruces de oro. Yo llevaba mi pífano y se bailaban farándulas hasta la noche. Aquellos molinos, como ve usted, eran la alegría y la riqueza de nuestro país.

Desgraciadamente, los franceses de París tuvieron la idea de establecer un molino de vapor en la carretera de Tarascón. ¡Muy nuevo, muy bonito! La gente se acostumbró a enviar su trigo a la fábrica, y los pobres molinos de viento se quedaron sin trabajo. Durante algún tiempo trataron de luchar, pero pudo más el vapor, y uno tras otro, ¡qué lástima! se vieron obligados a cerrar... Ya no se volvieron a ver llegar los asnillos... Las hermosas molineras vendieron sus cruces de oro... ¡Se acabó el moscatel! ¡Se acabó la farándula!... Ya podía soplar el mistral, las aspas permanecían quietas... Después, un buen día, el Ayuntamiento hizo derribar iodos aquellos chamizos, y en su lugar se sembraron viñas y olivares.

Sin embargo, en medio de la catástrofe, un molino se sostenía y continuaba girando valientemente sobre su colina, en las mismas barbas de las fábricas. Era el molino de maese Cornille, el mismo en que estamos pasando la velada en este momento.

Maese Cornille era un viejo molinero, que había vivido durante sesenta años entre harina, y entusiasta de su oficio. La instalación de las fábricas le había puesto como loco. Durante ocho días se le vio correr por el pueblo, alborotando la gente a su alrededor y diciendo que se quería envenenar a Provenza con la harina de las fábricas. «No vayáis allá—decía—; esos bandidos, para hacer el pan, utilizan el vapor, que es una invención del diablo, mientras que yo trabajo con el mistral y la tramontana, que son la respiración de Dios bendito...». Y hallaba un montón de hermosas palabras como estas en alabanza de los molinos de viento, pero nadie las escuchaba.

Entonces, rabioso, el viejo se encerró en su molino, y vivió completamente solo como un animal salvaje. Ni siquiera quiso conservar junto a él a su nieta Vivette, una niña de quince años que, desde la muerte de sus padres, no tenía más que a su abuelo en el mundo. La pobrecita tuvo que ganarse la vida, trabajando un poco por todas partes en las masías, en la recolección, los gusanos de seda o las aceitunas. Y, sin embargo, su

abuelo parecía quererla mucho. A menudo hacía cuatro leguas a pie bajo el sol abrasador para ir a verla a la masía en que trabajaba, y cuando estaba junto a ella, pasaba horas enteras mirándola llorando.

En la comarca se creía que el viejo molinero, al deshacerse de Vivette había obrado por avaricia; y no le hacía honor el dejar así a su nieta expuesta a las brutalidades de los lacayos y a todas las desdichas de las jóvenes de servir. Se encontraba también muy mal que un hombre de la reputación de maese Cornille y que hasta entonces se había respetado a sí mismo, anduviera ahora por las calles como un verdadero bohemio, con los pies descalzos, el gorro agujereado, la ropa hecha jirones... Lo cierto era que el domingo, cuando le veíamos llegar a misa, nosotros los viejos nos avergonzábamos de él; y Cornille se daba cuenta tan bien que no se atrevía ya a sentarse en nuestro banco. Se quedaba siempre a los pies de la iglesia, junto a la pila de agua bendita, con los pobres.

En la vida de maese Cornille había algo que no estaba claro. Nadir en el pueblo le llevaba trigo desde hacía mucho y, sin embargo, las aspas de su molino seguían trabajando como antes... Por la tarde se encontraba uno por los caminos al viejo molinero arreando por delante a su asno, cargado de grandes sacos de harina.

—Buenas tardes, maese Cornille—le gritaban los campesinos—; ¿sigue marchando el molino?

—Sigue, hijos míos—contestaba el viejo vivamente—. Gracias a Dios no es trabajo lo que nos falta.

Entonces, si se le preguntaba de dónde demonios podía venir tanto trabajo, se llevaba un dedo a los labios y respondía gravemente: «¡Chitón! Trabajo para exportar...». Nunca se le pudo sacar más.

En cuanto a meter las narices en su molino, no había que soñarlo. Ni la misma Vivette entraba allí...

Cuando se pasaba por delante, se veía la puerta siempre cerrada, las grandes aspas siempre en movimiento, el viejo asno ramoneando el césped de la plataforma, y un gran gato flaco que tomaba el sol en el borde de la ventana y nos miraba con aire maligno.

Todo esto olía a misterio, y despertaba comentarios por doquier. Cada cual explicaba a su modo el secreto de maese Cornille, pero el rumor general era que en aquel molino había todavía más sacos de escudos que de harina.

Sin embargo, todo se descubrió al fin. He aquí cómo:

Un buen día, mientras la juventud bailaba al son de mi pífano, me di cuenta de que el mayor de mis hijos y la pequeña Vivette se habían enamorado uno de otro. En el fondo no me contrarió, pues después de todo, el nombre de Cornille era honrado entre nosotros, y además me hubiera gustado ver correr por la casa aquel gorrion-cillo de Vivette. Sólo que como nuestros enamorados tenían muchas ocasiones de estar juntos, quise, para evitar accidentes, reglamentar el asunto en seguida, y subí hasta el molino para decir dos palabras al abuelo... ¡Ah, el viejo brujo! ¡Había que ver cómo me recibió! Imposible hacerle abrir la puerta. Le expliqué el asunto como pude, por el ojo de la llave; y mientras hablé, allí estuvo todo el tiempo aquel pícaro gato flaco resoplando como un demonio sobre mi cabeza.

El viejo no me dejó acabar, y me gritó groseramente que me volviera con mi pífano; "y que si quería casar a mi hijo, podía ir a buscar mozas a la fábrica... Pensad si me herviría la sangre al oír aquellas desconsideradas palabras; pero aun así tuve la prudencia necesaria para contenerme, y dejando a aquel viejo loco con su muela regresé a anunciar a mis hijos el contratiempo... Aquellos pobres corderillos no podían creerlo; me pidieron por favor les dejara subir juntos al molino para hablar al abuelo... No tuve el valor de negarme, y ¡prrrrr! allá van mis enamorados.

Cuando llegaron arriba, maese Cornille acababa de salir. La puerta estaba cerrada con dos vueltas; pero el bendito viejo, a] marcharse, había dejado fuera la escalera e inmediatamente se les ocurrió a los jóvenes entrar por la ventana, ver un poco lo que había en aquel famoso molino...

¡Cosa singular! La habitación de la muela estaba vacía... Ni un saco, ni un grano de trigo; ni rastro de harina en las paredes ni sobre las telarañas... Ni siquiera se respiraba ese buen olor cálido de trigo triturado que perfuma los molinos. El rodezno estaba cubierto de polvo, y el gran gato flaco dormía encima.

La habitación inferior tenía el mismo aire de miseria y abandono: una mala cama, algunos harapos, un pedazo de pan en un tramo de escalera, y luego, en un rincón, tres o cuatro sacos reventados, de los que se escapaban escombros y tierra blanca.

¡Allí estaba el secreto de maese Cornille! Aquel cascote era lo que paseaba por los caminos, para salvar el honor del molino y hacer creer que se hacía harina en él... ¡Pobre molino! ¡Pobre Cornille! Desde hacía mucho las fábricas le habían arrebatado su último trabajo. Las aspas seguían dando vueltas, pero la muela giraba en vacío.

Los jóvenes volvieron llorando a contarme lo que habían visto. El corazón se me partió al oírles... Sin perder un minuto, corrí a casa de los vecinos, les conté en dos palabras lo que pasaba, y convinimos en que había de llevar inmediatamente al molino de Cornille cuanto trigo había en las casas... Dicho y hecho. Todo el pueblo se puso en camino, y llegamos allá arriba con una procesión de burros cargados de trigo, ¡y éste era trigo de verdad!

Él molino estaba abierto de par en par... A la puerta, maese Cornille, sentado sobre un saco de cascote, lloraba con la cabeza entre las manos. Acababa de darse cuenta, al volver, de que durante su ausencia alguien había entrado en su casa y sorprendido su triste secreto.

—¡Pobre de mí!—decía—. Ahora no me queda sino morir... El molino está deshonorado.

Y sollozaba hasta partir el alma, llamando a su molino con toda clase de nombres, hablándole como a una persona de verdad.

En aquel momento llegaban los asnos a la plataforma, y todos nos pusimos a gritar muy fuerte, como en los buenos tiempos de los molineros:

—¡Ah del molino!... ¡Eh, maese Cornille!

Y he aquí que los sacos se amontonan ante la puerta, y el hermoso grano rojo se desparrama por tierra por todas partes...

Maese Cornille abría mucho los ojos. Había cogido trigo en el hueco de su vieja mano, y decía, riendo y llorando a la vez:

—¡Es trigo!... ¡Dios mío! ¡Trigo bueno!... Dejadme que lo contemple.

Después, volviéndose hacia nosotros:

—¡Ah! Bien sabía yo que volveríais a mí... Todos esos fabricantes son unos ladrones.

Queríamos llevarle en triunfo al pueblo.

—No, no, hijos míos; lo primero tengo que dar de comer a mi molino... ¡Imaginaos! ¡Hace tanto tiempo que no se ha llevado nada a los dientes!

Y todos teníamos lágrimas en los ojos al ver al pobre viejo bregar de derecha a izquierda abriendo los sacos, vigilando la muela, mientras el grano se trituraba y el fino polvo de trigo se elevaba al techo.

Hay que hacernos justicia: desde aquel día no permitimos que al viejo molinero le faltase trabajo. Después, una mañana, murió maese Cornille y las aspas de nuestro último molino dejaron de girar, esta vez para siempre... Muerto Cornille, no tuvo seguidores. ¡Qué queréis, señor!... todo tiene fin en este mundo, y hay que creer que

pasó la época de los molinos de viento lo mismo que la de las barcazas en el Ródano, la de los parlamentos y la de las casacas con grandes flores.

La cabra del señor Seguin

*A M. Pierre Gringoire,
poeta lírico de París.*

La chèvre de M. Seguin

—¡Siempre serás el mismo, mi pobre Gringoire! ¡Cómo! Te ofrecen un puesto de cronista en un buen diario de París y tienes el aplomo de rehusar... Pero mírate, desgraciado. Mira ese jubón agujereado, esas calzas derrotadas, esa cara flaca que pregona el hambre. ¡Ahí tienes, sin embargo, dónde te ha llevado tu pasión por los versos bonitos! He ahí lo que te han valido diez años de servicios leales en las páginas del señor Apolo... ¿No te da, al fin, vergüenza?

¡Hazte cronista, imbécil!, ¡hazte cronista! Ganarás buenos escudos, tendrás tu cubierto en casa de Brébant y podrás aparecer los días de estreno con una pluma nueva en el sombrero.

¿No? ¿No quieres? Pretendes seguir libre a tu modo hasta el fin... Pues bien, escucha un poco la historia de la cabra del señor Seguin. Verás qué es lo que se gana queriendo vivir libre.

El señor Seguin nunca había tenido suerte con sus cabras.

Todas las perdía de la misma manera: un buen día rompían la cuerda y se iban al monte, y allá arriba se las comía el lobo. Ni las caricias de su amo, ni el miedo al lobo, nada las retenía. Se trataba, a lo que parece, de cabras independientes, que querían a toda costa aire libre y libertad.

El bueno del señor Seguin, que no comprendía en absoluto el carácter de sus animales, estaba consternado. Decía:

—Se acabó; las cabras se aburren conmigo, no conservaré ni una.

Sin embargo, no se desanimó, y después de haber perdido seis cabras de la misma manera, compró la séptima, sólo que esta vez tuvo cuidado de buscarla muy joven, para que se acostumbrara mejor a vivir con él.

¡Ah, Gringoire, qué linda era la cabrita del señor Seguin! ¡Qué linda era con sus ojos dulces, su perilla de suboficial, sus pezuñas negras y lustrosas, sus cuernos rayados y sus largos pelos blancos que le hacían una hopalanda! Era casi tan encantadora como el cabrito de Esmeralda, ¿recuerdas, Gringoire? Y luego, dócil, cariñosa, se dejaba ordeñar sin moverse, sin meter la pata en la escudilla. Una cabrita deliciosa...

El señor Seguin tenía detrás de su casa un cercado rodeado de espinos. Allí fué donde instaló la nueva pensionista. La ató a una estaca en el sitio más bonito del prado, cuidando de dejarle mucha cuerda, y de cuando en cuando iba a ver si estaba bien. La cabra era muy feliz y pastaba con tanto gusto que el señor Seguin estaba radiante.

—Por fin—pensaba el pobre hombre—, ¡he aquí una que no se aburrirá conmigo!

El señor Seguin se equivocaba, su cabra se aburrió.

Un día, mirando al monte, se dijo: «¡Qué bien se debe estar allí arriba! ¡Qué gusto brincar en el brezo sin este maldito ramal que te desuella el cuello!... ¡Bien está, para el burro o el buey, pastar en un cercado!... Las cabras necesitan espacio».

A partir de aquel momento, la hierba del cercado le pareció insípida. Se aburrió. Adelgazó, dio menos leche. Daba lástima verla todo el día tirando del ramal, con la

cabeza vuelta en dirección al monte, dilatadas las narices, haciendo «¡Me!...» tristemente.

Bien notaba el señor Seguin que a su cabra le pasaba algo, pero no sabía lo que era... Una mañana, cuando acababa de ordeñarla, la cabra se volvió hacia él y le dijo en su lenguaje:

—Señor Seguin, escuche, languidezco en su casa, déjeme ir al monte.

—¡Oh, Dios mío!... ¡También olla! gritó el señor Seguin estupefacto, y del golpe dejó caer su escudilla; después, sentándose en la hierba, junto a su cabra—: Cómo, Blanquette, ¿quieres dejarme?

—Sí, señor Seguin.

—Tal vez estás atada demasiado corto; ¿quieres que alargue la cuerda?

—No vale la pena, señor Seguin.

—Entonces, ¿qué necesitas?, ¿qué quieres?

—Quiero irme al monte, señor Seguin.

—Pero desgraciada, ¿no sabes que en el monte está el lobo?... ¿Qué barás cuando aparezca?...

—Lo embestiré con mis cuernos, señor Seguin.

—El lobo se ríe de tus cuernos. Me ha comido cabras con más cuernos que tú. ¿Sabes, la vieja Renaude, la pobre, que estaba aquí el año pasado?, una cabra de una vez, fuerte como un macho cabrío, peleó con el lobo toda la noche... después, por la mañana, el lobo se la comió.

—¡Qué lástima! ¡Pobre Renaude!... No importa, señor Seguin, déjeme ir al monte.

—¡Divina bondad!...—dijo el señor Seguin—; ¿pero qué es lo que les pasa a mis cabras? Una más que me va a comer el lobo... ¡Pues no, vaya, te salvaré a pesar tuyo, picara! y para que no rompas la cuerda voy a encerrarte en el establo y allí estarás siempre.

El señor Seguin se llevó la cabra a un establo muy oscuro, cuya puerta cerró con dos vueltas. Desgraciadamente se había olvidado de la ventana, y apenas había vuelto la espalda, cuando la cabrita se marchó...

¿Te ríes, Gringoire? ¡Bueno!, lo creo, tú eres de los de las cabras, en contra del buen señor Seguin. Pronto veremos si te reirás.

Cuando la cabra blanca llegó al monte hubo un deslumbramiento general. Los viejos abetos no habían visto nunca nada tan lindo. Se la recibió como a una pequeña reina. Los castaños se inclinaban a tierra para acariciarla con la punta de sus ramas. La retama de oro se abría a su paso, despidiendo su mejor olor. Toda la montaña la festejó.

¡Piensa, Gringoire, lo feliz que sería nuestra cabra! Ni cuerda, ni estaca... ni nada que la impidiera pastar, brincar a su antojo... ¡Allí sí que había hierba! ¡Hasta por encima de los cuernos, amigo! ¡Y qué hierba! Sabrosa, fina, festoneada, formada por mil plantas... Bien distinta al césped del cercado. ¡Y flores! Grandes campánulas azules, dedaleras de púrpura con sus largos cálices, ¡toda una selva de flores silvestres, rebosantes de jugos embriagadores!...

La cabra blanca, medio borracha, se revolcaba allí dentro, con la patán al alio. y rodaba a lo largo de las pendiente», revuelta con las hojas caídas y las castañas...

Después, de un salto, se levantaba de repente sobre sus palas ¡Hop! y allá va, hacia adelante, a través de los bosques y los bojedales, tan pronto en un pico como en el fondo de un barranco, arriba, abajo, por todas partes... Parecía que había en el monte diez cabras del señor Seguin. Es que la Blanquette no tenía miedo a nada.

Franqueaba de un salto los grandes torrentes, que al pasar la salpicaban de polvo húmedo y de espuma. Después, chorreando toda, iba a echarse sobre cualquier roca plana y se secaba al sol... Una vez, al avanzar al borde de una meseta con una flor de

citiso entre los dientes, distinguió abajo, muy abajo, en la llanura, la casa del señor Seguin con el cercado detrás. Esto la hizo llorar de risa.

—¡Qué pequeña!—dijo—. ¿Cómo habré podido aguantar allí?

¡Pobrecilla! Al verse encaramada tan alto, se creía por lo menos tan grande como el mundo...

En suma, fué una buena jornada para la cabra del señor Seguin. Mediado el día, corriendo a derecha y a izquierda, cayó entre un grupo de rebecos que estaban devorando una parra silvestre. Nuestra pequeña viajera vestida de blanco causó sensación. Se le dejó el mejor sitio en la parra, y todos aquellos caballeros fueron muy galantes... Incluso parece—esto para entre nosotros, Gringoire—que un joven rebeco de negro pelaje tuvo la buena suerte de gustar a Blanquette. Los dos enamorados se alejaron por entre los árboles durante una o dos horas, y si quieres saber lo que se dijeron, ve a preguntarlo a los indiscretos manantiales que corren invisibles entre el musgo.

De repente, el viento refrescó. El monte se volvía violeta; era el atardecer...

—¡Ya!—dijo la cabrita—; y se detuvo muy asombrada.

Abajo, los campos estaban ahogados en bruma. El cercado del señor Seguin desaparecía entre la niebla, y de la casita no se veía más que el tejado con un poco de hamo. Oyó las esquilas de un rebaño que regresaba, y sintió muy triste el alma... Un gerifalte que volvía, la rozó con las alas al pasar. Tembló... después hubo un aullido en el monte:

—¡Uuuh, uuuh!

Pensó en el lobo; la muy loca no había pensado en él en todo el día. Al mismo tiempo se oyó una trompa muy lejos, en el valle. Era el bueno del señor Seguin que intentaba un último esfuerzo.

—¡Uuuh, uuuh!—hacía el lobo.

¡Vuelve, vuelve!... -gritaba la trompa,

Blanquette tuvo ganas de volver; pero acordándose de su estaca, la cuerda, el seto del cercado, pensó que ya no podría acostumbrarse más a aquella vida y que era mejor quedarse.

La trompa no se oía más...

La cabra percibió tras ella un ruido de hojas. Se volvió y vio en la sombra dos orejas cortas, muy derechas, con dos ojos relucientes... Era el lobo.

Enorme, inmóvil, sentado sobre sus cuartos traseros, allí estaba mirando a la cabrita blanca y saboreándola por adelantado. Como estaba seguro de que se la comería, el lobo no se apresuraba; únicamente, cuando ella se volvió, se echó a reír con maldad.

—¡Ja, ja! La cabrita del señor Seguin—y se pasó la gran lengua roja sobre sus labios resecos.

Blanquette se sintió perdida. Por un momento, recordando la historia de la vieja Renaude, que luchó toda la noche para ser devorada por la mañana, se dijo que tal vez lo mejor sería dejarse comer en seguida; después, sintiéndose arrebatada, se puso en guardia, la cabeza baja y los cuernos hacia adelante, como una valiente cabra del señor Seguin que era... No es que tuviera esperanza de matar al lobo, sino solamente para ver si ella podía resistir tanto tiempo como la Renaude...

Entonces avanzó el monstruo y los pequeños cuernos entraron en juego.

¡Ah, la valiente cabrita! ¡Qué animosa! Más de diez veces, y no miento, obligó al lobo a retroceder para tomar aliento. Durante estas treguas de un minuto, la glotona cogía todavía a toda prisa una brizna de su querida hierba; luego volvía al combate con la boca llena... Esto duró toda la noche. De cuando en cuando, la cabra del señor Seguin miraba las estrellas bailar en el claro cielo y se decía:

—¡Oh, con tal que resista hasta el alba!...

Una tras otra, las estrellas se extinguieron. Blanquette redobló sus embestidas, el lobo sus dentelladas... Un resplandor pálido apareció en el horizonte... Desde una alquería subió el canto de un ronco gallo.

—¡Por fin!—dijo el pobre animal, que sólo esperaba al día para morir; y se tendió en tierra, envuelta en su bella piel blanca toda manchada de sangre...

Entonces el lobo se arrojó sobre la cabrita y se la comió.

¡Adiós, Gringoire!

La historia que has oído no es un cuento de mi invención. Si alguna vez vienes a Provenza, nuestros caseros te hablarán muchas veces de la «cabra del señor Seguin, que luchó toda la noche con el lobo, y después, por la mañana, el lobo se la comió¹».

—Óyeme bien, Gringoire:

«Y después, por la mañana, el lobo se la comió».

¹ En occitano en el original: *cabro de moussu Seguin, que se battègue touto la neui emé lou loup, e piei lou matin lou loup la mangé.*

La arlesiana

L'Arlésienne

Para ir al pueblo, bajando desde mi molino, se pasa por delante de una hacienda construida cerca de la carretera, al fondo de un gran patio plantado de almececes. Se trata de una auténtica propiedad de agricultor de Provenza, con sus tejas rojas, su ancha fachada oscura perforada irregularmente, y en todo alto la veleta del granero, la polea para subir los fardos y algunos haces de heno que sobresalen...

¿Por qué me había impresionado aquella casa? ¿Por qué aquel portón cerrado me oprimía el corazón? No habría sabido decirlo, y sin embargo, aquella vivienda me producía frío. Había demasiado silencio a su alrededor... Cuando alguien pasaba, los perros no ladraban, las pintadas huían sin gritar... Y en el interior no se oía ni una voz. Nada, ni siquiera un cascabel de mula... De no ser por las cortinas blancas de las ventanas y el humo que subía de los tejados, se habría pensado que la finca estaba deshabitada.

Ayer, hacia las doce, regresaba del pueblo y, para evitar el sol, iba bordeando los muros de la hacienda, a la sombra de los almececes. En la carretera y delante de la finca, unos empleados silenciosos acababan de cargar una carreta de heno... El portón estaba abierto. Eché una mirada al pasar y, al fondo del patio, vi apoyado sobre una ancha mesa de piedra, con la cabeza entre las manos, a un anciano encanecido, con una chaqueta demasiado corta y pantalones destrozados... Me detuve. Uno de los hombres me dijo en voz baja: «¡Chut! Es el patrón... Está así desde que ocurrió la desgracia de su hijo.»

En ese instante, una mujer y un muchacho, vestidos de negro, pasaron cerca de nosotros con gruesos devocionarios de cantos dorados, y entraron en la hacienda. El hombre añadió: «Son la patrona y Cadet, que vuelven de misa. Van todos los días desde que el chico se mató... ¡Ah! señor, ¡qué tristeza!... El padre lleva aún la ropa del fallecido; no hay forma de que se la quite... ¡Día! ¡hue! ¡mula!». La carreta se movió para marcharse. Yo, que quería saber más cosas, le pedí al carretero que me dejara subirme a su lado, y ya arriba, entre el heno, tuve conocimiento de esta desgarradora historia...

Se llamaba Jan. Era un admirable agricultor de veinte años, prudente como una chica, fuerte y de rostro franco. Como era muy guapo, las mujeres lo miraban; pero él sólo llevaba una en la cabeza, una pequeña arlesiana, vestida de terciopelo y encajes, que había encontrado un día en la Plaza de Arles. En la hacienda no vieron esta relación con buenos ojos, al principio. La chica pasaba por ser muy coqueta y además los padres no eran de la región. Pero Jan quería a su arlesiana a toda costa. Decía: «Me moriré si no me la dan.» Tuvieron que ceder. Se decidió que se casarían después de la siega. Un domingo por la tarde, la familia acababa de cenar en el patio de la finca. Era casi un banquete de bodas. La novia no estaba presente, pero se había bebido en su honor todo el tiempo... Un hombre se presenta en la puerta y, con voz temblorosa, pide hablar con el patrón Estève a solas. Estève se levanta y sale a la carretera:

—Patrón —le dice el hombre— va usted a casar a su hijo con una desvergonzada que ha sido mi amante durante dos años. Esto que estoy diciendo puedo probarlo: ¡aquí tiene sus cartas!... sus padres lo saben todo y me la habían prometido, pero desde que su

hijo la busca, ni ellos ni la bella quieren saber nada de mí... Yo creía que después de lo nuestro, no podía ser la mujer de otro...

—Está bien —dice el patrón Estève después de mirar las cartas —entre a tomarse un vaso de moscatel.

El hombre responde: «¡No, gracias! Tengo más pena que sed.» Y se va. El padre vuelve a entrar, impasible; ocupa su lugar en la mesa y la cena termina alegremente... Aquella noche, el patrón Estève y su hijo se fueron juntos por los campos. Permanecieron bastante rato fuera; cuando regresaron, la madre los estaba esperando: «Mujer —dice el hacendado acercándole a su hijo— ¡abrázalo! ¡está sufriendo!...»

Jan no volvió a hablar de la arlesiana. Seguía amándola no obstante, e incluso más que nunca, desde que se la habían mostrado en brazos de otro. Pero era demasiado orgulloso para decir nada; eso fue lo que lo mató, ¡pobre chico!... A veces, pasaba los días enteros en un rincón, sin moverse. Otros días se ponía a trabajar la tierra con rabia y hacía él solo el trabajo de diez jornaleros... Cuando llegaba la noche, tomaba la carretera hacia Arles y caminaba hasta que veía surgir en el atardecer los gráciles campanarios de la ciudad. Entonces se daba la vuelta. Nunca fue más allá. Al verlo así, siempre triste y solo, la gente de la hacienda no sabía qué hacer. Temían una desgracia... Un día, estando a la mesa, la madre le dice mirándolo con los ojos arrasados en lágrimas: «Escucha Jan, si la quieres a pesar de todo, te la daremos...». El padre, rojo de vergüenza, bajaba la cabeza. Jan hizo un gesto negativo, y salió...

A partir de aquel día cambió su forma de vivir simulando estar siempre alegre para tranquilizar a sus padres. Volvieron a verlo en el baile, en la taberna, en los hierres. En la votación de Fonvielle, fue él el que encabezó la farándola. El padre decía: «Ya está curado». La madre por su parte, seguía estando preocupada y vigilaba a su hijo más que nunca... Jan dormía con Cadet, muy cerca del criadero de gusanos de seda; la pobre vieja hizo que colocaran una cama al lado de la habitación de sus hijos...

Llegó la fiesta de san Eloy, patrón de los agricultores. Gran fiesta en la hacienda... Hubo châteauneuf para todo el mundo y vino cocido como si cayera del cielo. Y petardos, fuegos artificiales en la era, y farolillos de colores en todos los almeces. Bailaron farándolas hasta agotarse. Cadet se quemó su camisa nueva. Jan parecía contento; quiso invitar a su madre a bailar; la pobre mujer lloraba de felicidad. A las doce fueron a acostarse. Todo el mundo necesitaba dormir. Pero Jan no dormía. Cadet contó después que había estado sollozando toda la noche. Al día siguiente, de madrugada, la madre oyó a alguien cruzar su habitación corriendo. Tuvo un presentimiento: «Jan, ¿eres tú?» Jan no respondió, estaba ya en la escalera. Rápidamente la madre se levanta: «¿Adónde vas, Jan?» Él sube al granero; ella sube detrás: «¡En nombre del Cielo, hijo mío!». Él cierra la puerta y echa el cerrojo. «Jan, mi Janet, contéstame. ¿Qué vas a hacer?» A tientas, con sus viejas manos temblorosas busca el picaporte... Una ventana se abre, se oye el golpe de un cuerpo caer sobre las losas del patio, y eso es todo... El pobre chico se había dicho: «La amo demasiado... Me voy...» ¡Ah! ¡qué miserables somos! Sin embargo, es un poco fuerte que el desprecio no pueda matar al amor...

Aquella mañana las gentes del pueblo se preguntaban quién podía gritar así, allá, en dirección a la hacienda de Estève... En el patio, ante una mesa de piedra cubierta de rocío y de sangre, la madre se lamentaba con su hijo muerto sobre sus brazos.

La mula del Papa

La mule du Pape

De todos los graciosos dichos, proverbios o adagios con que nuestros campesinos de Provenza adornan sus discursos, no sé ninguno más pintoresco ni extraño que éste. A quince leguas en contorno de mi molino, cuando se habla de un hombre rencoroso y vengativo, suele, decirse: ¡No te fíes de ese hombre! Es como la mula del Papa, que te guarda la cox siete años.

Durante mucho tiempo he estado investigando de qué, podría proceder este proverbio, qué era aquello de la mula pontificia y esa cox guardada siete años. Nadie ha podido informarme aquí acerca de del asunto, ni siquiera Francet Mamai, mi tañedor de pífano, quien tiene al dedillo las leyendas provenzales. Francet piensa, como yo, que debe de ser reminiscencia de alguna añeja crónica del país de Aviñón, pero nunca he oído hablar de ella, sino tan sólo por el proverbio.

–No encontrará usted eso más que en la biblioteca de las Cigarras –me dijo el anciano pífano, riendo.

Parecióme buena la idea, y como la biblioteca de las Cigarras está cerca de mi puerta, fui a encerrarme en ella ocho días.

Es una maravillosa biblioteca, admirablemente organizada, abierta día y noche para los poetas, y servida por pequeños bibliotecarios con címbalos que os dan música de continuo. Allí pasé, algunos días deliciosos, y al cabo de tina semana de investigaciones (hechas de espaldas al suelo), acabé por descubrir lo que apetecía, es decir, la historia de mi mula y de esa famosa cox guardada siete años. El cuento es bonito, aunque un poco inocente, y voy a tratar de narrárselo tal como lo leí ayer de mañana en un manuscrito de color del tiempo, que olía muy bien a alhucema seca y tenía por registros largos hilos de la Virgen.

El que no ha visto Aviñón en tiempo de los Papas, no ha visto nada. Jamás hubo ciudad como ella en lo alegre, viva, animada, en el ardor por los festejos. Desde la mañana a la noche, todo se volvían procesiones y peregrinaciones, con las calles alfombradas de flores, empavesadas con tapices, venidas de cardenales por el Ródano, ondeando al viento los estandartes, flameantes de gallardetes las galeras, los soldados del Papa cantando en latín por las calles, a compás de las matracas de los frailes mendicantes, luego, de arriba abajo de las casas que se apiñaban zumbando en torno del gran palacio papal como abejas en derredor de su colmena, oíanse también el tic tac de los bolillos que hacían randas, el vaivén de las lanzaderas que fabricaban los tisúes ole oro para las casullas, los martillitos de los cinceladores de vinajeras, las tablas de armonía ajustadas en los talleres de guitarrero, los cánticos de las urdidoras, y por encima de todo esto el ruido de las campanas y algunos sempiternos tamboriles que se oían roncar allá abajo, hacia el puente.

Porque entre nosotros, cuando el pueblo está contento, necesita estar siempre baila que te baila, y como por aquellos tiempos las calles de la ciudad eran demasiado estrechas para la farándula, pífanos y tamboriles apostábanse en el puente de Aviñón, al viento fresco del Ródano, y día y noche se estaba allí baila que bailarás.

¡Ah, qué felices tiempos, qué ciudad tan dichosa! Alabardas que no cortaban, prisiones de Estado donde se ponía a refrescar el vino. Jamás hambre, nunca guerra. He aquí cómo sabían gobernar a su pueblo los Papas del Condado.

¡He ahí por qué su pueblo los ha echado tanto de menos! Hubo uno sobre todo, un buen, viejo, que llamaban Bonifacio... ¡Oh, qué de lágrimas corrieron en Aviñón citando murió! ¡Era un príncipe tan amable, tan gracioso! ¡os reía tan bien desde lo alto de su mula! Y cuando pasabais junto a él, así fueseis un pobrete, hilandero de rubia o el gran Vegner de la ciudad, ¡os daba su bendición tan cortésmente! Un verdadero «papa de Ivetot», pero de un Ivetot de Provenza, con algo picaresco en la risa, un tallo de mejorana en la birreta, y sin la menor Jeannetone...

La única Juanota que siempre se le conoció a este santo padre era su viña, una viñita que habla plantado él mismo a tres leguas de Aviñón, entre los mirtos de Château–Neuf.

Todos los domingos, al salir de víspera, el justo varón iba a cortejarla, y cuando estaba allí arriba sentado al grato sol, con su mula junto a él y en torno suyo sus cardenales tumbados a la larga al pie de las cepas, entonces hacía destapar un frasco de vino de su cosecha (ese hermoso vino, de color de rubí, llamado desde entonces acá Château–Neuf de los Papas) y lo saboreaba a sorbitos, mirando enternecido a su viña. Luego de vaciar el frasco, al caer de la tarde volvía alegremente a la ciudad, seguido de toda su corte, y al pasar por el puente de Aviñón, en medio de los tamboriles y de las farándulas, su mula espoleada por la, música, tomaba un trotecillo saltarín mientras que él mismo marcaba el paso de la danza con la birreta, lo cual era gran escándalo para los cardenales, pero hacía decir a todo el pueblo: «¡Ah, qué buen príncipe! ¡Ah, valiente Papa!»

Después de su viña de Château–Neuf, lo que mas quería, en el mundo el Papa era su mula. El bendito señor se pirraba por aquella bestia. Todas las noches, antes de acostarse, iba a ver si estaba cerrada la cuadra, si tenía lleno el pesebre, y nunca se hubiera levantado de la mesa sin hacer preparar ante sus ojos un gran ponche de vino a la francesa, con mucho azúcar y aromas, que él mismo iba a llevarla, a despecho de las observaciones de los cardenales...

Preciso es decir también que la bestia valía la pena.

Era una hermosa mula negra salpicada de alazán, firme de piernas, lustroso el pelo, grupa ancha y redonda, llevando erguida la enjuta cabecita guarnecida toda ella de perendengues, lazos, cascabeles de plata, borlillas; además de esto, dulce como un ángel, de cándido mirar y con un par de orejas largas en continuo bamboleo, que le daban aspecto bonachón... Todo Aviñón la respetaba, y cuando iba por las calles no había agasajos que no se lo hiciesen, pues nadie ignoraba que ese era el mejor medio de ser bien quisto en la corte, y que con su aire inocente, la mula del Papa había conducido a la fortuna a más de uno. Prueba de ello Tistet Védene y su prodigiosa aventura.

Era en sus principios este Tistet Védene un descarado granuja, a quien su padre Guy Védene, el escultor en oro, hablase visto obligado a echar de casa, porque no quería hacer nada y maleaba a los aprendices. Durante seis meses viósele arrastrar su baquero por todos los arroyos de las calles de Aviñón, pero principalmente hacia la parte contigua al palacio papal; porque el pícaro tenía desde mucho tiempo atrás sus ideas acerca de la mula del Papa, y vais a ver que no eran descabelladas... Un día que Su Santidad se paseaba a solas bajo las murallas con su bestia, cátrate que se le acerca mí Tistet y le dice, juntando las manos con ademán de admiración:

–¡Ah, Dios mío, gran Padre Santo, valiente mula tenéis!... Permítame Vuestra Santidad que la contemple un poco... ¡Ah, Papa mío, que hermosa mula!... El emperador de Alemana no tiene otra tal.

Y la acariciaba, y le decía con dulzura como a una señorita:

—Ven acá, alhaja, tesoro, mi perla fina...

Y el bueno del Papa, conmovido, decía para sus adentros:

–¡Qué buen mocito! ... ¡Qué cariñoso está con mi mula!

¿Y sabéis lo que sucedió al siguiente día? Tistet Védene trocó su viejo tabardo amarillo por una preciosa alba de encajes, una capa de coro de seda violeta, unos zapatos con hebillas, y entró en la escolanía del Papa, donde antes de él no habían ingresado más que hijos de nobles y sobrinos de cardenales... ¡He ahí lo que es la intriga!... Pero Tistet no se limitó a esto.

Una vez al servicio del Papa, el pícaro continuó la farsa que tan bien le había salido. Insolente con todo el mundo, sólo tenía atenciones y miramientos con la mula, y siempre se le encontraba por los patios del palacio con un puñado de avena o una gavilla de zulla, cuyos rosados racimos sacudía guapamente mirando al balcón del Padre Santo, como quien dice: «¡Y em!... ¿Para quién es esto?» Tanto y tanto hizo, que a la postre el bueno del Papa, que se sentía envejecer, llegó a encomendarle el cuidado de vigilar la cuadra y llevar a la mula su ponche de vino a la francesa; lo cual ya no daba que reír a los cardenales.

Tampoco la mula se reía de esto... A la sazón, a la hora de su vino, veía siempre llegar junto a ella cinco o seis niños de coro, que se enfrascaban pronto entre la paja con su capa de color de violeta y su alba de encajes; luego, al cabo de un momento, un buen olor caliente de caramelo y de aromas llenaba la cuadra, y aparecía Tistet Védene llevando con precaución el ponche de vino a la francesa.

Entonces comenzaba el martirio del pobre animal.

Ese vino aromoso que tanto le gustaba, que le daba calor, que le ponía alas, tenían la crueldad de traérselo allí, a su pesebre, y hacérselo respirar; después, cuando tenía impregnadas en el olor las narices, ¡si te he visto, no me acuerdo! ¡El hermoso licor de sonrosada llama iba todo él a parar a las fauces de esos granujas!...

Y si no hicieran más que robarle el vino... Pero, todos esos seis eran unos demonios, en cuanto habían bebido... Uno le tiraba de las orejas, otro del rabo; Quiquet se le montaba en el lomo, Béluquet le ponía su birrete, y ni uno solo de esos pillastres paraba mientes en que de una corveta o de una sarta de coces el bueno del animal hubiera podido mandarlos a todos a la estrella polar y aunque fuese más lejos... ¡Pero, no! Por algo se es la mula del Papa, la mula de las bendiciones y de las indulgencias... Por más que hacían los muchachos, ella no se enfadaba, y sólo a Tistet Védene guardaba ojeriza. Por su puesto, cuando sentía a éste detrás de sí, le daba comezón en los cascos, y en verdad bien había por qué. ¡Ese perdulario de Tistet hacíale unas jugarretas tan feas! ¡Eran tan crueles sus invenciones después de beber!...

¡Pues no se le ocurrió cierto día hacerla subir con él al campanil de la escolanía, allá arriba, arribota, en lo más alto de palacio! Y lo que os digo no va de cuento; doscientos mil provenzales lo han visto. Figuraos el terror de aquella desventurada mula, cuando después de dar vueltas una hora a ciegas por una escalera de caracol y trepado no sé cuántos peldaños, encontróse de pronto en una plataforma deslumbrante de luz, y a mil pies debajo de ella vio todo un Aviñón fantástico: las barracas del mercado no más grandes que avellanas, los soldados del Papa delante de su cuartel como hormigas rojas, y allá abajo, sobre un hilillo de plata, un microscópico puentecito, donde había bailes y más bailes... ¡Ah, pobre bestia! ¡Qué pánico! Del grito que dio, todas las vidrieras del palacio retemblaron.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —exclamó el Papa, precipitándose al balcón.

Tistet Védene estaba ya en el patio, haciendo que lloraba y se mesaba los cabellos:

—¡Ah, gran Padre Santo, qué pasa! Pues pasa que la mula de Vuestra Santidad... ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí?... Pues pasa que la mula de Vuestra Santidad... ¡se ha subido al campanario!...

—Pero, ¿ella sola?

–Sí, señor, excelso Padre Santo, ella sola... ¡Mirad, mirad, vos, allá arriba!... ¿Ve Vuestra Beatitud la punta de las orejas asomando?... Parecen dos golondrinas...

–¡Misericordia! –exclamó el pobre Papa levantando los ojos–. Pero, ¿se ha vuelto loca? ¡Pero, si se va a matar! ¿Quieres bajarte, desventurada?...

–¡Caramba! Lo que es ella no hubiera deseado otra cosa sino bajarse... Mas, ¿por dónde? Por la escalera, no había ni qué pensarlo: esas cosas se suben, pero en la bajada hay con qué perniquebrarse cien veces allí...

Y la pobre mula desconsolábase, y rondando por la plataforma con los ojazos presa del vértigo, pensaba en Tistet Védene...

–¡Ah, bandido, si salgo con bien... menuda coz te suelto mañana por la mañana!

Con esta idea de la coz, hacía de tripas corazón; sin eso, no hubiera podido tenerse en pie... Al fin pudo lograrse sacarla de allá arriba, pero no costó poco que digamos. Hubo que descolgarla en unas angarillas, con cuerdas y un gato. Ya comprenderéis qué humillación para la mula de un papa eso de verse suspensa de aquella altura, nadando con las patas al aire, como un abejorro al cabo de un hilo. ¡Y todo Aviñón que estaba viéndola! La infeliz bestia no pudo dormir en toda la noche. Parecíale que daba de continuo vueltas por aquella maldita plataforma, siendo la irrisión de toda la ciudad congregada abajo; luego, pensaba en ese infame de Tistet Védene y en la bonita coz que iba a largarle mañana por la mañana. ¡Oh, amigos míos, vaya una coz! Desde Pamperigouste habría de verse el humo... Pues bien, mientras en la cuadra le preparaban este magnífico recibimiento, ¿sabéis lo que hacía Tistet Védene? Bajaba por el Ródano cantando en una galera pontificia y se iba a la corte de Nápoles con la compañía de jóvenes nobles que la ciudad enviaba todos los años junto a la reina Juana para ejercitarse en la diplomacia y en las buenas maneras. Tistet no era noble; pero el Papa quería a toda costa recompensarlo por los cuidados que había tenido con su bestia, y principalmente por la actividad que acababa de desplegar durante la jornada de salvamento.

¡Vaya un chasco que se llevó la mula al día siguiente!

–¡Ah, bandolero; algo se ha olido él! –pensaba, sacudiendo furiosa sus cascabeles–. Pero, es igual ¡anda pillo! ¡A la vuelta te encontrarás con tu coz... te la guardo!...

Y se la guardó.

Después de la partida de Tistet, la mula del Papa recobró su vida tranquila y sus aires de otros tiempos. No más Quiquet ni Bélugnet en la cuadra. Volvieron los felices días del vino a la francesa, y con ellos el buen humor, las largas siestas, y el pasito de gavota cuando cruzaba el puente de Aviñón. Sin embargo, desde su aventura dábanle muestras continuas de frialdad en la ciudad; los viejos meneaban la cabeza, los niños se reían señalando al campanario. El bueno del Papa mismo ya no tenía tanta confianza en su amiga, y cuando se dejaba llevar al extremo de echar un sueñecillo sobre la espalda de ella, el domingo a la vuelta de la viña, ocurríasele siempre esta cavilación: «¡Si fuese a despertarme allá arriba, en la plataforma!» Veía esto la mula, y aguantaba sin chistar; solamente cuando delante de ella se pronunciaba el nombre de Tistet Védene, estremecíanse sus largas orejas, y afilaba con una risita el hierro de sus cascos en el pavimento...

Transcurrieron así siete años; después, al cabo de esos siete años, Tistet Védene regresó de la corte de Nápoles. Aun no había concluido el tiempo de su empeño en ella; pero había sabido que el archipámpano de Sevilla acababa de morir de repente en Aviñón, y como el cargo parecíale bueno, había llegado muy aprisa a pretenderlo.

Cuando ese intrigante de Védene entró en el salón del palacio, a duras penas lo conoció el Santo Padre: tanto era lo que había crecido y ensanchado.

Preciso es también decir que, por su parte, el Papa se había hecho viejo y no veía bien sin antiparras.

Tistet no se acoquinó.

—¡Cómo! Excelso Padre Santo, ¿ya no me conoce Vuestra Beatitud?... Soy yo, ¡Tistet Védene!

—¿Védene?...

—Sí, ya sabéis... el que llevaba el vino francés a la mula.

—¡Ah! Sí... sí... ya recuerdo... ¡Buen mocito, ese Tistet Védene!... Y ahora, ¿qué pretendes de Nos?

—¡Oh! Poca cosa, Excelso Padre Santo... Venía a pedirlos... Y a propósito, ¿tenéis aún vos aquella mula? ¿Y está buena?... ¡Ah! ¡Cuánto me alegro!... Pues bien, venía a pedirlos la plaza del archipámpano de Sevilla, quien acaba de fallecer.

—¡Archipámpano de Sevilla tú!... Pero si eres demasiado joven. Pues ¿qué edad tienes?

—Veinte años y dos meses, ilustre Pontífice; cinco años justos más que la mula de Vuestra Santidad... ¡Ah bendita de Dios la valiente bestia!... ¡Si supiese Vuestra Beatitud cuánto amaba yo a aquella mula! ¡Y con qué pena acordábame de ella en Italia!... ¿Me permitiréis Vos que la vea?

—Sí, hijo mío, la verás —dijo el bueno del Papa, lleno de emoción.

—Y puesto que tanto amas a aquel bendito animal, no quiero que vivas lejos de él.

Desde este día quedas afecto a mi persona en calidad de archipámpano... Mis cardenales chillarán, pero ¡peor, para ellos! ya estoy acostumbrado... Ven a vernos mañana, al salir de vísperas, y Nos te impondremos las insignias de tu beneficio en presencia de Nuestro cabildo, y luego... te llevaré a ver la mula, y vendrás a la viña con nosotros dos... ¿Eh? ¡Ja, ja! ¡Anda, véte!...

No necesito decirles si Tistet Védene estaría contento al salir del salón del Solio, y con qué, impaciencia aguardó la ceremonia del día siguiente.

Sin, embargo, había en palacio alguien más satisfecho y más impaciente que él: era la mula. Desde el regreso de Védene hasta las vísperas del siguiente día, la terrible bestia no cesó de atiborrarse de avena y cocear la pared con los cascos de atrás. También ella se preparaba para la ceremonia...

Al día siguiente, luego de cantarse vísperas, Tistet Védene hizo su entrada en el patio del palacio papal. Allá estaba todo el alto clero, los cardenales con sus togas rojas, el «abogado del diablo» de terciopelo negro, los abades de conventos con sus menudas mitras, los mayordomos de fábrica de, San Agrico, las sotanas violetas de la escolanía y también el bajo clero, los soldados del Papa de gran uniforme de gala, los ermitaños del monte Ventoso con sus caras feroces y el monaguillo que va detrás tocando la campanilla, los hermanos disciplinantes desnudos hasta la cintura, los floridos sacristanes con toga de jueces; todos, toditos, hasta los queda las aspersiones de agua bendita, y el que enciende y el que apaga los cirios ... no faltaba ni tino solo... ¡Ah! ¡Era una hermosa ordenación! Campanas, petardos, sol, música, y siempre esos frenéticos tamboriles que guiaban la danza allá abajo, en el puente de Aviñón...

Cuando apareció Védene en medio de la asamblea, su empaque y su buen talante hicieron correr allí un murmullo de admiración. Era un magnífico provenzal, pero de los rubios, con largos cabellos de puntas rizadas y una barbita corta y primeriza que parecía hecha de vedijas de metal fino desprendidas por el buril de su padre, el escultor en oro.

Corrieron rumores de que los dedos de la reina Juana habían jugado algunas veces con aquella rubia barba, y en efecto, el señor de Védene tenía el glorioso aspecto y el mirar abstraído de los hombres armados por las reinas... Aquel día, para hacer honor a

su nación, había reemplazado su vestimenta napolitana por un capisayo bordado de rosas, a la provenzala, y sobre su capillo temblaba una gran pluma de ibis de Camargue.

Tan pronto como hubo entrado, el archipámpano saludó con aire galán, y dirigióse a la elevada escalinata, donde le esperaba el Papa para imponerle las insignias de su grado: la cuchara de boj amarillo y la sotana de color de azafrán.

Al pie de la escalera estaba la mula, enjaezada y presta a partir para la viña... Cuando pasó junto a ella, sonrióse satisfecho Tistet Védene y se detuvo para darle dos o tres golpecitos amistosos en la grupa, mirando con el rabillo del ojo para observar si le veía el Papa. La postura era buena... La mula tomó impulso...

—¡Toma, allá te va, bandido! ¡Siete años hace que te la guardo!

Y le atizó una coz tan terrible, tan terrible, que desde Pamperigouste se vio el humo, una humareda de polvo rubio donde revoloteaba una pluma de ibis... ¡Eso era todo lo que quedaba del infortunado Tistet Védene!...

Por lo común, las coces de mula no suelen ser tan fulminantes. Pero aquella era una mula papal. Y, además, ¡figuraos! ... ¡Se la venía guardando nada menos que siete años!... No hay mejor ejemplo de rencores eclesiásticos.

Aquella noche no pude dormir. El mistral estaba iracundo, y el estrépito de sus grandes silbidos me tuvieron despierto hasta el amanecer. El molino entero crujía, balanceando pesadamente sus aspas mutiladas, que resonaban con el cierzo como el aparejo de un buque. De su destruida techumbre escapábanse las tejas. En lontananza, los pinos apretados que cubrían la colina se agitaban zumbando entre tinieblas. Hubiérase creído que era el alta mar... me recordó mis gratos insomnios de hace tres años, cuando habitaba yo en el faro de las Sanguinarias, allá abajo, en la costa de Córcega, a la entrada del golfo de Ajaccio.

Otro bello rincón que encontré para meditar y estar solo.

Figuraos una isla rojiza de salvaje aspecto, el faro en una punta, y en la otra una vetusta torre genovesa, donde en mi tiempo vivía una águila. Abajo, a orillas del agua, las ruinas de un lazareto, invadido todo él por las hierbas; luego barrancos, malezas, grandes rocas, algunas cabras montaraces, caballejos corsos triscando con las crines al viento; por último, allá arriba, muy alto, entre un torbellino de aves marinas, la casa del faro, con su plataforma de mampostería blanca, donde los torreros se paseaban de acá para allá, la verde puerta ojival, la torrecilla de hierro fundido, y encima la gran linterna de facetas que relumbra al sol y echa luz hasta durante el día...

He aquí la isla de las Sanguinarias, tal como he vuelto a verla en mi imaginación esa noche, al oír roncar mis pinos. Antes de ser poseedor de un molino, en aquella isla encantada era donde iba yo a retirarme algunas veces, cuando necesitaba aire libre y soledad.

—¿Qué hacía allí? Lo que hago aquí; aun menos. Cuando me soplaban el mistral o la tramontana con excesiva violencia, situábame entre dos peñascos al borde del agua, en medio de las goletas, de los mirlos, de las golondrinas, y allí me estaba todo el día, en esa especie de estupor y delicioso anonadamiento que da la contemplación del mar. ¿No es cierto que conocéis esa grata embriaguez del alma? No se piensa, ni se sueña. Todo el ser se os escapa, vuela, se disipa.

Se es la gaviota que se zambulle, el polvo de espuma que sobrenada al sol entre dos olas, el blanco humo de aquel vapor-correo que se aleja, esa pequeña barca coralera de rojo velamen, aquella perla de agua, ese jirón de bruma, todo excepto uno mismo... ¡Oh, cuántas de esas bellas horas de semisueño y de divagaciones pase en mi isla!...

Los días de viento fuerte, no pudiéndose estar a orillas del agua, encerrábame en el patio del lazareto, un patio pequeño y melancólico, todo él embalsamado por el romero y el ajeno silvestres, y allí, arrimado al lienzo de las vetustas paredes, dejábame invadir

por el vago olor de abandono y de tristeza que flotaba con los rayos del sol entre los aposentos de piedra, abiertos por todas partes como tumbas antiguas. De vez en cuando oíase un portazo, un salto ligero entre la hierba: era una cabra, que acudía a rumiar al resguardo del viento. Al verme se paraba absorta, y quedábase plantada ante mí, con aire vivaracho, en alto los cuernos, mirándome con ojos infantiles...

Hacia las cinco, el portavoz de los torreros me llamaba para comer. Tomaba entonces un senderito escarpado a pico entre los matorrales, suspenso encima del mar, y me volvía lentamente al faro, girando la vista a cada paso hacia aquel inmenso horizonte de agua y de luz, que parecía ensancharse conforme iba yo subiendo.

Desde lo alto, era encantador. Aun me parece ver aquel magnífico comedor, de anchas losas, paramentos de encina, la bouillabaisse humeante en medio, la puerta abierta de par en par al blanco terrado, y los resplandores del poniente que lo inundaban...

Esperábanme allí, para ponerse a la mesa, los torreros. Eran tres: uno de Marsella y dos de Córcega; los tres pequeños, barbudos, con el mismo rostro curtido y resquebrajado, é idéntico pelone (gabán) de pelo de cabra, pero de porte y humor enteramente opuestos entre sí.

Por el modo de vivir de aquellas gentes, comprendíase enseguida la diferencia de ambas razas. El marsellés, industrial y vivo, siempre atareado, en continuo movimiento, recorría la isla desde la mañana a la noche, cultivando, pescando, recogiendo huevos de gouailles, emboscándose entre los matorrales para ordeñar una cabra al paso, y siempre en vías de hacer un alioli o de guisar alguna bouillabaisse.

Los corsos, fuera de su servicio, no se ocupaban absolutamente de nada; considerábanse como funcionarios, y pasaban todo el día en la cocina jugando interminables partidas de *scopa*, sin interrumpirlas más que para encender de nuevo las pipas con aire grave, y para picar con tijeras en la palma de las manos grandes hojas de tabaco verde... Por lo demás, marsellés y corsos eran tres buenas personas, sencillos, bonachones, y llenos de miramientos con su huésped, aunque en el fondo hubiera de parecerles un señor muy extraordinario.

¡Figúrense ustedes: ir a encerrarse en el faro por su gusto!... ¡Y ellos, que encuentran tan largos los días, y son tan felices cuando les toca la vez de bajar a tierra!... En la buena estación, esa gran ventura les llega todos los meses. Diez días de tierra firme por treinta de faro: he ahí lo que dispone el reglamento.

Pero con el invierno y los grandes temporales, no hay reglamentos que valga. Arrecia el vendaval, suben las olas, las Sanguinarias están blancas de espuma, y los torreros de servicio permanecen bloqueados dos o tres meses consecutivos, algunas veces hasta con terribles circunstancias.

—Caballero, oiga usted lo que me sucedió a mí — me contaba un día el viejo Bartoli, mientras comíamos —he aquí lo que me ocurrió hace cinco años en esta misma mesa donde estamos, una tarde de invierno, como ahora. Aquella tarde sólo estábamos dos en el faro: yo y un compañero llamado Tchéco...

Los otros estaban en tierra, enfermos, con licencia, no recuerdo bien... Acabábamos de comer, muy tranquilos... De pronto, cátrate que mi camarada deja de comer, me mira un momento con unos ojos pícaros, y ¡paf! se cae encima de la mesa, con los brazos adelante. Me acerco a él, lo muevo, lo llamo: «¡Oh, Tché!... ¡Oh, Tché!...» Nada: ¡estaba muerto!.. ¡Figúrese usted qué emoción! Más de una hora estuve estupefacto y tembloroso ante aquel cadáver; luego, de repente, se me ocurre esta idea: «¡Y el faro!» No tuve tiempo más que de subir a la farola y encender.

La noche estaba ya encima... ¡Señor, qué noche! El mar y el viento no tenían sus voces naturales. A cada instante parecíame que alguien me llamaba en la escalera... Y

además, ¡Una fiebre, una sed! Por nada del inundo me hubiese usted hecho bajar... ¡Me daba tanto miedo el difunto! Sin embargo, hacia el alba me entró un poco de ánimo. Llevé a mi compañero a su cama, le echó la sábana encima, recé un poco, y fui a escape a dar señales de alarma.

Por desgracia, había mar gruesa y de fondo: por más que llamé y llamé, nadie vino... Y yo a solas en el faro con mi pobre Tchéco, ¡sabe Dios por cuánto tiempo! Esperaba poder conservarlo conmigo hasta la llegada del barco: pero al cabo de tres días era de todo punto imposible... ¿Cómo arreglármelas? ¿Llevarle fuera? ¿Enterrarlo? La roca era demasiado dura; ¡y hay tantos cuervos en la isla! Daba pena abandonarles aquel cristiano. Entonces pensé en bajarlo a uno de los departamentos del lazareto...

Toda una tarde me llevó aquella triste faena, y le respondo a usted de que me hizo falta el valor...

¡Mire usted, caballero! Aun hoy, cuando bajo a esa parte de la isla en una tarde de ventarrón, me parece que todavía llevo auestas al difunto...

¡Pobre viejo Bartoli! Sudaba sólo al pensar en ello.

Así pasábamos las horas de comer, charlando largo y tendido: el faro, el mar, narraciones de naufragios, historias de bandidos corsos... Luego, al caer el día, el torrero del primer cuarto encendía su candileja, agarraba la pipa, la calabaza, un grueso Plutarco de cantos rojos (toda la biblioteca de las Sanguinarias) y desaparecía por el fondo. Al cabo de un momento, en todo el faro oíase un estrépito de cadenas, de poleas, de grandes pesas de reloj a los cuales se daba cuerda.

Durante ese tiempo, iba a sentarme fuera, en la terraza. El sol, muy bajo ya, descendía cada vez con más rapidez hacia el agua, llevándose tras de sí todo el horizonte. Refrescaba el viento, la isla teñíase de color violáceo. Por el cielo pasaba junto a mí con tardo vuelo un gran pajarraco: era el águila que volvía de regreso a la torre... Poco a poco subían las bramas del mar. Bien pronto veíase tan sólo el blanco festón de la espuma en torno de la isla... De pronto, por encima de mi cabeza, surgía una gran oleada de plácida luz. El faro estaba encendido.

Dejando en sombras a toda la isla, el claro haz de rayos iba a caer a lo lejos en alta mar, y allí estaba yo envuelto entre tinieblas, bajo aquellas grandes ondas luminosas que apenas me salpicaban al paso... Pero el viento seguía refrescando. Era preciso recogerse.

A tientas cerraba el grueso portón y corría las barras de hierro; después, y siempre a tientas, tomaba por una escalerilla de fundición, que retemblaba y sonaba con mis pasos o iba a parar a la cúspide del faro.

Por supuesto, allá sí que había luz.

Imaginaos una gigantesca lámpara Cárcel, de seis filas de mecheros, alrededor de la cual giran con lentitud las paredes de la linterna, unas cerradas por enorme lente de cristal, otras abiertas a una gran vidriera inmóvil que resguarda del viento a la llama...

Al entrar, quedábame deslumbrado. Esos cobres, esos estaños, esos reflectores de metal blanco, esas, paredes de cristal abombado que giraban con grandes círculos azulados, todo ese espejeo, toda esa balumba de luces, me daban vértigos por un instante.

Sin embargo, poco a poco habituábanse a ello mis ojos, y acababa por sentarme al pie mismo de la lámpara, junto al torrero que leía su Plutarco en voz alta, por temor de quedarse dormido.

Por fuera, la obscuridad, el abismo. En el balconcillo que da vuelta en torno de la vidriera, el viento corre aullando como un loco. Cruje el faro, la mar brama. En la punta de la isla, en las rompientes, las olas como que disparan cañonazos. A veces, un dedo invisible pega en los vidrios: algún ave nocturna, atraída por la luz, y que va a estrellarse de cabeza contra el cristal. Dentro de la linterna centelleante y cálida, nada

más que el chisporroteo de la llama, el ruido del aceite que cae gota a gota, y el de la cadena que va desenrollándose, y una voz monótona, que salmodia la vida de Demetrio de Falerea.

A media noche, levantábase el torrero, echaba el postrer vistazo a sus mechas, y bajábamos. Por la escalera salíamos al encuentro el colega del segundo cuarto, quien subía frotándose los ojos; se le entregaban la calabaza y el Plutarco. Luego, antes de meternos en cama, entrábamos un momento en la estancia del fondo, hecha un revoltijo de cadenas, grandes pesas, depósitos de estaño, calabrotes, y allí, a la luz del candilejo, escribía el torrero en el gran libro del faro, siempre abierto: Media noche. Mar gruesa. Tempestad. Buque de la vista por el horizonte.

Puesto que el mistral de la otra noche nos ha lanzado a la costa de Córcega, permitidme contaros una tremenda historia marítima de que los pescadores de por allá hablan a menudo en la velada, y acerca de la cual me ha suministrado la casualidad curiosísimos informes.

Hace de esto dos o tres años.

Bogaba yo por el mar de Cerdeña, en compañía de siete ú ocho carabineros de mar. ¡Rudo viaje para un novicio! En todo el mes de Marzo no tuvimos día bueno. El viento del este hablase encarnizado con nosotros, y el mar no abonanzaba.

Una tarde, que capeábamos el temporal, nuestra barca fue a refugiarse a la entrada del estrecho de Bonifacio, en medio de un archipiélago de islillas.

Su aspecto nada tenía de tranquilizador: grandes rocas peladas, cubiertas de aves, algunas matas de ajenjo, espesuras de lentiscos, y acá y acullá entre el fango algunos maderos en vías de podrirse; pero, a fe mía, para pasar la noche eran más preferibles aun esas rocas siniestras que el camarote de una vieja barca a medio cubrir, donde el oleaje entraba como Pedro por su casa, y con ella nos contentamos.

Apenas hubimos desembarcado, mientras los marineros encendían lumbre para guisarla *bouillabaisse*, me llamó el patrón, y enseñándome una pequeña cerca de piedra blanca, perdida entre las brumas al cabo de la isla, me dijo.

—¿Viene usted al cementerio?

—¡Un cementerio, patrón Lionetti! Pues, ¿dónde estamos?

—En las islas Lavezzi, señor. Aquí están encerrados los seiscientos hombres de la fragata Ligera, en el mismo sitio donde se perdió diez años hace... ¡Pobre gente! No reciben muchas visitas, y gracias que nosotros llegamos para decirles buenos días, puesto que ya estamos en él...

—Con sumo gusto mío, patrón.

¡Qué triste el cementerio de la Ligera!... Aun lo veo, con su bajo tapial, su puerta de hierro oxidada y dura de abrir, con centenares de cruces negras ocultas por la hierba. ¡Ni una corona de siemprevivas, ni un recuerdo, nada!... ¡Ah, pobres muertos abandonados, qué frío deben de tener en su tumba casual! Permanecemos arrodillados allí un momento. El patrón rezaba en alta voz. Enormes goletas, únicos guardianes del cementerio, giraban sobre nuestras cabezas y confundían sus roncós gritos con los lamentos del mar.

Concluídas las oraciones, nos volvimos tristemente hacia el rincón donde estaba amarrada la barca. No habían perdido el tiempo los marineros durante nuestra ausencia. Encontramos una gran hoguera llameante al abrigo de un peñasco y la marmita que humeaba. Tomamos asiento en corro, con los pies juntos a la lumbre, y bien pronto tuvo cada cual sobre las rodillas, dentro de una cazuela de barro rojo, dos rebanadas de pan moreno con mucho caldo. La comida fue silenciosa: estábamos mojados, teníamos hambre, y luego la, proximidad del cementerio... Sin embargo, desocupadas las

cazuelas, encendiéronse las pipas y nos pusimos a charlar un poco. Como es natural, se hablaba de la Ligera.

–Pero, vamos, ¿cómo sucedió aquello? –pregunté al patrón, quien con la cabeza apoyada en las manos, miraba la hoguera con aire pensativo.

–¿Que cómo sucedió aquello? –respondióme el bueno de Lionetti, con un hondo suspiro.

–¡ Ah! señor, nadie del mundo pudiera decirlo. Todo lo que sabemos es que la Ligera, llena de tropas para Crimea, zarpó de Tolón la víspera por la tarde, con mal tiempo. De noche aun, se echó a perder más la cosa.

Viento, lluvia, mar alborotado cual nunca. Por la mañana amainó un poco el viento, pero el mar seguía en sus trece, y todo esto, una maldita bruma del demonio, que no dejaba ver un fanal a cuatro pasos.

No, puede usted formarse idea, señor, de lo traidoras que son esas brumas. Eso nada importa; se me ha puesto en la cabeza que la Ligera debió perder el timón de madrugada; porque, no hay bruma que valga; sin una avería, el capitán no hubiese venido a estrellarse aquí. Era un duro marino, a quien todos conocíamos. Había mandado la estación naval de Córcega durante tres años y sabía la costa tan bien como yo, que no sé otra cosa.

–¿Y a que hora se cree que pereció la Ligera?

–Debió de ser a mediodía; sí, señor, en pleno mediodía... Pero, ¡caramba! con la bruma de mar, ese pleno mediodía no valía mucho mas que una noche oscura como boca de lobo...

Un aduanero de la costa me ha contado que aquel día, habiendo salido de su caseta para sujetar los postigos, hacia las once y media, una racha de viento se le llevó la gorra, y a riesgo de que a él mismo se lo llevase la resaca, se puso a correr tras de aquélla, a cuatro patas, a lo largo de la playa.

Comprenderá usted que los carabineros no son ricos, y una gorra cuesta cara. Pues bien, parece ser que al levantar un momento la cabeza nuestro hombre, hubo de ver, muy cerca de él, entre la bruma, un buque de alto bordo que huía a palo seco, sotavanteando as islas Lavezzi. Este buque iba tan rápido, tan veloz, que el aduanero apenas tuvo tiempo de verlo bien. Sin embargo, todo hace creer que sería la Ligera, puesto que media hora después el pastor de las islas oyó en estas rocas... Pero precisamente, señor, aquí está el pastor de que le hablo a usted; él mismo le contará la cosa...

¡Buenos días, Palombo!... Ven a calentarte un poco; no tengas miedo.

Acercóse a nosotros con timidez un hombre encapuchado, a quien veía yo desde poco antes rondar en torno de nuestra hoguera, y al cual había tomado por uno de los tripulantes, pues ignoraba que hubiese en la isla pastor alguno.

Era un viejo leproso, más que medio idiota, atacado por no sé qué enfermedad escorbútica que convertía sus labios en un gran morro, horrible de ver. Costó sumo trabajo explicarle de qué se trataba.

Entonces, levantándose con un dedo el labio enfermo, el viejo nos refirió que efectivamente, desde su choza oyó aquel día, alrededor de las doce, un tremendo crujido en las peñas. Como toda la isla estaba cubierta por el agua, no había podido salir, y sólo al día siguiente fue cuando, al abrir la puerta, había visto la costa llena de restos y cadáveres dejados allí por el mar. Espantado, huyó a toda prisa hacia su barca, para ir a Bonifacio en busca de gente.

Sentóse el pastor, rendido de haber hablado tanto, y el patrón tomó la palabra: Sí, señor; este pobre viejo es quien fue a avisarnos. Estaba casi loco de miedo, y desde entonces tiene la cabeza a componer. Lo cierto es que había por qué... Figúrese usted

seiscientos cadáveres en montón sobre la arena, revueltos con astillas de madera y jirones de lona... ¡Pobre Ligerita!... El mar la había molido de golpe y hecho trizas de tal modo, que el pastor Palombo apenas ha encontrado entre todos sus residuos con qué hacer una empalizada alrededor de su choza... En cuanto a los hombres, desfigurados casi todos, espantosamente mutilados... daba pena verlos asidos unos a otros, en racimos... Encontramos al capitán con uniforme de gala, al capellán con estola al cuello; en un rincón, entre dos peñascos, un grumete con los ojos abiertos... parecía vivo aún; ¡pero, no! Estaba resuelto que no se había de librar nadie...

Al llegar el patrón aquí, se interrumpió, gritando:

—¡Atención, Nardi, que se apaga la lumbre!

Nardi echó en el brasero dos o tres pedazos de tabloncillos embreados, que se inflamaron, y Lionetti continuó:

—He aquí lo más triste de esta historia... Tres semanas antes del siniestro, una pequeña corbeta, que iba a Crimea, lo mismo que la Ligerita, naufragó de idéntico modo y casi en el mismo sitio; sólo que aquella vez logramos salvar la tripulación y veinte soldados de ingenieros que iban a bordo... ¡Ya se ve: esos pobres tiralíneas no estaban en su elemento! Se les condujo a Bonifacio y los tuvimos dos días con nosotros en la marina... Una vez que se secaron bien y se pusieron en pie, ¡buenas noches, buena suerte! ¡Volvieron a Tolón, donde poco tiempo después los embarcaron de nuevo para Crimea!... ¿A que no adivina usted en qué buque?... ¡En la Ligerita, señor!... Los encontramos a todos veinte, tumbados entre los muertos, en el sitio donde estamos... Yo mismo reparé en un lindo sargento de finos bigotes, un pisaverde de París, a quien había dado cama en mi casa y que nos había hecho reír todo el tiempo con sus historias... Al verlo allí, se me partió el corazón... ¡Ah, Santa Madre! ...

Al decir esto, el honrado Lionetti sacudió, conmovido, la ceniza de su pipa y se envolvió en su capotón, dándome las buenas noches... Durante algún tiempo, aun charlaron entre sí a media voz los marineros... Después, una tras otra, se apagaron las pipas... No se habló más... Marchóse el pastor viejo...

Y yo me quedé solo a soñar despierto, en medio de la tripulación dormida.

Bajo la impresión del lúgubre relato que acababa de oír, traté de reconstruir con el pensamiento el pobre buque difunto y la historia de esta agonía de que fueron las aves goletas los únicos testigos. Algunos detalles que me chocaron, el capitán con uniforme de gala, la estola del capellán, los veinte soldados de ingenieros, ayudáronme a adivinar todas las peripecias del drama... Veía zarpar de Tolón la fragata, anochecido... Sale del puerto. Hay mar de fondo y un viento terrible; pero el capitán es un valiente marino, y todo el mundo tiene tranquilidad a bordo...

Al amanecer, levántase la bruma de mar. Comienza a haber inquietud. Toda la tripulación está sobre cubierta. El capitán no abandona la toldilla...

En el entrepuente, donde están metidos los soldados, reina la obscuridad; la atmósfera está calurosa.

Algunos están enfermos, echados encima de sus petates. El buque cabecea horriblemente; es imposible estar de pie. Hablan sentados en corrillos en el suelo, abrazándose a los bancos; hay que gritar para oírse. Algunos empiezan a tener miedo... ¡No es para menos! Son frecuentes los naufragios en estos parajes; si no, que lo digan los «tiralíneas», y lo que éstos cuentan no es para tranquilizar.

Sobre todo, su sargento primero, un parisiense que siempre está de chungueta, pone la carne de gallina con sus chacotas:

—¡Un naufragio!... Pues, si lo más divertido es un naufragio. Salimos del paso con un baño frío, y luego nos llevan a Bonifacio, a comer mirlos en casa del patrón Lionetti.

Y los «tiralíneas» ríe que te reirás...

De pronto un crujido... ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?...

–El timón acaba de irse –dice un marinero calado de agua, el cual atraviesa corriendo el entrepuente.

–¡Buen viaje! –grita ese loco de sargento; pero esto ya no hace reír a nadie.

Gran tumulto sobre el puente. La bruma impide verse. Los marineros van y vienen horrorizados, a tientas... ¡Ya no hay timón! Es imposible maniobrar... La Ligera, perdido el rumbo, corre como el viento... Entonces es cuando la ve pasar el aduanero; son las once y media. A proa de la fragata se oye un cañonazo... ¡Las rompientes, las rompientes!..

Acabóse; no más esperanza, se va en derechura a la costa... El capitán baja a su cámara... Al cabo de un momento, vuelve a ocupar su sitio en la toldilla con uniforme de gala... Ha querido hermosearse para morir.

En el entrepuente se miran ansiosos los soldados, sin rechistar... Los enfermos tratan de levantarse... el sargentito ya no se ríe...

Ábrese entonces la puerta y aparece en el umbral el capellán con su estola: –¡ De rodillas, hijos míos! Todo el mundo obedece. Con voz atronadora, el sacerdote comienza las preces por los agonizantes.

De pronto, un choque formidable, un grito, uno solo, una gritería inmensa, brazos tendidos, manos que se agarran, ojos extraviados por donde cruza como un relámpago la visión de la muerte...

¡Misericordia! Así pasé toda la noche, soñando, evocando, a los diez años del suceso, el alma del pobre buque cuyos restos me rodeaban. A lo lejos, en el estrecho, rugía la tempestad, la tempestad; la llama de la hoguera tumbábase con las rachas de viento, y oía danzar a nuestra barca al pie de las rocas, haciendo rechinar las amarras.

El Faro de las Sanguinarias

Le Phare des Sanguinaires

Aquella noche no pude dormir. El mistral estaba iracundo, y el estrépito de sus grandes silbidos me tuvieron despierto hasta el amanecer. El molino entero crujía, balanceando pesadamente sus aspas mutiladas, que resonaban con el cierzo como el aparejo de un buque. De su destruida techumbre escapábanse las tejas. En lontananza, los pinos apretados que cubrían la colina se agitaban zumbando entre tinieblas. Hubiérase creído que era el alta mar...

Esto me recordó mis gratos insomnios de hace tres años, cuando habitaba yo en el faro de las Sanguinarias, allá abajo, en la costa de Córcega, a la entrada del golfo de Ajaccio.

Otro bello rincón que encontré para meditar y estar solo.

Figuraos una isla rojiza de salvaje aspecto, el faro en una punta, y en la otra una vetusta torre genovesa, donde en mi tiempo vivía una águila. Abajo, a orillas del agua, las ruinas de un lazareto, invadido todo él por las hierbas; luego barrancos, malezas, grandes rocas, algunas cabras montaraces, caballejos corsos triscando con las crines al viento; por último, allá arriba, muy alto, entre un torbellino de aves marinas, la casa del faro, con su plataforma de mampostería blanca, donde los torreros se paseaban de acá para allá, la verde puerta ojival, la torrecilla de hierro fundido, y encima la gran linterna de facetas que relumbra al sol y echa luz hasta durante el día... He aquí la isla de las Sanguinarias, tal como he vuelto a verla en mi imaginación esa noche, al oír roncar mis pinos. Antes de ser poseedor de un molino, en aquella isla encantada era donde iba yo a retirarme algunas veces, cuando necesitaba aire libre y soledad.

—¿Qué hacía allí?

Lo que hago aquí; aun menos. Cuando me soplaban el mistral o la tramontana con excesiva violencia, situábame entre dos peñascos al borde del agua, en medio de las goletas, de los mirlos, de las golondrinas, y allí me estaba todo el día, en esa especie de estupor y delicioso anonadamiento que da la contemplación del mar. ¿No es cierto que conocéis esa grata embriaguez del alma? No se piensa, ni se sueña. 4fodo el ser se os escapa, vuela, se disipa. Se es la gaviota que se zambulle, el polvo de espuma que sobrenada al sol entre dos olas, el blanco humo de aquel vapor–correo que se aleja, esa pequeña barca coralera de rojo velamen, aquella perla de agua, ese jirón de bruma, todo excepto uno mismo... ¡Oh, cuántas de esas bellas horas de semisueño y de divagaciones pase en mi isla!...

Los días de viento fuerte, no pudiéndose estar a orillas del agua, encerrábame en el patio del lazareto, un patio pequeño y melancólico, todo él embalsamado por el romero y el ajeno silvestres, y allí, arrimado al lienzo de las vetustas paredes, dejábame invadir por el vago olor de abandono y de tristeza que flotaba con los rayos del sol entre los aposentos de piedra, abiertos por todas partes como tumbas antiguas. De vez en cuando oíase un portazo, un salto ligero entre la hierba: era una cabra, que acudía a rumiar al resguardo del viento. Al verme se paraba absorta, y quedábase plantada ante mí, con aire vivaracho, en alto los cuernos, mirándome con ojos infantiles...

Hacia las cinco, el portavoz de los torreros me llamaba para comer. Tomaba entonces un senderito escarpado a pico entre los matorrales, suspenso encima del mar, y

me volvía lentamente al faro, girando la vista a cada paso hacia aquel inmenso horizonte de agua y de luz, que parecía ensancharse conforme iba yo subiendo.

Desde lo alto, era encantador. Aun me parece ver aquel magnífico comedor, de anchas losas, paramentos de encina, la *bouillabaisse* humeante en medio, la puerta abierta de par en par al blanco terrado, y los resplandores del poniente que lo inundaban... Esperábanme allí, para ponerse a la mesa, los torreros. Eran tres: uno de Marsella y dos de Córcega; los tres pequeños, barbudos, con el mismo rostro curtido y resquebrajado, é idéntico *pelone* (gabán) de pelo de cabra, pero de porte y humor enteramente opuestos entre sí.

Por el modo de vivir de aquellas gentes, comprendíase enseguida la diferencia de ambas razas. El marsellés, industrial y vivo, siempre atareado, en continuo movimiento, recorría la isla desde la mañana a la noche, cultivando, pescando, recogiendo huevos de *gouailles*, emboscándose entre los matorrales para ordeñar una cabra al paso, y siempre en vías de hacer un alioli o de guisar alguna *bouillabaisse*. Los corsos, fuera de su servicio, no se ocupaban absolutamente de nada; considerábanse como funcionarios, y pasaban todo el día en la cocina jugando interminables partidas de *scopa*, sin interrumpirlas más que para encender de nuevo las pipas con aire grave, y para picar con tijeras en la palma de las manos grandes hojas de tabaco verde... Por lo demás, marsellés y corsos eran tres buenas personas, sencillos, bonachones, y llenos de miramientos con su huésped, aunque en el fondo hubiera de parecerles un señor muy extraordinario.

¡Figúrense ustedes: ir a encerrarse en el faro por su gusto!... ¡Y ellos, que encuentran tan largos los días, y son tan felices cuando les toca la vez de bajar a tierra!... En la buena estación, esa gran ventura les llega todos los meses. Diez días de tierra firme por treinta de faro: he ahí lo que dispone el reglamento. Pero con el invierno y los grandes temporales, no hay reglamentos que valga. Arrecia el vendaval, suben las olas, las Sanguinarias están blancas de espuma, y los torreros de servicio permanecen bloqueados dos o tres meses consecutivos, algunas veces hasta con terribles circunstancias.

—Caballero, oiga usted lo que me sucedió a mí — me contaba un día el viejo Bartoli, mientras comíamos —he aquí lo que me ocurrió hace cinco años en esta misma mesa donde estamos, una tarde de invierno, como ahora. Aquella tarde sólo estábamos dos en el faro: yo y un compañero llamado Tchéco... Los otros estaban en tierra, enfermos, con licencia, no recuerdo bien... Acabábamos de comer, muy tranquilos... De pronto, cátese que mi camarada deja de comer, me mira un momento con unos ojos pícaros, y ¡paf! se cae encima de la mesa, con los brazos adelante. Me acerco a él, lo muevo, lo llamo: «¡Oh, Tché!... ¡Oh, Tché!...» Nada: ¡estaba muerto!.. ¡Figúrese usted qué emoción! Más de una hora estuve estupefacto y tembloroso ante aquel cadáver; luego, de repente, se me ocurre esta idea: «¡Y el faro!» No tuve tiempo más que de subir a la farola y encender. La noche estaba ya encima... ¡Señor, qué noche! El mar y el viento no tenían sus voces naturales. A cada instante parecíame que alguien me llamaba en la escalera... Y además, ¡Una fiebre, una sed! Por nada del inundo me hubiese usted hecho bajar... ¡Me daba tanto miedo el difunto! Sin embargo, hacia el alba me entró un poco de ánimo. Llevé a mi compañero a su cama, le echó la sábana encima, recé un poco, y fui a escape a dar señales de alarma.

Por desgracia, había mar gruesa y de fondo: por más que llamé y llamé, nadie vino... Y yo a solas en el faro con mi pobre Tchéco, ¡sabe Dios por cuánto tiempo! Esperaba poder conservarlo conmigo hasta la llegada del barco: pero al cabo de tres días era de todo punto imposible... ¿Cómo arreglármelas? ¿Llevarle fuera? ¿Enterrarlo? La roca era demasiado dura; ¡y hay tantos cuervos en la isla! Daba pena abandonarles aquel

cristiano. Entonces pensé en bajarlo a uno de los departamentos del lazareto... Toda una tarde me llevó aquella triste faena, y le respondo a usted de que me hizo falta el valor... ¡Mire usted, caballero! Aun hoy, cuando bajo a esa parte de la isla en una tarde de ventarrón, me parece que todavía llevo auestas al difunto...

¡Pobre viejo Bartoli! Sudaba sólo al pensar en ello.

Así pasábamos las horas de comer, charlando largo y tendido: el faro, el mar, narraciones de naufragios, historias de bandidos corsos... Luego, al caer el día, el torrero del primer cuarto encendía su candileja, agarraba la pipa, la calabaza, un grueso Plutarco de cantos rojos (toda la biblioteca de las Sanguinarias) y desaparecía por el fondo. Al cabo de un momento, en todo el faro oíase un estrépito de cadenas, de poleas, de grandes pesas de reloj a los cuales se daba cuerda.

Durante ese tiempo, iba a sentarme fuera, en la terraza. El sol, muy bajo ya, descendía cada vez con más rapidez hacia el agua, llevándose tras de sí todo el horizonte. Refrescaba el viento, la isla teñíase de color violáceo. Por el cielo Pasaba junto a mí con tardo vuelo un gran pajarraco: era el águila que volvía de regreso a la torre... Poco a poco subían las bramas del mar. Bien pronto veíase tan sólo el blanco festón de la espuma en torno de la isla... De pronto, por encima de mi cabeza, surgía una gran oleada de plácida luz. El faro estaba encendido. Dejando en sombras a toda la isla, el claro haz de rayos iba a caer a lo lejos en alta mar, y allí estaba yo envuelto entre tinieblas, bajo aquellas grandes ondas luminosas que apenas me salpicaban al paso... Pero el viento seguía refrescando. Era preciso recogerse. A tientas cerraba el grueso portón y corría las barras de hierro; después, y siempre a tientas, tomaba por una escalerilla de fundición, que retemblaba y sonaba con mis pasos o iba a parar a la cúspide del faro. Por supuesto, allá sí que había luz.

Imaginaos una gigantesca lámpara Cárcel, de seis filas de mecheros, alrededor de la cual giran con lentitud las paredes de la linterna, unas cerradas por enorme lente de cristal, otras abiertas a una gran vidriera inmóvil que resguarda del viento a la llama... Al entrar, quedábame deslumbrado. Esos cobres, esos estaños, esos reflectores de metal blanco, esas, paredes de cristal abombado que giraban con grandes círculos azulados, todo ese espejeo, toda esa balumba de luces, me daban vértigos por un instante.

Sin embargo, poco a poco habituábanse a ello mis ojos, y acababa por sentarme al pie mismo de la lámpara, junto al torrero que leía su Plutarco en voz alta, por temor de quedarse dormido.

Por fuera, la obscuridad, el abismo. En el balconcillo que da vuelta en torno de la vidriera, el viento corre aullando como un loco. Cruje el faro, la mar brama. En la punta de la isla, en las rompientes, las olas como que disparan cañonazos. A veces, un dedo invisible pega en los vidrios: algún ave nocturna, atraída por la luz, y que va a estrellarse de cabeza contra el cristal. Dentro de la linterna centelleante y cálida, nada más que el chisporroteo de la llama, el ruido del aceite que cae gota a gota, y el de la cadena que va desenrollándose, y una voz monótona, que salmodia la vida de Demetrio de Falerea.

A media noche, levantábase el torrero, echaba el postrer vistazo a sus mechas, y bajábamos. Por la escalera salíamos al encuentro el colega del segundo cuarto, quien subía frotándose los ojos; se le entregaban la calabaza y el Plutarco. Luego, antes de meternos en cama, entrábamos un momento en la estancia del fondo, hecha un revoltijo de cadenas, grandes pesas, depósitos de estaño, calabrotos, y allí, a la luz del candilejo, escribía el torrero en el gran libro del faro, siempre abierto:

Media noche. Mar gruesa. Tempestad. Buque de la vista por el horizonte.

La agonía de la «Semillante»

L'Agonie de La Semillante

Puesto que el mistral de la otra noche nos ha lanzado a la costa de Córcega, permitidme contaros una tremenda historia marítima de que los pescadores de por allá hablan a menudo en la velada, y acerca de la cual me ha suministrado la casualidad curiosísimos informes.

Hace de esto dos o tres años.

Bogaba yo por el mar de Cerdeña, en compañía de siete ú ocho carabineros de mar. ¡Rudo viaje para un novicio! En todo el mes de Marzo no tuvimos día bueno. El viento del este hablase encarnizado con nosotros, y el mar no abonanzaba. Una tarde, que capeábamos el temporal, nuestra barca fue a refugiarse a la entrada del estrecho de Bonifacio, en medio de un archipiélago de islillas. Su aspecto nada tenía de tranquilizador: grandes rocas peladas, cubiertas de aves, algunas matas de ajenjo, espesuras de lentiscos, y acá y acullá entre el fango algunos maderos en vías de podrirse; pero, a fe mía, para pasar la noche eran más preferibles aun esas rocas siniestras que el camarote de una vieja barca a medio cubrir, donde el oleaje entraba como Pedro por su casa, y con ella nos contentamos.

Apenas hubimos desembarcado, mientras los marineros encendían lumbre para guisarla *bouillabaisse*, me llamó el patrón, y enseñándome una pequeña cerca de piedra blanca, perdida entre las brumas al cabo de la isla, me dijo.

–¿Viene usted al cementerio?

–¡Un cementerio, patrón Lionetti! Pues, ¿dónde estamos?

–En las islas Lavezzi, señor. Aquí están encerrados los seiscientos hombres de la fragata *Semillante*², en el mismo sitio donde se perdió diez años hace... ¡Pobre gente! No reciben muchas visitas, y gracias que nosotros llegamos para decirles buenos días, puesto que ya estamos en él...

–Con sumo gusto mío, patrón.

¡Qué triste el cementerio de la *Semillante*!... Aun lo veo, con su bajo tapial, su puerta de hierro oxidada y dura de abrir, con centenares de cruces negras ocultas por la hierba. ¡Ni una corona de siemprevivas, ni un recuerdo, nada!... ¡Ah, pobres muertos abandonados, qué frío deben de tener en su tumba casual!

Permanecimos arrodillados allí un momento. El patrón rezaba en alta voz. Enormes goletas, únicos guardianes del cementerio, giraban sobre nuestras cabezas y confundían sus roncos gritos con los lamentos del mar.

Concluídas las oraciones, nos volvimos tristemente hacia el rincón donde estaba amarrada la barca. No habían perdido el tiempo los marineros durante nuestra ausencia. Encontramos una gran hoguera llameante al abrigo de un peñasco y la marmita que humeaba. Tomamos asiento en corro, con los pies juntos a la lumbre, y bien pronto tuvo cada cual sobre las rodillas, dentro de una cazuela de barro rojo, dos rebanadas de pan moreno con mucho caldo. La comida fue silenciosa: estábamos mojados, teníamos hambre, y luego la, proximidad del cementerio... Sin embargo, desocupadas las cazuelas, encendiéronse las pipas y nos pusimos a charlar un poco. Como es natural, se hablaba de la *Semillante*.

² “La Ligera”

–Pero, vamos, ¿cómo sucedió aquello? –pregunté al patrón, quien con la cabeza apoyada en las manos, miraba la hoguera con aire pensativo.

–¿Que cómo sucedió aquello? –respondióme el bueno de Lionetti, con un hondo suspiro.–¡ Ah! señor, nadie del mundo pudiera decirlo. Todo lo que sabemos es que la *Semillante*, llena de tropas para Crimea, zarpó de Tolón la víspera por la tarde, con mal tiempo. De noche aun, se echó a perder más la cosa. Viento, lluvia, mar alborotado cual nunca. Por la mañana amainó un poco el viento, pero el mar seguía en sus trece, y todo esto, una maldita bruma del demonio, que no dejaba ver un fanal a cuatro pasos. No, puede usted formarse idea, señor, de lo traidoras que son esas brumas. Eso nada importa; se me ha puesto en la cabeza que la *Semillante* debió perder el timón de madrugada; porque, no hay bruma que valga; sin una avería, el capitán no hubiese venido a estrellarse aquí. Era un duro marino, a quien todos conocíamos. Había mandado la estación naval de Córcega durante tres años y sabía la costa tan bien como yo, que no sé otra cosa.

–¿Y a que hora se cree que pereció la *Semillante*?

–Debió de ser a mediodía; sí, señor, en pleno mediodía... Pero, ¡caramba! con la bruma de mar, ese pleno mediodía no valía mucho mas que una noche oscura como boca de lobo...

Un aduanero de la costa me ha contado que aquel día, habiendo salido de su caseta para sujetar los postigos, hacia las once y media, una racha de viento se le llevó la gorra, y a riesgo de que a él mismo se lo llevase la resaca, se puso a correr tras de aquélla, a cuatro patas, a lo largo de la playa. Comprenderá usted que los carabineros no son ricos, y una gorra cuesta cara. Pues bien, parece ser que al levantar un momento la cabeza nuestro hombre, hubo de ver, muy cerca de él, entre la bruma, un buque de alto bordo que huía a palo seco, sotaventeando as islas Lavezzi. Este buque iba tan rápido, tan veloz, que el aduanero apenas tuvo tiempo de verlo bien. Sin embargo, todo hace creer que sería la *Semillante*, puesto que media hora después el pastor de las islas oyó en estas rocas... Pero precisamente, señor, aquí está el pastor de que le hablo a usted; él mismo le contará la cosa...

¡Buenos días, Palombo!... Ven a calentarte un poco; no tengas miedo.

Acercóse a nosotros con timidez un hombre encapuchado, a quien veía yo desde poco antes rondar en torno de nuestra hoguera, y al cual había tomado por uno de los tripulantes, pues ignoraba que hubiese en la isla pastor alguno.

Era un viejo leproso, más que medio idiota, atacado por no sé qué enfermedad escorbútica que convertía sus labios en un gran morro, horrible de ver. Costó sumo trabajo explicarle de qué se trataba. Entonces, levantándose con un dedo el labio enfermo, el viejo nos refirió que efectivamente, desde su choza oyó aquel día, alrededor de las doce, un tremendo crujido en las peñas. Como toda la isla estaba cubierta por el agua, no había podido salir, y sólo al día siguiente fue cuando, al abrir la puerta, había visto la costa llena de restos y cadáveres dejados allí por el mar. Espantado, huyó a toda prisa hacia su barca, para ir a Bonifacio en busca de gente.

Sentóse el pastor, rendido de haber hablado tanto, y el patrón tomó la palabra:

Sí, señor; este pobre viejo es quien fue a avisarnos. Estaba casi loco de miedo, y desde entonces tiene la cabeza a componer. Lo cierto es que había por qué... Figúrese usted seiscientos cadáveres en montón sobre la arena, revueltos con astillas de madera y jirones de lona... ¡Pobre *Semillante*!... El mar la había molido de golpe y hecho trizas de tal modo, que el pastor Palombo apenas ha encontrado entre todos sus residuos con qué hacer una empalizada alrededor de su choza... En cuanto a los hombres, desfigurados casi todos, espantosamente mutilados... daba pena verlos asidos unos a otros, en racimos... Encontramos al capitán con uniforme de gala, al capellán con estola al cuello;

en un rincón, entre dos peñascos, un grumete con los ojos abiertos... parecía vivo aún; ¡pero, no! Estaba resuelto que no se había de librar nadie...

Al llegar el patrón aquí, se interrumpió, gritando:

–¡Atención, Nardi, que se apaga la lumbre!

Nardi echó en el brasero dos o tres pedazos de tablones embreados, que se inflamaron, y Lionetti continuó:

–He aquí lo más triste de esta historia... Tres semanas antes del siniestro, una pequeña corbeta, que iba a Crimea, lo mismo que la *Semillante*, naufragó de idéntico modo y casi en el mismo sitio; sólo que aquella vez logramos salvar la tripulación y veinte soldados de ingenieros que iban a bordo... ¡Ya se ve: esos pobres tiralíneas no estaban en su elemento! Se les condujo a Bonifacio y los tuvimos dos días con nosotros en la *marina*... Una vez que se secaron bien y se pusieron en pie, ¡buenas noches, buena suerte! ¡Volvieron a Tolón, donde poco tiempo después los embarcaron de nuevo para Crimea!... ¿A que no adivina usted en qué buque?... ¡En la *Semillante*, señor!... Los encontramos a todos veinte, tumbados entre los muertos, en el sitio donde estamos... Yo mismo reparó en un lindo sargento de finos bigotes, un pisaverde de París, a quien había dado cama en mi casa y que nos había hecho reír todo el tiempo con sus historias... Al verlo allí, se me partió el corazón... ¡Ah, Santa Madre! ...

Al decir esto, el honrado Lionetti sacudió, conmovido, la ceniza de su pipa y se envolvió en su capotón, dándome las buenas noches... Durante algún tiempo, aun charlaron entre sí a media voz los marineros... Después, una tras otra, se apagaron las pipas... No se habló más... Marchóse el pastor viejo... Y yo me quedé solo a soñar despierto, en medio de la tripulación dormida.

Bajo la impresión del lúgubre relato que acababa de oír, traté de reconstruir con el pensamiento el pobre buque difunto y la historia de esta agonía de que fueron las aves goletas los únicos testigos. Algunos detalles que me chocaron, el capitán con uniforme de gala, la estola del capellán, los veinte soldados de ingenieros, ayudáronme a adivinar todas las peripecias del drama... Veía zarpar de Tolón la fragata, anochecido... Sale del puerto. Hay mar de fondo y un viento terrible; pero el capitán es un valiente marino, y todo el mundo tiene tranquilidad a bordo...

Al amanecer, levántase la bruma de mar. Comienza a haber inquietud. Toda la tripulación está sobre cubierta. El capitán no abandona la toldilla... En el entrepuente, donde están metidos los soldados, reina la obscuridad; la atmósfera está calurosa. Algunos están enfermos, echados encima de sus petates. El buque cabecea horriblemente; es imposible estar de pie. Hablan sentados en corrillos en el suelo, abrazándose a los bancos; hay que gritar para oírse. Algunos empiezan a tener miedo... ¡No es para menos! Son frecuentes los naufragios en estos parajes; si no, que lo digan los «tiralíneas», y lo que éstos cuentan no es para tranquilizar.

Sobre todo, su sargento primero, un parisiense que siempre está de chungu, pone la carne de gallina con sus chacotas:

–¡Un naufragio!... Pues, si lo más divertido es un naufragio. Salimos del paso con un baño frío, y luego nos llevan a Bonifacio, a comer mirlos en casa del patrón Lionetti.

Y los «tiralíneas» ríe que te reirás...

De pronto un crujido... ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?...

–El timón acaba de irse –dice un marinero calado de agua, el cual atraviesa corriendo el entrepuente.

–¡Buen viaje! –grita ese loco de sargento; pero esto ya no hace reír a nadie.

Gran tumulto sobre el puente. La bruma impide verse. Los marineros van y vienen horrorizados, a tientas... ¡Ya no hay timón! Es imposible maniobrar... La *Semillante*, perdido el rumbo, corre como el viento... Entonces es cuando la ve pasar el aduanero;

son las once y media. A proa de la fragata se oye un cañonazo... ¡Las rompientes, las rompientes!..

Acabóse; no más esperanza, se va en derechura a la costa... El capitán baja a su cámara... Al cabo de un momento, vuelve a ocupar su sitio en la toldilla con uniforme de gala... Ha querido hermosearse para morir.

En el entrepuente se miran ansiosos los soldados, sin rechistar... Los enfermos tratan de levantarse... el sargentito ya no se ríe...

Ábrese entonces la puerta y aparece en el umbral el capellán con su estola:

—¡De rodillas, hijos míos!

Todo el mundo obedece. Con voz atronadora, el sacerdote comienza las preces por los agonizantes.

De pronto, un choque formidable, un grito, uno solo, una gritería inmensa, brazos tendidos, manos que se agarran, ojos extraviados por donde cruza como un relámpago la visión de la muerte... ¡Misericordia!

Así pasé toda la noche, soñando, evocando, a los diez años del suceso, el alma del pobre buque cuyos restos me rodeaban. A lo lejos, en el estrecho, rugía la tempestad, la tempestad; la llama de la hoguera tumbábase con las rachas de viento, y oía danzar a nuestra barca al pie de las rocas, haciendo rechinar las amarras.

Los aduaneros

Les Douaniers

La barca Emilia, de Porto–Vecchio, a bordo de la cual hice aquel viaje lúgubre a las islas Lavezzi, era una vieja embarcación de la aduana, semicubierta, donde, para resguardarse del viento, de la olas y de la lluvia, sólo, había un pequeño pabellón embreado, lo suficientemente ancho para contener a duras penas una mesa y dos literas. Así es que eran de ver nuestros marineros con el mal cariz del tiempo. Chorreaban los rostros, las empapadas blusas humeaban como ropa blanca puesta a secar en estufa, y en pleno invierno los infelices pasaban así días enteros, hasta las noches inclusive, agazapados en sus húmedos bancos, tiritando entre aquella humedad malsana, porque no se podía encender fuego a bordo, y con frecuencia era difícil ganar la costa...

Pues bien, ni uno de aquellos hombres se quejaba.

En los más duros temporales, siempre los vi con idéntica placidez, del mismo buen humor. Y, sin embargo, ¡qué triste vida la de esos carabineros de mar! Casados casi todos ellos, con mujer é hijos en tierra, permanecen meses fuera de su hogar, dando bordadas por aquellas tan peligrosas costas. Por alimento no tienen sino pan enmohecido y cebollas silvestres. ¡Nunca hay vino, nunca hay carne, porque la carne y el vino cuestan caros, y ellos no ganan más que quinientos francos al año! ¡Figuraos si habrá oscuridad en la choza de allá abajo, en la marina, y si los niños tendrán que ir descalzos!... ¡No importa! Todas esas gentes parecen contentas con su suerte. A popa, delante del camarote, había un gran balde lleno de agua llovida, donde acudía la tripulación a calmar la sed, y recuerdo que, tragado el último buche, cada cual de esos pobres diablos sacudía su escudilla con un ¡ah! de satisfacción, una expresión de bienestar cómica enternecedora a la vez.

El más alegre y satisfecho de todos era un natural de Bonifacio, tostado, bajo y rechoncho, a quien llamaban Palombo. Este no hacía más que cantar, aun con los mayores temporales, Cuando el oleaje se ponía plomizo, cuando el cielo obscuro por la cerrazón llenábase de menudo granizo y estaban todos allí venteando la borrasca que iba a venir, entonces, entre el profundo silencio y la ansiedad de a bordo, comenzaba a canturrear la voz tranquila de Palombo:

*No, señor,
Es mucho honor.
Liseta es honrada y no fe... a:
Se queda en la alde... a...*

Y por más rachas que venían, haciendo gemir el velamen, zarandeando é inundando la barca, la canción del aduanero seguía su curso, balanceada cual una gaviota en la cresta de las olas. Algunas veces el viento acompañaba demasiado fuerte, ya no se oían las palabras; pero tras cada golpe de mar, entre el murmullo del agua que chorreaba, oíase de continuo el estribillo del cantar:

*Liseta es honrada y no fe... a:
Se queda en la alde... a...*

Sin embargo, en un día de viento y lluvia muy fuertes, no lo oí ya. Era tan extraordinario esto, que saqué del camarote la cabeza: –¡Eh, Palombo! ¿Hoy no se

canta? Palombo no respondió. Estaba inmóvil, echado en su banco. Me acerqué a él. Castañeteábanle los dientes; todo su cuerpo temblaba de fiebre.

–Tiene una puntura –me dijeron tristemente sus camaradas.

La que llaman ellos puntura es una punzada de costado, una pleuresía. Aquella gran cerrazón plomiza, aquella barca chorreando agua, aquel pobre febricitante envuelto en un viejo capote de caucho que relucía bajo la lluvia como una piel de foca: en mi vida he visto nada más lúgubre. Bien pronto agravaron su enfermedad el frío, el viento y el vaivén de las olas. Entróle delirio; hubo que atracar.

Al cabo de mucho tiempo y grandes esfuerzos, entramos al atardecer en una ensenadita árida y silenciosa, animada solamente por el vuelo circular de algunas gouailles. En todo alrededor de la playa erguíanse altas rocas escarpadas, intrincados laberintos de arbustos verdes, de un verde oscuro y hoja perenne. Abajo, a orillas del agua, una casita blanca, con postigos grises, era el puesto de la aduana. En medio de ese desierto, aquel edificio del estado, con cifras como una gorra de uniforme, tenía algo de siniestro. Allí desembarcaron al pobre Palombo.

¡Triste asilo para un enfermo! Encontramos al aduanero disponiéndose a comer al amor de la lumbre, con su mujer y sus hijos. Todas aquellas gentes tenían caras pálidas, amarillentas, grandes ojos sombreados por la fiebre. La madre, joven aun, con un niño de pechos en los brazos, tiritaba al hablar con nosotros.

–Es un puesto terrible –me dijo en voz baja el inspector.

–Nos vemos en el caso de relevar nuestros aduaneros cada dos años. La fiebre de las marismas los devora.

No obstante, tratábase de ir en busca de un médico. No había ninguno antes de llegar a Sartène, es decir, a seis ú ocho leguas de allí. ¿Cómo arreglárselas? Nuestros marineros ya no podían más, estaba demasiado lejos para enviar a uno de los niños.

Entonces la mujer, inclinándose fuera, llamó:

–¡Ceceo!... ¡Ceceo! Y vimos entrar un mocetón muy fornido, verdadero tipo de cazador en vedado o de bandito, con su gorro de lana parda y su pelone de pelo de cabra.

Al desembarcar había reparado ya en él, viéndole sentado a la puerta, con su pipa roja entre los dientes y un fusil entre las piernas, pero no sé por qué, había huido al aproximarnos. Quizá creyera que iban gendarmes con nosotros. Cuando entró, ruborizóse un poco la aduanera.

–Es mi primo –nos dijo. –No hay cuidado que éste se pierda entre la espesura.

Después le habló en voz baja, señalándole el enfermo. Inclinóse el hombre sin rechistar, silbó a su perro y echó a correr a todo escape, escopeta al hombro, saltando de peña en peña con sus largas zancas.

Durante ese tiempo, los niños, a quienes parecía aterrar la presencia del inspector, acabaron pronto de comer las castañas y el brucio (queso blanco). ¡Y siempre agua, nada más que agua en la mesa! Sin embargo, para esos pequeñuelos ¡hubiera venido tan bien un trago de vino! ¡Ah, miseria! Al cabo, la madre subió a acostarlos, el padre, encendiendo el farol, fuése a inspeccionar la costa, y nosotros permanecimos velando a nuestro enfermo, que se agitaba en su camastro cual si aun estuviese en alta mar, zarandeado por el oleaje. Para calmar un poco su puntura, hicimos calentar guijarros y ladrillos, poniéndoselos en el costado calientitos. Una o dos veces, al acercarme a su lecho, me conoció el infeliz, y para darme las gracias me tendió trabajosamente la mano, una manaza rasposa y ardiente cual uno de esos ladrillos sacados del fuego.

¡Triste velada! Fuera habíase recrudecido el temporal con la conclusión del día, y era aquello un estrépito, una descarga cerrada, un surgidero de espumarajos, la batalla entre los peñascos y las aguas.

De vez en cuando, un golpe de viento de alta mar lograba colarse en la caleta y envolvía nuestra casa.

Conocíase por la súbita crecida de las llamas, que iluminaban de pronto los mohinos rostros de los marineros, agrupados en derredor de la chimenea y mirando el fuego con esa plácida expresión que da el hábito de las grandes perspectivas y de los horizontes inmensos. También, a veces, quejábase Palombo con dulzura. Entonces todos los ojos se dirigían hacia el rincón oscuro, donde el pobre compañero estaba en el trance de morir, lejos de los suyos y sin ayuda, y acongojados los pechos, oíanse grandes suspiros. Eso es todo cuanto arrancaba a aquellos trabajadores del mar, paciencudos y dulces, el sentimiento de su propio infortunio. Nada de motines ni de huelgas.

¡Un suspiro, y nada más! Sin embargo, me equivoco. Al pasar uno de ellos por delante de mí para echar al fuego un haz de leña, me dijo con voz baja y conmovida:

—¡Ya ve usted, señor, que pasan muchos tormentos en nuestro oficio!

Los Viejos

Les Vieux

—¿Una carta, tío Azam?

—Sí, señor... ésta viene de París.

¡Y poco orgulloso estaba el buen tío Azam de que ésta viniese de París! Yo no. Algo me decía que aquella parisiense de la calle de Juan Jacobo, al caer en mi mesa tan de improviso y tan temprano, iba a hacerme perder toda la mañana. No me equivoqué, y si no, vedlo: «Amigo mío: Necesito que me hagas un favor.

Cierra por un día tu molino, y véte a escape a Eygnières. Eygnières es un lugarón a tres o cuatro leguas de tu residencia, un paseo, como quien dice. Al llegar, preguntas por el convento de las huérfanas. A continuación del convento, la primera casa es una de un solo piso, que tiene postigos grises y un jardinillo detrás. Entra sin llamar, la puerta está siempre abierta, y al entrar grita fuerte: —¡ Buenos días, buena gente! Soy amigo de Mauricio. —Entonces verás dos viejecitos, ¡oh! pero viejos, reviejos, archiviejos, echarte los brazos desde el fondo de sus grandes sillones, y los abrazas de mi parte, de todo corazón, como si fuesen cosa tuya. Luego charlaréis, te hablarán de mí, nada más que de mí, te contarán mil chochece, que debes escuchar sin reírte. ¿No te reirás, eh? Son mis abuelos, dos seres para los cuales yo soy toda su vida, y que no me han visto desde hace diez años. ¡Mira tú que diez años ya tienen días! Pero, ¿qué quieres? Me tiene cogido París, y a ellos la edad avanzada. Son tan viejos, que si viniesen a verme, se quebraban en el camino. Por fortuna, mi querido molinero, estás tú por ahí abajo, y al abrazarte, los pobres crearán en cierto modo que me abrazan a mí mismo. ¡Les he hablado tan a menudo de nosotros y de nuestra buena amistad! ¡Llévese el diablo la buena amistad! Precisamente aquella mañana hacía un tiempo admirable, pero poco a propósito para andar por los caminos, demasiado mistral y excesivo sol, un verdadero día de Provenza. Cuando llegó aquella maldita carta había ya elegido mi abrigo (cagnard) entre dos rocas, y soñaba con permanecer allí todo el día como un lagarto, embriagándome de luz y oyendo cantar los pinos. En fin, ¿qué hemos de hacerle? Cerré el molino refunfuñando, y puse la llave debajo de la gatera. Cogí el garrote y la pipa, y andando.

Llegué a Eygnières a eso de las dos. El villorrio estaba desierto, todo el mundo en el campo. En los olmos, cerca a la acequia, blancos de polvo, cantaban las cigarras como en pleno Crau. En la plaza de la Alcaldía estaba un asno tomando el sol, y en la fuente de la iglesia una bandada de palomas, pero ni un alma para indicarme el convento de las huérfanas. Por fortuna, aparecióseme de pronto un hada vieja, hilando en cuclillas junto al quicio de su puerta, le dije lo que buscaba, y como aquella hada era muy poderosa, no tuvo más que levantar la rueca, y enseguida se alzó ante mí, como por magia, el convento de las huérfanas. Era un caserón destartado y oscuro, muy orgulloso de ostentar sobre su pórtico ojival una vetusta cruz de arenisca roja, con un poco de latín alrededor. Junto a aquella casa, vi otra más pequeña, postigos grises, el jardín detrás.

La conocí enseguida, y entré sin llamar.

En toda mi vida se me despintarán aquel largo corredor fresco y tranquilo, la pared pintada de color de rosa, el jardinillo que oscilaba en el fondo a través de una cortina de color claro, y en todos los tableros flores y violines descoloridos. Parecíame llegar a casa de algún antiguo bailío de los tiempos de Maricastaña. Al fin del pasillo, a la izquierda, por una puerta entornada se oían el tic tac de un gran reloj y una voz infantil,

pero de niño de la escuela, que leía parándose en cada sílaba: En... ton... ces San... I... re... ne... o... ex...cla...mó:... Yo... soy... el... tri... go ... del.... Se... ñor... Es... me... nes... ter... que... me... tri... tu... ren... las... mue... las... de... es... tos... a... ni... ma... les... Me aproximé con tiento a aquella puerta y miré.

Entre el sosiego y la media luz de un cuartito, un buen anciano de pómulos rojos, arrugado hasta la punta de los dedos, dormía en el fondo de un sillón, con la boca abierta y las manos en las rodillas. a sus pies, una niña vestida de azul, esclavina grande y capillo pequeño, el traje de las huérfanas, leía la Vida de San Ireneo en un libro mayor que ella. Esta lectura milagrosa había obrado sobre toda la casa. El viejo dormía en su sillón, las moscas en el cielo raso y los canarios en sus jaulas, allá abajo, en la ventana.

El gran reloj zumbaba, tic tac, tic tac. En toda la estancia no había despierto nada más que un gran haz de luz que entraba derecho y blanco por entre los postigos cerrados, lleno de chispas vivientes y de vales microscópicos. En medio del adormecimiento general, la niña continuaba su lectura con aire grave: Al... pun... to... dos... le... o... nes se... a... rro... ja... ron... so... bre... él... y... lo... de... yo...ra... ron... En ese momento entré yo. Los leones de San Ireneo, precipitándose dentro de la habitación, no hubieran producido allí más asombro del que yo produjo. ¡Un verdadero golpe teatral! La pequeña exhala un grito, cáese el librote, se despiertan los canarios y las moscas, el viejo se yergue sobresaltado, despavorido y turbado yo mismo un poco, me detengo en el umbral gritando muy fuerte: –¡Buenos días, buenas gentes, soy amigo de Mauricio! ¡Oh! Entonces, si hubieseis visto al pobre viejo, si le hubieseis visto venir hacia mí, con los brazos extendidos, abrazarme, apretarme las manos, correr trastornado por el cuarto, diciendo:

–¡Dios mío, Dios mío! Reíansele todas las arrugas de la cara. Estaba' rojo. Tartamudeaba.

–¡Ah, caballero! ¡Ah, caballero!

Luego se iba al fondo, llamando:

–¡Mamette! Abrese una puerta, suena por el pasillo un trotecito de ratón. Era Mamette.

Nada tan lindo como aquella viejecita con su gorro de casco, su hábito carmelita y el pañuelo bordado, que tenía en la mano por honrarme, a la antigua, usanza. ¡Cosa enternecedora: se asemejaban! Con papelina y cocas amarillas, también él hubiera podido llamarse Mamette. Sólo que la verdadera Mamette había debido llorar mucho en su vida, y aun estaba más arrugada que la otra. También, como la otra, tenía junto a sí una niña del asilo de huérfanas, guardianita con esclavina azul que jamás la abandonaba, y el ver esos viejos protegidos por esas huérfanas, era lo más, conmovedor que imaginarse pueda.

Al entrar había comenzado Mamette por hacerme una gran reverencia; pero el viejo le cortó por la mitad la susodicha reverencia con cuatro palabras.

–Es amigo de Mauricio.

Y cátrate que enseguida tiembla, llora, pierde el pañuelo, se pone encarnada, muy roja, aun más roja que él.

–¡Esos viejos! No tienen mas que una gota de sangre en las venas, y á la menor emoción se les sube a la cara.

–¡Pronto, pronto una silla! –dice la vieja a su niña.

–¡Abre los postigos! –grita el viejo a la suya.

Y cogiéndome cada cual por una mano, lleváronme de un trote a la ventana, abierta de par en par, con objeto de verme mejor. Acercan los sillones, me instalo entre ambos

en una silla de tijera, se ponen detrás de nosotros, las dos niñas de azul, y comienza el interrogatorio.

—¿Cómo está? ¿Qué hace? ¿Por qué no viene? ¿Está contento?

Y patatín, y patatán. Así durante dos horas.

Respondí lo mejor que pude a todas las preguntas, diciendo acerca de mi amigo los detalles de que era sabedor, inventando descaradamente los que no sabía, y guardándome sobre todo, de confesar que nunca había reparado en si cerraban bien sus ventanas, o de qué color era el papel de su cuarto.

—¡El papel de su cuarto! Es azul, señora, azul claro con guirnaldas.

—¿Verdad? —exclamaba enternecida, la pobre vieja.

Y dirigiéndose a su marido, añadía:

—¡Es tan buen muchacho!...

—Oh, sí, es un buen muchacho —repetía el otro con entusiasmo.

Y todo el tiempo que yo hablaba había entre ellos meneos de cabeza, sonrisitas maliciosas, guiños de ojos, aires de valor entendido. O bien, el viejo que se me acercaba para decirme: —Hable usted más fuerte. Es un poco dura de oído.

Y ella por su parte:

—Un poco más alto, se lo ruego. Es un poco teniente.

Entonces alzaba yo la voz, y ambos me daban las gracias con una sonrisa, y entre esas marchitas sonrisas con que se inclinaban hacia mí, buscando en el fondo de mis ojos la imagen de su Mauricio, conmovíame el hallar yo mismo aquella imagen, vaga, velada, casi imperceptible, cual si viese a mi amigo sonreírseme, muy lejos, entre una bruma.

De pronto se endereza el viejo en el sillón.

—¿A que no sabes en qué estoy pensando, Mamette? ¡Quizá no habrá almorzado!

Y Mamette, trastornada, alzando los ojos al Cielo:

—¡Sin almorzar! ¡Santo Dios! Creí que aun se trataría de Mauricio, é iba a responder que ese buen, muchacho nunca se retrasaba más del mediodía para ponerse a la mesa. Pero no, era de mí de quien se hablaba. Y eran de ver las idas y venidas cuando confesé que aun estaba yo en ayunas:

—¡Pronto, el cubierto, azulitas! La mesa en, medio del cuarto, el mantel del domingo, los platos de flores. No os riáis tanto, haced el favor, y despachemos de prisita.

Creo que, en efecto, se apresuraron. Apenas en el tiempo preciso para romper tres platos, encontré servido el almuerzo.

—¡Un buen almuercito! —me decía Mamette al llevarme a la mesa —sólo que es únicamente para usted. Nosotros hemos comido ya esta mañana.

A cualquiera hora que se coja a esos pobres viejos, siempre resulta que han comido por la mañana.

El buen almuercito de Mamette consistía en dos dedos de leche, unos dátiles y una barquette, una cosa así como un pestiño, algo con que alimentarse ella y sus canarios lo menos durante ocho días. ¡Y decir que yo solo di fin a todas aquellas provisiones! Así, pues, ¡qué indignación en torno de la mesa! ¡Cómo cuchicheaban las azulitas, dándose con el codo! Y allá abajo, en el fondo de sus jaulas, cómo parecían decirse los canarios: ¡Oh! ¿Pues no se come ese señor todo el pestiño de una sentada? En efecto, me lo comí todo y casi sin darme cuenta de ello, ocupado como estaba en mirar a mi alrededor en aquella estancia clara y apacible, donde flotaba como un olor a cosas antiguas. Había, sobre todo, dos camitas de las cuales no podía separar los ojos. Figurábame esos lechos, casi como dos cunas, a la hora del alba, cuando aun están, sepultados bajo sus grandes

cortinajes de cenefas. Dan las tres de la madrugada. Es la hora en que todos los viejos se despiertan:

—¿Duermes, Mamette?

—No, querido.

—¿No es verdad que Mauricio es un buen muchacho?

—¡Oh, sí! Es un buen muchacho.

Y así por el estilo, una charla entera imaginábame yo, sólo con haber visto esas dos camitas de viejo, alzadas una junto a otra. Durante este tiempo al extremo opuesto de la habitación ocurría un drama terrible delante del armario. Tratábase de alcanzar allá arriba, en la última tabla, cierto frasco de cerezas en aguardiente que esperaba a Mauricio diez años ha, y con cuya apertura quisieron, obsequiarme. A pesar de las súplicas de Mamette, el viejo se había empeñado en ir a buscar él mismo las cerezas, y subido en una silla, con gran espanto de su mujer, trataba de llegar allá arriba. Figuraos el cuadro; el viejo temblaba, y empinábase; las niñas de azul, agarradas a la silla de éste, detrás de él Mamette, jadeante, con los brazos tiesos, y sobre todo esto un leve aroma de bergamota que exhalan desde el armario abierto grandes pilas de ropa blanca amarillenta. Era encantador.

Al fin, tras muchos esfuerzos, logróse sacar del armario el famoso frasco y con él un antiguo vasito de plata todo abollado, el vaso de Mauricio cuando era pequeño. Me lo llenaron de cerezas hasta el borde, ¡le gustaban tanto a Mauricio las cerezas! Y al servirme el viejo me decía al oído con aire golosón:

—¡Qué feliz es usted al poder comerlas! Mi mujer es quien las ha hecho. Va usted a probar cosa buena.

Su mujer, ¡ah! las había hecho, pero se le había olvidado echarles azúcar. ¿Qué queréis? Al envejecer se vuelve uno distraído. Pobre Mamette mía, las cerezas de usted eran atroces. Pero eso no fue óbice para que me las comiese hasta los, rabos, sin pestañear.

Terminada la refacción, me levanté para despedirme de mis huéspedes. Bien hubieran querido tenerme aún junto a ellos un poco, para hablar del muchacho, pero iba atardeciendo, estaba lejos el molino, era preciso partir.

El viejo se había levantado al mismo tiempo que yo.

—Mamette, mi sobretodo. Quiero acompañarlo hasta la plaza.

De seguro que para sus adentros pensaba Mamette que hacía ya un poco fresco para acompañarme hasta la plaza, pero no lo dio a conocer. Sólo, mientras le ayudaba a meterse las mangas del sobretodo, un bonito sobretodo de color rapé con botones de nácar, oí a la buena señora que le decía con dulzura:

—No te recogerás demasiado tarde, ¿no es así? Y él, con aire picaresco:

—¡Jem! ¡Jem! No lo sé. Quizá.

Tras esto se miraron riéndose, y las niñas de azul se reían de verlos reír, y en su rincón reíanse también a su modo los canarios. Dicho sea entre nosotros, creo que el olor de las cerezas los había emborrachado a todos un poquillo.

Caía la tarde cuando salimos el abuelo y yo. La niña del vestido azul nos seguía de lejos, para acompañarlo a la vuelta, pero él no la veía, y estaba orgulloso de marchar de mi brazo como un hombre. Mamette, radiante, veía todo esto desde el quicio de la puerta, y al mirarnos hacía unos graciosos meneítos de cabeza que parecían decir: A pesar de todo, mi pobre hombre... anda todavía.

Baladas en prosa

Ballades en prose.

I.- La muerte del Delfín

La Mort du Dauphin

El pequeño Delfín está enfermo, el pequeño Delfín va a morir... En todas las iglesias del reino el Santo Sacramento permanece expuesto día y noche, y grandes cirios arden permanentemente en pos de la curación del Real Infante.

Las calles de la vieja Residencia están tristes y silenciosas; las campanas ya no suenan, los carruajes van al paso... En los accesos al palacio los burgueses observan, curiosos a través de las verjas, a los Guardas Suizos de doradas panzas conversando, en los patios, con gesto solemne.

Todo el Palacio está consternado... Chambelanes y Mayordomos suben y bajan corriendo las escaleras de mármol... Las galerías están repletas de Pajes y Cortesanos, vestidos de seda, que van de un grupo a otro buscando noticias, en voz baja... Sobre las anchas escalinatas las afligidas Damas de Honor se hacen elaboradas reverencias, mientras secan sus ojos con hermosos pañuelos bordados.

En el Invernadero se han dado cita, en asamblea, multitud de médicos con largas togas. Los vemos, a través de los cristales, agitar sus anchas y negras mangas e inclinar doctoralmente sus pelucas de rulos...

El Gobernador y el Mozo de Cuadras del pequeño Delfín se pasean delante de la puerta, esperando las decisiones de la Facultad. Algunos Pinches de Cocina pasan junto a ellos sin saludarles. El Mozo de Cuadras jura como un pagano, el Gobernador recita versos de Horacio... Y mientras tanto, de allá, del lado de las cuadras, puede oírse un prolongado y lastimero relincho. Es el alazán del pequeño Delfín del que parecen haberse olvidado y quien se agita tristemente ante su comedero vacío.

¿Y el Rey? ¿Adónde está Su Majestad el Rey?... El Rey se encerró en una habitación, a solas, al otro lado del edificio... A las Majestades no les gusta que les vean llorar... Para la reina, es otra cosa... Sentada junto a la cabecera del pequeño Delfín, con su bello rostro bañado en lágrimas, solloza muy alto y en presencia de todos, tal y como haría una verdulera.

En su litera de encajes, el pequeño Delfín, más blanco que los cojines que le dan reposo, mantiene los ojos cerrados. Creemos que duerme; pero no. El pequeño Delfín no duerme... Se vuelve hacia su madre, y al ver que ésta llora, le dice:

- ¿Señora Reina, por qué lloráis? ¿Acaso consideraréis seriamente que me voy a morir?

La reina quiere responder. Los sollozos le impiden hablar...

- ¡Ea pues! No lloréis, Señora Reina; olvidáis que soy el Delfín, y que los Delfines no pueden morir así...

La Reina solloza todavía más alto, y el pequeño Delfín comienza a asustarse.

- ¡Venga pues!, dice, no quiero que la muerte venga cogirme, y sabré impedirle que llegue hasta aquí... ¡Que se haga venir sin demora a cuarenta lanceros muy fuertes, y

que monten guardia alrededor de nuestra cama!... ¡Que cien gruesos cañones velen noche y día, mecha encendida, bajo nuestras ventanas! Y... ¡Ay de la muerte, si osa acercárenos!...

Para complacerlo, la reina hace un signo. Enseguida, podemos oír los gruesos cañones rodando en el patio; y cuarenta grandes lanceros, arma en mano, vienen a situarse alrededor de la cámara. Son veteranos soldadotes, de largos mostachos grises. El pequeño Delfín aplaude viéndolos. Reconoce a uno de ellos y le llama:

- ¡Lorrain!, ¡Lorrain!

El soldado da un paso hacia la cama:

- Te quiero mucho, mi viejo Lorrain, déjame ver un poco tu gran sable... Si la muerte quisiera llevarme, habríamos de matarla ¿no??

Lorrain responde:

- Sí, mi Señor...

Mientras dos gruesas lágrimas fluyen por sus curtidas mejillas.

En ese momento, el capellán se acerca al pequeño Delfín y le habla mucho tiempo en voz baja, mostrándole un crucifijo. El pequeño Delfín le escucha un tanto asombrado. De pronto le interrumpe y dice:

- Comprendo bien lo que usted me cuenta, señor Abad: pero ¿no podría mi amigo Beppo morir en mi lugar, dándole mucho dinero?...

El capellán continúa hablándole en voz baja, el aspecto del pequeño Delfín luce cada vez más contrariado... Cuando el capellán pareció haber terminado, el pequeño Delfín respondió con un largo suspiro:

- Todo lo que usted me dice ahora es muy triste, señor Abad; pero una cosa me consuela, y es que allá arriba, en el paraíso de las estrellas, seré todavía el Delfín... Sé que el buen Dios es mi primo y que sabrá tratarme como corresponde a la altura de mi rango.

Luego añade, volviéndose hacia su madre:

- ¡Que me traigan mis más bellos vestidos, mi jubón de armiño blanco y mis escarpines de terciopelo! Quiero hacerme fuerte ante los ángeles y entrar en el paraíso vestido de Delfín.

Por tercera vez, el capellán se inclina hacia el pequeño Delfín y le habla nuevamente en voz baja... En medio de su discurso, el niño le interrumpe con cólera:

- ¡Pero entonces, grita, esto de ser Delfín, no sirve absolutamente para nada!?

... Y, sin querer atender a nada más, el pequeño Delfín se vuelve hacia la muralla, y llora amargamente.

II.-

El subprefecto en el campo

Le Sous-préfet aux champs

El señor subprefecto está de expedición. Con el cochero delante y él lacayo a la zaga, el coche de la subprefectura le lleva majestuosamente a la Exposición regional de La-Combe-aux-Fées. En ese día memorable el señor subprefecto se ha puesto la hermosa casaca bordada, el sombrero apuntado, el pantalón estrecho con galón de plata y la espada de gala con puño de nácar. En sus rodillas descansa una gran cartera de piel de zapa con relieves, y la contempla tristemente.

El señor subprefecto mira con tristeza su cartera de zapa estampada en hueco; piensa en el famoso discurso que pronto ha de tener que pronunciar en presencia de los habitantes de La-Combe-aux-Fées.

—Señores y queridos administrados.

Pero, por más que atusa las rubias y sedosas patillas, y repite veinte veces seguidas: Señores y queridos administrados, no se le ocurre la continuación del discurso.

No se le ocurre la continuación del discurso...

¡Hace tanto calor dentro de aquel coche! ...

Hasta perderse de vista, el camino de La-Combe-aux-Fées está lleno de polvo, bajo el sol de mediodía. El aire abrasa... y sobre los olmos de orillas del camino, enteramente cubiertos de blanco polvo, millares de cigarras se desprenden de un árbol a otro.

De pronto se estremece el señor subprefecto. Allá abajo, al pie de una ladera, acaba de ver un verde robledal que parece hacerle señas.

El bosquecillo de carrascas parece hacerle, señas:

—Venga usted aquí, señor subprefecto, para componer su discurso estará usted mucho mejor al pie de mis árboles.

El señor subprefecto queda seducido, apéase del coche y dice a sus gentes que le aguarden que va a componer su discurso en el pequeño robledo.

En el bosquecillo de verdes carrascas hay aves, violetas y fuentes bajo la fina hierba... Cuando ven al señor subprefecto con sus lindos pantalones y su cartera de zapa estampada, los pájaros tienen miedo y dejan de cantar, las fuentes no se atreven a meter ruido y las violetas se esconden entre el césped., Toda esa gentecilla menuda jamás ha visto a un subprefecto, y pregúntase en voz baja quién será ese gran señor que se pasea con pantalón de plata.

Bajo el follaje pregúntanse en voz baja quién es ese señor con pantalón de plata. Mientras tanto el señor subprefecto, encantado con el silencio y la frescura del bosque, se levanta los faldones de la casaba, deja encima de la hierba el sombrero apuntado y toma asiento en el musgo al pie de una encina joven. Luego abre en las rodillas la gran cartera de piel de zapa con relieves y saca de ella un ancho pliego de papel ministro.

—¡Es un artista! —dice la curruca.

—No —contesta un pajarillo —no es un artista, puesto que lleva pantalón de plata, es más bien un príncipe.

—Es más bien un príncipe —repite otro pajarito.

—Ni un artista, ni un príncipe —interrumpe un viejo ruseñor, que ha estado cantando una temporada en los jardines de la subprefectura.

—Yo sé quién es: es... ¡un subprefecto! Y en todo el bosquecillo se oye cuchichear: — ¡ Es un subprefecto! ¡Un subprefecto!

—¡Qué calvo está! —observa una alondra muy moñuda.

Las violetas preguntan:

—¿Es mala persona?

—¿Es mala persona? —preguntan las violetas.

El viejo ruseñor responde:

—¡No es del todo malo! Y con esta seguridad, los pájaros vuelven ponerse a cantar, las fuentes á correr y las violetas a embalsamar el aire, como si aquel señor no estuviese allí.

Impasible en medio de todo aquel grato barullo, el señor subprefecto invoca en su corazón a la Musa de los comicios agrícolas, y lápiz en ristre, comienza a declamar con su voz de ceremonia:

—Señores y queridos administrados...

Señores y queridos administrados —dice el subprefecto, con su voz de ceremonia.

Una carcajada le interrumpe, vuelve la cabeza y sólo ve un gran pico verde que lo mira riéndose, de patas en el sombrero apuntado, El subprefecto se encoge de hombros y quiere continuar su discurso.

Pero el pico verde lo interrumpe, y le grita desde lejos:

–¿Para qué sirve eso? ¿Para qué sirve eso? –dice el subprefecto, poniéndose encarnado, y echando con un ademán a aquel pájaro atrevido, prosigue a más y mejor: Señores y queridos administrados –prosigue a mas y mejor el subprefecto.

Pero cátrate que entonces se yerguen hacia él las violetas desde la punta de sus tallos, y le dicen con dulzura: –Señor subprefecto, ¿nota usted qué bien olemos? Y las fuentes le dan bajo el musgo una música divina, y entre las ramas, por encima de su cabeza, bandadas de cucurrucas acuden á cantarle sus aires más bonitos, y todo el bosquecillo conspira para impedirle componer su discurso.

Todo el bosquecillo conspira para impedirle componer su discurso.

El señor subprefecto, marcado de aromas, ebrio de música, en vano trata de resistir el nuevo encanto que le invade. Se pone de codos de la hierba, se desabrocha la hermosa casaca; y tartamudea otras dos o tres veces: –Señores y queridos administrados. Señores y queridos adminis... Señores y queridos...

Luego envía al demonio los administrados, y la Musa de los comicios agrícolas no tiene más remedio que taparse el rostro.

Cúbrete el rostro, ¡oh! Musa de los comicios agrícolas! Cuando al cabo de una hora las gentes de la subprefectura, intranquilos por su señor, entran en el bosquecillo, Ven un espectáculo que les hace retroceder con horror. El señor subprefecto estaba echado boca abajo encima de la hierba, despechugado como un bohemio. Habíase quitado la casaca, y mascando violetas, el señor subprefecto hacía versos.

El hombre de la sesera de oro

Légende de l'Homme à la Cerveille d'Or

A la dama que me pide cuentos alegres

Al leer su carta, señora, me ha asaltado algo así como un remordimiento. Me he recriminado el color pesimista de mis cuentos y me he comprometido a enviarle algo alegre, profundamente alegre.

¿Por qué habría de estar triste, después de todo? Vivo a mil leguas de las nieblas parisinas, sobre una colina luminosa, en la región de los tamboriles y del vino moscatel. A mi alrededor todo es sol y música; tengo orquestas de aguzanieves, orfeones de abejarucos, por la mañana los chorlitos que hacer ¡chorolí, chorolí!; a mediodía las chicharras, luego los zagales tocando la zampoña y las guapas mozas morenas a las que se les oye reír en los viñedos... En verdad, el lugar está mal elegido para tejer fantasías tenebrosas; yo debería, más bien, enviar a las damas poemas color de rosa y cestas llenas de cuentos galantes...

¡Pues bien, no! Todavía estoy demasiado cerca de París. A diario llegan hasta mis pinos las salpicaduras de sus tristezas... En este momento en el que escribo, acabo de saber que el pobre Charles Barbara ha muerto en la miseria; por lo cual mi molino se ha vuelto de luto riguroso. ¡Adiós a los chorlitos y a las chicharras! Ya no tengo ánimos para contar cosas alegres. Por esa causa, señora, en lugar del lindo cuento festivo que había decidido escribir para usted, no leerá hoy sino una leyenda melancólica.

* * *

Érase una vez un hombre que tenía la sesera de oro; sí, señora, una sesera completamente de oro. Cuando vino al mundo, los médicos pensaron que aquel niño no podría vivir, tan pesada era su cabeza y tan desmesurado su cráneo. Sin embargo, vivió y creció al sol como un hermoso retoño de olivo; sólo que su gruesa cabeza le arrastraba siempre, y daba pena verlo tropezar con los muebles al andar... A menudo se caía. Un día rodó desde lo alto de una escalinata y vino a dar con la frente en un peldaño de mármol, donde su cráneo resonó como un lingote. Le creyeron muerto; pero, al levantarlo, sólo le encontraron una leve herida con dos o tres gotitas de oro cuajadas entre sus cabellos rubios. Fue así como los padres supieron que tenía una sesera de oro.

No lo divulgaron; ni siquiera el niño sospechó nada. De vez en cuando éste preguntaba por qué ya no le permitían correr y jugar fuera de casa con los demás niños.

—¡Podrían robarte, mi tesoro! —decía la madre.

Entonces el chiquillo sentía miedo de que lo raptaran y se ponía a jugar solo, sin decir palabra, vagando pesadamente de una habitación a otra.

Sólo al cumplir los dieciocho años le revelaron sus padres el don monstruoso que debía al destino; y como lo habían alimentado y educado desde que nació, le pidieron, en compensación, una parte de su oro. El chico no vaciló: en el acto —¿cómo?, ¿por qué medios?, la leyenda no lo dice— se arrancó del cráneo un buen trozo de oro macizo y lo depositó en el regazo de su madre...

Luego, deslumbrado por los caudales que llevaba en la cabeza, abandonó la casa paterna y se fue por el mundo dilapidando su tesoro. A juzgar por el modo de vivir a lo grande, regiamente y derrochando el oro sin contarlo, habríase dicho que aquella sesera

era inagotable... Pero se iba agotando y, poco a poco, su mirada se fue apagando y sus mejillas se demacraron. Un día, la mañana siguiente de una fiesta desenfadada, el desgraciado, que se había quedado solo entre los restos del festín, se espantó al ver el enorme trozo que le faltaba a su lingote; por lo que pensó que debía detener su despilfarro.

A partir de entonces su existencia cambió. Se retiró y empezó a vivir del trabajo de sus manos, atemorizado y receloso como un avaro, huyendo de las tentaciones, procurando olvidar las fatales riquezas a las que no quería tocar... Por desdicha, un amigo le había seguido en su soledad y este amigo conocía su secreto. Una noche, el desventurado fue despertado súbitamente por un intenso dolor de cabeza; se incorporó desatinado, y vio a la luz de la luna a su amigo que escapaba ocultando algo bajo su capa... ¡Un trozo más de sesera que le quitaban!

Poco después se enamoró, y esta vez se acabó todo. Amaba a una mujercita rubia, que también lo amaba, pero que amaba más aún las plumas, los lazos, los pompones, los bordados y pasamanerías. Entre las manos de aquella gentil criatura —mitad pájaro, mitad muñeca— las monedas de oro se fundían sin sentir. Era caprichosa a más no poder; y él no sabía decir no. Por no contrariarla llegó incluso a ocultarle el origen de su fortuna.

—¿Así que somos muy ricos? —decía ella.

El pobre hombre respondía:

—¡Oh, sí!... ¡Muy ricos! —Y sonreía con amor al pajarito azul que, inocentemente, le iba devorando el cráneo.

Pese a todo, a veces le entraba miedo y le daban ganas de volverse avaro, pero entonces llegaba su mujercita mimosa y le rogaba:

—Cariño, tú que eres tan rico... ¡Cómprame algo que sea muy caro!

Y él le compraba algo muy caro. Así pasaron dos años, hasta que una mañana la mujercita, sin saber por qué, se murió como un pajarito... El tesoro tocaba a su fin, pero con lo que le quedaba, el viudo encargó un hermoso entierro para su amada muerta. Campanas al vuelo, carroza tapizada de negro, caballos empenachados, lágrimas de plata sobre el terciopelo, nada le pareció demasiado suntuoso. Ahora ya ¿qué le importaba su oro? Lo prodigó: le dio a la iglesia, a los sepultureros, a las vendedoras de siemprevivas; por todas partes lo repartió sin regatear... Por eso, al salir del cementerio ya no la quedaba casi nada de su maravillosa sesera; tan sólo unos trocitos pegados a las paredes del cráneo.

Entonces lo vieron irse por las calles con aspecto extraviado y las manos por delante, tropezando como un beodo. Al anoecer, a la hora en que se encienden los bazares, se detuvo ante un amplio escaparate en el que todo un amasijo de lujosas telas y pedrerías espejeaba bajo las lámparas; y permaneció allí un buen rato contemplando un par de chinelas de raso azul con ribetes de plumas de cisne. «Sé de alguien a quien estos escarpines le darán una gran alegría», se decía sonriendo; y, sin recordar que su esposa estaba muerta, entró para comprarlos. Desde el fondo de la trastienda la tendera oyó un grito agudo; acudió y retrocedió espantada al ver al hombre de pie, recostado sobre el mostrador, mirándola angustiosamente. Tenía en una mano los escarpines y en la otra, ensangrentada, unas cuantas partículas de oro en las uñas.

* * *

Pese a su aspecto de cuento fantástico, esta leyenda es cierta por los cuatro costados... Hay en el mundo personas condenadas a vivir de su cerebro, y pagan con oro de ley, con su médula y su propia sustancia, las más ínfimas cosas de la existencia. Cada día es para ellos un sufrimiento, y luego, cuando están hartas de sufrir...

El poeta Mistral

Le poète Mistral

Cuando el domingo último me levanté, de la cama, creí despertarme en la calle, del Faubourg-Montinartre. Llovía, el cielo estaba gris, el molino triste. Me dio miedo pasar en casa aquel día de lluvia, y al punto sentí deseos de ir a calentarme un poco a la de Federico Mistral, ese gran poeta que vive a tres leguas de mis pinos, en su villorrio de Maillane.

Dicho y hecho: una estaca de rama de mirto, mi Montaigne, una manta, ¡y en marcha! Nadie en los campos... Nuestra hermosa Provenza católica deja a la tierra descansar el domingo... Los perros solos en los hogares, las granjas cerradas... De tarde en tarde, una galera de «ordinario» con el toldo chorreando; una vieja, cubierta la cabeza con su mantón de color de hoja seca; mulas en traje de gala, guarnición de esparto azul y blanco, madroños rojos, cascabeles de plata, conduciendo una carreta de gentes de las masías que van a misa; después, allá abajo, a través de la bruma, una barca en la roubine y un pescador de pie, lanzando su esparavel.

No hubo medio de leer en el camino aquel día.

Caía a torrentes la lluvia, y la tramontana la arrojaba a cubos al rostro... Hice la caminata de un tirón, y después de tres horas de andar, vi a la postre ante mí los tres cipresitos en medio de los cuales se resguarda la comarca de Maillane por temor al viento.

Ni un gato en las calles de la aldea; todo el mundo estaba en misa mayor. Cuando pasé por delante de la iglesia, zumbaba el piporro, y vi relucir los cirios a través de las vidrieras de colores.

La residencia del poeta está a lo último del, término municipal; es la postrera casa a la izquierda, en el camino de Saint-Reiny, una casita de un piso, con un jardín delante... Entro quedito... ¡Nadie! La puerta del salón está cerrada, pero oigo que detrás de ella anda alguien y habla en voz alta... Conozco muchísimo ese paso y esa voz... Me detengo un rato en el corredorcito enlucido con cal, puesta la mano en el pestillo de la puerta, muy emocionado. E l corazón me palpita.

Ahí está. Trabaja... ¿Debo esperar a. que –concluya la estrofa? ¡A fe mía, tanto peor! Entremos.

¡Ah, parisienses! Cuando el poeta de Maillane fue entré vosotros a enseñar a París su Mireya, y visteis a ese Chactas con traje de ciudad, con cuello recto, y sombrero alto, que le molestaba tanto como su gloria, habéis e reído que ese era Mistral... No; no era él. No hay nada más, que un Mistral en el mundo, el que sorprendí yo el domingo último en su lugarejo, con el sombrero de fieltro de alas anchas en la oreja, sin chaleco, de chaquetón, con su roja faja catalana ciñéndole los riñones, brillantes los ojos, con el fuego de la inspiración en las mejillas, magnífico con su dulce sonrisa, elegante como un pastor griego, y andando a paso largo, con las manos en los bolsillos, haciendo versos.

–¡Cómo! ¿Eres tú? –gritó Mistral, incliándoseme de un salto al cuello.

–¡ Qué buena idea has tenido de venir! ... Precisamente, hoy es la fiesta de Maillane. Tenemos la música de Aviñón, toros, procesión, farándula; esto será magnífico... Mi madre va a volver de misa, almorzaremos y luego izas! nos vamos a ver como bailan las mozas, guapas.

Mientras me hablaba, miré con emoción ese saloncito de papel claro, que hacía mucho tiempo que no había visto y donde he pasado ya tan hermosas horas. Nada estaba cambiado. Siempre el mismo sofá de cuadros amarillos, los dos sillones de paja, la Venus sin brazos y la Venus de Arlés en la chimenea, el retrato del poeta por Hébert, su fotografía por Esteban Carjat, y en un rincón, junto a la ventana, el escritorio, una pobre mesita de oficial del registro, enteramente cargada de libracos viejos y de diccionarios. En medio de esa mesa de despacho, vi un gran cuaderno abierto... Era Calendal, el nuevo poema de Federico Mistral, que debe aparecer este año el día de Navidad. Hace siete años que Mistral está trabajando en ese poema, y cerca de seis meses que escribió el último verso; sin embargo, no se atreve aún a separarse de él. Se comprende; siempre hay una estrofa que, pulir, una ritma más sonora que encontrar... Por más que Mistral escribe en provenzal, trabaja sus versos como si todo el mundo tuviese que leerlos en esa lengua y tenerle en cuenta sus esfuerzos de buen obrero... ¡Oh, valiente poeta! De Mistral hubiera podido también decir Montaigne: Acordaos de aquel a quien, como le preguntasen a qué venía tomarse tanto trabajo en un arte que no podía llegar a conocimiento sino de escasas personas, respondió: «Pocas necesito. Me sobra una. Me basta con ninguna.

Tenía yo en las manos el cuaderno de Calendal, y hojeábalo lleno de emoción... De pronto, una banda de pífanos y tamboriles resonó en la calle delante de la ventana, y cádate a mi Mistral que corre al armario, saca de él vasos y botellas, arrastra la mesa al medio del salón, y abre la puerta a los músicos, diciéndome: –No te rías... Vienen a darme la alborada... Soy concejal.

El saloncillo se llenó de gente. Pusieron los tamboriles encima de las sillas, la vieja bandera en un rincón, y circuló el vino trasañejo. Luego de beberse algunas botellas, a la salud de don Federico, de conversar gravemente acerca de la fiesta, de si la farándula será tan bonita como el año último, de si se portarán bien los toros, retíranse los músicos y van a dar la alborada a casa de los demás regidores.

En ese momento llega la madre de Mistral.

En un periquete ponen la mesa; un hermoso mantel blanco y dos cubiertos. Yo conozco los usos de la casa: sé que cuando Mistral tiene convidados, su madre no se sienta a la mesa... La pobre anciana sólo conoce el provenzal, y se las vería y desearía para hablar con franceses... Por otra parte, hace falta en la cocina.

¡Santo Dios, qué hermosa comida tuve aquella mañana! Un trozo de cabrito asado, queso de monte, mostillo, higos, uvas moscateles; todo ello rociado con ese magnífico Château –neuf de los Papas, de un color rojo tan precioso en los vasos...

A los postres, voy en busca del cuaderno del poema y lo pongo en la mesa delante de Mistral.

–Habíamos quedado en salir –dijo sonriéndose el poeta.

–¡No, no! ¡Calendal! ¡Calendal! Mistral se resigna, y con su voz musical y dulce, llevando el compás de los versos con la mano, la emprende con el canto primero:

*De tina moza loca de amor,
Ahora que he dicho la triste aventura,
Cantaré, si Dios quiere, un hijo de Cassis,
Un pobrecito pescador de anchoas...*

Fuera tocaban a vísperas las campanas, estallaban los cohetes en la plaza, pasaban y repasaban pífanos y tamboriles por las calles. Mugían los toros de Camargue, que llevaban a lidiar.

De codos en el mantel, con lágrimas en los ojos, escuché la historia del pescadorcillo provenzal.

Calendal no es más que un pescador; el amor lo convierte en un héroe... Para conquistar el corazón de su amada, la hermosa Estérelle, emprende cosas milagrosas, y los doce trabajos de Hércules son nada en comparación de los suyos.

Una vez, habiéndosele puesto en la cabeza hacerse rico, inventa formidables artes de pesca y se trae al puerto todos los pescados del mar. Otra vez, va a retar en su propio nido de águilas a un terrible bandolero de las gargantas de Ollionles, el conde Severan, entre sus matones y sus ganforras... ¡Vaya un mozo de temple ese mocito Calendal! Un día se encuentra en Sainte-Baume con dos partidas de artesanos que habían ido allí a solventar sus disputas a fuerza de grandes golpes de compás, encima del sepulcro del maestro Yago, un provenzal que hizo la armadura del templo de Salomón, sí solo llevan ustedes a mal. Calendal se arroja en medio de la carnicería y apacigua á los compañeros sólo con ¡Empresas sobrehumanas!... Había allá arriba, en las peñas de Lure, un bosque de cedros inaccesibles, donde jamás leñador alguno se había atrevido a subir.

Va Calendal allí y se queda treinta días enteramente solo. Durante treinta días, óyese el ruido de su hacha, que resuena al hundirse en los troncos.

Ruge la selva; uno a uno caen los viejos árboles gigantescos y ruedan al fondo de los abismos, y cuando baja Calendal, ya no queda ni un cedro en la montaña...

Al fin y al cabo, en recompensa de tales hazañas, el pescador de anchoas consigue el amor de Estérelle, y es nombrado cónsul por los habitantes de Cassis. He ahí la historia de Calendal. Pero; qué importa Calendal? Lo que, ante todo, está vivo en el poema, es la Provenza, la Provenza del mar, la Provenza de la montaña, eón su historia, sus costumbres, sus leyendas, sus paisajes, todo un pueblo candoroso y libre que ha encontrado su gran poeta antes de morir...

Y ahora, ¡trazad caminos de hierro, plantad postes de telégrafos, expulsad la lengua provenzal de las escuelas! ¡Provenza vivirá eternamente en Mireya y en Calendal! – ¡Basta de poesía! –dijo Mistral, cerrando su cuaderno. –Hay que ir a ver la fiesta.

Salimos. Todo el pueblo estaba en las calles; un ramalazo de cierzo había despejado el cielo, el cual brillaba alegremente sobre las rojas techumbres, mojadas por la lluvia. Llegamos a tiempo de ver de regreso la procesión. Durante una hora fue aquello un interminable desfile de penitentes con capirotos, penitentes blancos, penitentes azules, penitentes grises, cofradías de muchachas con velo, estandartes rojos con flores de oro, grandes santos de madera desdorados y conducidos en cuatro hombros, santas de loza coloridas como ídolos, con grandes ramos en la mano, capas de coro, incensarios, doseles de terciopelo verde, crucifijos rodeados de seda blanca; todo esto ondulando al viento, entre la luz de los cirios y la del sol, en medio de salmos, de letanías y de las campanas, que tocaban a rebato.

Concluida la procesión y vueltos á poner los santos en sus capillas, fuimos a ver los toros, después los juegos en la era, las luchas de hombres, los tres saltos, el ahorcagato, el juego del odre y todo el regocijado aparato de las fiestas de Provenza... Caía la noche cuando regresamos a Maillane. En la plaza, frente al cafetín donde va Mistral por la noche a jugar su partida con su amigo Zidore, hablan encendido una gran hoguera... Organizábale la farándula Faroles de papel recortado alumbraban por todas partes entre la obscuridad; la juventud tomaba puesto, y bien pronto, a un redoble de los tamboriles, comenzó alrededor de las llamas un corro loco, estrepitoso, que había de durar toda la noche.

Después de cenar, demasiado rendidos de cansancio para correr otra vez, subimos a la alcoba de Mistral. Es un modesto dormitorio de campesino, con dos grandes camas. Las paredes no tienen papel; se ven descubiertas las vigas del techo... Hace cuatro años, cuando la Academia otorgó al autor de Mireya el premio de tres mil francos, se le ocurrió a la señora Mistral una idea.

–¿No te parece que hagamos empapelar y poner cielo raso en tu alcoba? –preguntó a su hijo.

–¡ No, no! –respondió Mistral. –Esto es el dinero de los poetas; no se le puede tocar.

Y el dormitorio quedó desnudo. Pero en tanto que duró el dinero de los poetas, los que han acudido a Mistral siempre han encontrado abierta su bolsa...

Me había yo llevado a la alcoba el manuscrito de Calendal, y quise hacer que me leyese otro pasaje antes de dormirme. Mistral eligió el episodio de la loza. Helo aquí en pocas palabras: Hay una gran comida, no sé dónde. Ponen en la mesa una magnífica vajilla de loza de Moustiers. En el fondo de cada plato hay un asunto provenzal, dibujado en azul sobre el vidriado; toda la historia regional está allí dentro.

Así es de ver con cuánto amor está descrita esa hermosa vajilla de loza; una estrofa para cada plato, otros tantos poemitas de un trabajo sencillo y erudito, acabados como una descripción de Teócrito.

Mientras que Mistral me recitaba sus versos en aquella hermosa lengua provenzal, latina en, mas de sus tres cuartas partes, hablada antaño por las reinas y que hoy sólo comprenden los frailes, admiraba yo en mi interior a ese hombre. Y recapacitando el estado de ruina en que halló su lengua materna y lo que con ella ha hecho, me figuraba uno de esos vetustos palacios de los príncipes de Baux que se ven en los Alpilles: sin techo, sin balaustradas en las escalinatas, sin vidrios en las ventanas, roto el trébol de las ojivas, corroído por el moho el escudo de las puertas; gallinas picoteando en el patio de honor, cerdos revolcándose bajo las esbeltas columnillas de las galerías, el asno paciendo dentro de la capilla, donde crece la hierba, las palomas acudiendo a beber en las grandes pilas de agua bendita, colmadas, de agua de lluvia, y por último, entre esos escombros dos o tres familias de labriegos que han construido chozas a los lados del viejo palacio.

Y luego llega un día en que el hijo de uno de esos campesinos préndase de esas grandes ruinas y se indigna al verlas así profanadas; á toda prisa expulsa el ganado fuera del patio de honor, y viniendo en su ayuda las hadas, por sí solo reconstruye la monumental escalera, vuelve a poner tableros en las paredes y vidrieras en los ventanajes, reedifica las torres, vuelve a dorar la sala del trono y pone en pie el vasto palacio de otros tiempos, donde se hospedaron papas y emperatrices.

Ese palacio restaurado es la lengua provenzal.

Ese hijo de labriego es Mistral.

Las tres misas rezadas

Les Trois Messes Basses. Conte de Noe

Cuento de Navidad

I

-¿Dos pavos trufados, Garrigú?

-Sí, mi reverendo, dos magníficos pavos rellenos de trufas, y puedo decirlo porque yo mismo ayudé a rellenarlos. Parecía que el pellejo iba a reventar al asarse, tan estirado estaba...

-¡Jesús María, y a mí que me gustan tanto las trufas! Dame pronto la sobrepelliz, Garrigú. Y ¿qué más has visto en la cocina, fuera de los pavos?

-¡Oh, una porción de cosas buenas! Desde mediodía no hemos hecho otra cosa que pelar faisanes, abubillas, ortegas, gallos silvestres. Las plumas volaban por todas partes... Después, trajeron del estanque anguilas, carpas doradas, truchas...

-¿De qué tamaño eran las truchas, Garrigú?

-De este tamaño, mi reverendo. ¡Enormes!

-¡Oh, Dios mío, me parece estarlas viendo! ¿Pusiste el vino en las vinajeras?

-Sí, mi reverendo, he puesto vino en las vinajeras... ¡Pero, caramba!, no se parece al que beberá usted después de la misa de medianoche. Si viera en el comedor del castillo los botellones que resplandecen llenos de vino de todos colores... Y la vajilla de plata, los centros de mesa cincelados, los candelabros, las flores... ¡Nunca se ha visto una cena de nochebuena semejante! El señor Marqués ha invitado a todos los señores de la vecindad. En la mesa habrá cuarenta personas, sin contar al juez ni al escribano... ¡Ah, qué suerte tiene usted, que es de la partida, mi reverendo!. Sólo con haber olfateado los hermosos pavos, el perfume me sigue a todas partes... ¡Ah!

-Vamos, vamos, hijo mío. Guardémonos del pecado de la gula, sobre todo en la noche de Navidad. Ve pronto a encender los cirios y a dar el primer toque para la misa, porque las doce se acercan y no hay que retrasarse...

Esta conversación se mantenía la nochebuena del año de gracia de mil seiscientos y tantos, entre el reverendo don Balaguer, ex prior de los Carmelitas, entonces capellán a sueldo de los señores de Trinquelague, y su monaguillo Garrigú, o lo que él creía su monaguillo Garrigú, porque deben saber que aquella noche el diablo había tomado la cara redonda y los rasgos indecisos del joven sacristán, para hacer caer mejor en la tentación al reverendo padre, haciéndole cometer un espantoso pecado de gula. Así, pues, mientras el pretendido Garrigú (¡hum, hum!) hacía repicar a todo trapo las campanas de la capilla del castillo, el reverendo acababa de ponerse la sobrepelliz en la pequeña sacristía, con el espíritu turbado ya por todas aquellas descripciones gastronómicas; y decía para sí, vistiéndose:

-¡Pavos asados... carpas doradas... truchas de este porte!

Afuera soplaban el viento de la noche, difundiendo la música de las campanas, y al propio tiempo iban apareciendo luces en la sombra, en las cuestas del monte Ventoux, en cuya cima se levantaban las viejas torres de Trinquelague. Eran las familias de los cortijeros, que iban a oír la misa del gallo en el castillo. Trepaban la cuesta, cantando, en

grupos de cinco o seis, el padre adelante, linterna en mano, las mujeres envueltas en sus grandes mantos oscuros, en que se estrechaban y abrigaban sus hijos. A pesar de la hora y del frío, todo aquel buen pueblo caminaba regocijado, animado por la idea de que, al salir de misa y como todos los años, tendría la mesa puesta en las cocinas. De tiempo en tiempo, sobre la cuesta ruda, la carroza de algún señor, precedida por lacayos con antorchas, hacía resplandecer sus cristales a la luz de la luna, alguna mula trotaba agitando los cascabeles, y a la luz de las teas envueltas en la bruma, los campesinos reconocían al juez, y lo saludaban al paso:

-Buenas noches, buenas noches, maese Arnoton.

-Buenas noches, buenas noches, hijos míos.

La noche era clara, las estrellas parecían reavivadas por el frío; el cierzo picaba y la escarcha fina, deslizándose sobre los vestidos sin mojarlos, conservaba fielmente la tradición de las nochebuenas blancas de nieve. Allá, en lo alto de la cuesta, el castillo aparecía como la meta de todos los caminantes, con su enorme masa de torres, techos y coronamientos, la torre de la capilla irguiéndose en el cielo negro, y una multitud de lucecitas que parpadeaban, iban, venían, se agitaban en todas las ventanas, y parecían, sobre el fondo oscuro del edificio, chispas que corrieran por las cenizas de un papel quemado...

Una vez transpuesto el puente levadizo y la poterna, era necesario, para llegar a la capilla, atravesar el primer patio, lleno de carrozas, de criados, de sillas de mano, todo iluminado por la luz de las antorchas y las llamaradas de las cocinas.

Se oía el rumor de los asadores, el estrépito de las cacerolas, el choque de los cristales y la vajilla de plata, movidos para los preparativos de una comida, y por encima de todo aquello, se extendía un vapor tibio que olía bien, a las carnes asadas y a las hierbas perfumadas de las salsas, lo que hacía decir a los cortijeros, como al capellán, como al juez, como a todo el mundo:

-¡Qué excelente cena vamos a tener después de la misa!

II

¡Tilín!... ¡Tilín!... ¡Tilín!...

La misa de media noche comienza. En la capilla del castillo, que es una catedral en miniatura, de arcos entrecruzados y zócalos de roble que cubren las paredes, se han tendido todas las colgaduras, se han encendido todos los cirios. ¡Y cuánta gente! ¡Y qué trajes! En primer lugar, sentados en los sillones esculpidos que rodean el coro, están el señor de Trinquelague, vestido de tafetán color salmón, y a su lado los nobles señores invitados. Enfrente, en reclinatorios tapizados de terciopelo, se han instalado la anciana marquesa viuda, con su vestido de brocado color de fuego, y la joven señora de Trinquelague, con la cabeza cubierta por una alta torre de encaje, plegada a la última moda de la corte de Francia. Más abajo se ve, vestidos de negro, con grandes pelucas puntiagudas y rostros afeitados, al juez Tomás Arnoton y al escribano maese Ambroy, dos notas graves entre las sedas vistosas y los damascos recamados. Luego vienen los gordos mayordomos, los pajes, los picadores, los intendentes, la dueña Bárbara, con todas sus llaves colgadas de la cintura, en un llavero de plata fina. En el fondo, sentados en escaños, están los de menor cuantía, las criadas, los cortijeros con sus familias, y más allá, al lado mismo de la puerta que abren y cierran discretamente, los señores marmitones que van, entre dos salsas, a oír un poco de misa y a llevar un olorcillo de cena a la iglesia de fiesta, entibiada con tantos cirios encendidos.

¿Es la vista de sus gorras blancas lo que tanto distrae al oficiante? ¿No sería, más bien, la campanilla de Garrigú, esa endiablada campanilla que se agita al pie del altar con infernal precipitación, y que parece estar diciendo a cada rato?

-¡Despachemos, despachemos!.. Cuánto mas pronto hayamos concluido, más pronto nos sentaremos a la mesa.

El hecho es que cada vez que suena aquella campanilla del demonio, el capellán se olvida de su misa y no piensa sino en la cena. Se figura las cocinas rumorosas, los hornillos en que arde un fuego de fragua, el vaho que sale de las cacerolas entreabiertas, y entre aquel vaho dos magníficos pavos, rellenos, reventando, constelados de trufas...

O bien ve pasar filas de pajes llevando fuentes envueltas en tentador humillo, y entra con ellos en el gran salón dispuesto ya para el festín. ¡Oh delicia! Aquí está la inmensa mesa, atestada y resplandeciente, los pavos adornados con sus plumas, los faisanes abriendo sus alas rojizas, los botellones color rubí, las pirámides de frutas brillando entre las ramas verdes, y los maravillosos pescados de que hablaba Garrigú, (¡Garrigú, hum!) tendidos en un lecho de hinojo, con la escama nacarada como si acabaran de salir del agua, y con un ramillete de hierbas aromáticas en su boca de monstruos. Tan viva es la visión de aquellas maravillas, que a don Balaguer le parece que todos aquellos platos estupendos están servidos delante de él, sobre los bordados del mantel del altar, y dos o tres veces, en lugar de decir Dominus vobiscum, llegó a decir Benedicite... Fuera de esas pequeñas equivocaciones, el buen hombre despacha el oficio divino muy concienzudamente, sin saltar una línea, sin omitir una genuflexión, y todo anda muy bien hasta el fin de la primera misa, pues ya sabéis que el día de Navidad el mismo oficiante debe celebrar tres misas consecutivas.

-¡Y va una! -se dijo el capellán, lanzando un suspiro de alivio; luego, sin perder un minuto, hizo señas a su monaguillo, o al que creía su monaguillo, y...

-¡Tilín!... ¡Tilín!... ¡Tilín!...

La segunda misa comienza, y con ella el pecado de don Balaguer.

"¡Vaya!, despachemos", le grita con su vocecita agria la campanilla de Garrigú, y esa vez el desgraciado oficiante, entregado completamente al demonio de la gula, se lanza sobre el misal, y devora las páginas con la avidez de un espíritu sobreexcitado. Se inclina, se levanta frenéticamente, esboza apenas las señales de la cruz, las genuflexiones, acorta todos sus ademanes para acabar más ligero... Apenas si extiende los brazos cuando el Evangelio; apenas si se golpea el pecho en el Confiteor. Parece que entre el monaguillo y él apostaran a quién balbucea con más prisa. Los versículos y las respuestas se precipitan, se atropellan. Las palabras medio pronunciadas, sin abrir la boca, cosa que tomaría demasiado tiempo, terminan en murmullos incomprensibles.

-Oremus... ps... ps... ps.

-Mea culpa... pa... pa...

Como vendimiadores apurados pisando la uva del tonel, ambos chapuzan en el latín de la misa, enviando salpicaduras a todos lados.

-¡Dom... scum!.. -dice Balaguer.

-Stutuo... -contesta Garrigú.

Y mientras tanto la campanilla sigue repiqueteando a sus oídos, como los cascabeles que se ponen a los caballos de posta para hacerlos galopar con mayor rapidez. Ya pueden ustedes darse cuenta de que una misa rezada tiene que terminar muy pronto de ese modo...

-¡Y van dos! -dijo el capellán, jadeante.

Luego, sin perder tiempo en respirar, rojo, sudando, baja a la carrera las gradas del altar, y...

-¡Tilín!... ¡Tilín!... ¡Tilín!...

Comienza la tercera misa. Ya no hay que dar sino unos cuantos pasos para llegar al comedor; pero ¡ay! a medida que se aproxima la cena, el infortunado Balaguer se siente acometido por una locura de impaciencia y de glotonería. Su visión se acentúa, las carpas doradas, los pavos asados están allí, allí... los toca... los... ¡Oh, Dios mío!.. Las fuentes humean, los vinos embalsaman... Y sacudiendo su badajo endiablado, la campanilla le grita:

-¡Ligero, ligero, más ligero!...

Pero ¿cómo andar más ligero? Sus labios se mueven apenas. Ya no pronuncia las palabras... Sólo que trampeara completamente a Dios y le escamoteara su misa... ¡Y es lo que hace el desdichado! De tentación en tentación comienza por saltar un versículo, luego dos. Luego, la epístola es demasiado larga y no la termina, roza apenas el Evangelio, pasa ante el credo sin entrar en él, saltea el padrenuestro, saluda de lejos el prefacio, y a saltos y brincos se precipita en la condenación eterna, seguido siempre por el infame Garrigú, (¡Vade retro, Satanás!) que lo secunda con maravillosa comprensión, le levanta la casulla, vuelve las hojas de dos en dos, maltrata los atriles, vuelca las vinajeras, y sacude sin cesar la campanilla, cada vez más fuerte, cada vez más ligero...

¡Hay que ver la cara sorprendida de todos los concurrentes! Obligados a seguir por la mímica del sacerdote aquella misa de la que no entienden una palabra, unos se levantan cuando otros se arrodillan, se sientan cuando los demás se ponen de pie, y todas las fases de aquel oficio singular se confunden en los escaños en una multitud de actitudes diversas. La estrella de Navidad, en camino por los senderos del cielo, dirigiéndose hacia el pequeño establo, palidece de espanto al ver aquella confusión...

-El abate anda demasiado a prisa... No se le puede seguir -murmura la anciana viuda agitando la cofia con desvarío.

Maese Arnoton, con sus anteojos de acero sobre las narices, busca en su libro de misa por dónde diablos pueden ir. Pero, en el fondo, toda aquella buena gente, que piensa también en cenar, no se disgusta ni mucho menos de que la misa vaya como por la posta, y cuando don Balaguer, con la cara radiante, se vuelve hacia la concurrencia gritando con todas sus fuerzas el ¡Ite missa est! todos a una voz, en la capilla, le contestan con un Deo gratias tan alegre, tan arrebatador, que parece el primer brindis en la gran mesa de la cena...

III

Cinco minutos después la multitud de señores se sentaba en la gran mesa del comedor, con el capellán en medio. El castillo, iluminado de arriba abajo, retumbaba con cantos, gritos, risas, rumores, y el venerable don Balaguer clavaba el tenedor en un ala de ave, ahogando el remordimiento de su pecado bajo los torrentes del buen vino del papa, y los excelentes jugos de los manjares. Tanto comió y bebió el pobre santo varón, que aquella misma noche murió de una indigestión terrible, sin haber tenido siquiera tiempo de arrepentirse; luego, a la madrugada, llegó al cielo, todo rumoroso aun por las fiestas de la noche, y ya se imaginarán ustedes de qué manera se le recibió:

-¡Retírate de mí vista, mal cristiano! -le dijo el soberano Juez, nuestro amo y señor- tu falta es bastante grande para borrar una vida entera de virtud... ¡Ah, me has robado una misa de Navidad!... Pues bien: me pagarás trescientas en su lugar, y no entrarás al paraíso sino cuando hayas celebrado en tu propia capilla esas trescientas misas de Navidad, en presencia de todos cuantos han pecado por tu culpa y contigo...

Tal es la leyenda de don Balaguer, como se cuenta en el país de los olivos. Hoy el castillo de Trinquelague no existe ya, pero la capilla se mantiene aún en pie en la

cumbre del monte Ventoux, entre un grupo de encinas verdes. El viento hace golpear la puerta dislocada, la hierba invade el umbral; hay nidos en los rincones del altar y en el alféizar de las altas ventanas, cuyos vidrios de colores han desaparecido ya hace mucho. Pero parece que todos los años, para nochebuena, una luz sobrenatural vaga por aquellas ruinas, y que al acudir a las misas y a las cenas, los campesinos ven aquel espectro de capilla iluminado con cirios invisibles que arden al aire, hasta bajo la nieve y bajo el viento.

Ustedes reirán si les parece, pero un vinatero del lugar, llamado Garrigue, descendiente sin duda de Garrigú, me ha afirmado que una noche de Navidad, hallándose algo chispo, se había perdido en la montaña hacia el lado de Trinquelague, y he aquí lo que vio:

Hasta las once de la noche, nada. Todo estaba silencioso, oscuro, inanimado. De pronto, a eso de medianoche, sonó una campana en lo alto de la torre, una vieja, viejísima campana que parecía hallarse a diez leguas de allí. Pronto, por el camino que sube hacia el castillo, Garrigue vio temblar luces, agitarse sombras indecisas. Bajo el portal de la capilla la gente andaba, cuchicheaba:

-Buenas noches, maese Arnoton.

-Buenas noches, buenas noches, hijos míos...

Cuando todos hubieron entrado, mi vinatero, que era muy valiente, se acercó despacito, y mirando por la puerta rota asistió a un espectáculo singular. Todos los que había visto pasar estaban colocados alrededor del coro en la nave arruinada, como si los antiguos escaños existieran todavía. Hermosas damas vestidas de brocado con cofias de encaje, señores galoneados de pies a cabeza, campesinos de chaquetas bordadas como las de nuestros abuelos, todos con aire de viejos, marchitos, empolvados, fatigados. De tiempo en tiempo, las aves nocturnas, huéspedes habituales de la capilla, despertadas por todas aquellas luces, iban a vagar en torno de los cirios cuya llama subía recta y vaga como si ardiera tras de una gasa, y lo que divertía mucho a Garrigue era cierto personaje de grandes anteojos de acero, que meneaba a cada instante su alta peluca negra, en la que uno de los pájaros se había parado, enredado en los pelos y batiendo silenciosamente las alas...

En el fondo, un viejecito de estatura infantil, de rodillas en medio del coro, agitaba desesperadamente una campanilla sin badajo y sin voz, mientras que un sacerdote, vestido de oro viejo, iba y venía ante el altar, recitando oraciones de las que no se entendía una palabra... No podía ser otro que don Balaguer, diciendo su tercera misa rezada...

Las naranjas

Les oranges - Fantaisie

Fantasia

En París las naranjas tienen el triste aspecto de frutas caídas, que se cogen al pie de los árboles. A su llegada en pleno invierno lluvioso y frío, su brillante corteza, y su exagerado aroma, en estos países de sabores tranquilos, les dan un aire extraño, un poco bohemio. Por las noches de niebla, van tristemente costeando las aceras, amontonadas en sus carritos ambulantes, al mezquino resplandor de un farolillo de papel rojo. Sirveles de escolta un grito monótono y débil, perdido entre el rodar de los coches y el barullo de los ómnibus: —¡A veinte céntimos las de Valencia! Para las tres cuartas partes de los parisienses, este fruto, cogido muy lejos, de vulgar redondez, donde el árbol no ha dejado nada más que un tenue pedúnculo verde, participa de la golosina, de la confitería. El papel de seda que lo envuelve, las festividades a quienes acompaña, contribuyen a dicha impresión. Al acercarse Enero, sobre todo, los millares de naranjas diseminadas por las calles, todas esas, cáscaras tiradas en el barro del arroyo, hacen pensar en algún gigantesco árbol de Navidad que sacudiese sobre París sus ramas cargadas de frutas artificiales. No hay rincón alguno donde no se encuentren. Tras los claros cristales de un escaparate, elegidas y adornadas; a la puerta de prisiones y asilos, entre paquetes de bizcochos y montoncillos de manzanas; delante de los peristilos de los bailes y teatros los domingos. Y su exquisito aroma se mezcla con el olor del gas, el chirrido de las mamparas, el polvo de las banquetas del paraíso. Llega a olvidarse que hacen falta naranjos para producir las naranjas; pues, mientras que la fruta nos la remiten directamente del mediodía encajonada, el árbol de la estufa donde pasa el invierno, cortado, transformado, disfrazado, sólo hace una breve aparición al aire libre en los paseos públicos.

Para conocer bien las naranjas hay que haberlas visto dónde se crían: en las islas Baleares, en Cerdeña, en Córcega, en Argelia, entre el aire azul dorado, en la tibia atmósfera del Mediterráneo. Recuerdo un bosquecillo de naranjos, a las puertas de Blidah.

¡Allí sí que estaban hermosas! Entre el follaje obscuro, lustrado, barnizado, las frutas tenían el brillo de vasos de color, y doraban el aire circundante con esa aureola de esplendor que rodea a las flores de tonos vivos. Claros acá y allá, permitían ver a través de las ramas las murallas de la pequeña ciudad, el minarete, de una mezquita, la cúpula de un marabut, y por encima la enorme masa del Atlas, verde en su base, coronada de nieve, como cubierta de blancas pieles, con cabrilleos, con la blandura de copos caídos.

Una noche, mientras estaba yo allí, por no sé qué fenómeno ignorado desde treinta años atrás, aquella zona de escarchas invernales sacudióse encima de la ciudad dormida, y Blidah se despertó transformada, empolvada de blanco. En aquel aire argelino, tan ligero y tan puro, la nieve parecía polvo de nácar, con reflejos de plumas de pavo real blanco. Lo más hermoso era el bosque de naranjos. Las firmes hojas conservaban la nieve intacta y derecha como sorbetes encima de platillos de laca, y todos los frutos espolvoreados de escarcha tenían una entonación suave y espléndida, una irradiación discreta, como el oro velado por claras telas blancas.

Aquello producía vagamente la impresión de una fiesta de iglesia, de sotanas rojas bajo albas de encajes, de dorados de altares envueltos entre randas de hilo...

Pero mis mejores recuerdos en materia de naranjas proceden de Barbicaglia, un gran jardín próximo a Ajaccio, donde iba yo a pasar la siesta durante las horas de calor. Los naranjos, más altos y espaciados allí que en Blidah, bajaban hasta el camino, del cual sólo estaba separado el huerto por un seto vivo y una zanja. Inmediatamente, después estaba el mar, el inmenso mar azul... ¡Qué buenas lloras he pasado en ese jardín! Encima de mi cabeza, los naranjos en flor y con fruto quemaban los aromas de sus esencias. De vez en cuando, desprendíase de pronto una naranja madura y caía cerca de mí, como aletargada por el calor, con un ruido mate y sin eco en la tierra, apelmazada. No tenía más que alargar la mano. Eran soberbias frutas, de un rojo purpúreo en su interior. Parecíanme exquisitas, y luego, ¡era tan hermoso el horizonte! Entre las hojas aparecía el mar, en espacios azules deslumbradores como trozos de vidrio roto que espejearan entre las brumas del aire. Juntamente con eso, el movimiento del oleaje conmoviendo la atmósfera a grandes distancias, ese murmullo cadencioso que os mece como en una barca invisible, el calor, el olor de las naranjas... ¡Ah, qué bien se estaba para dormir en el huerto de Barbicaglia! Sin embargo, a veces, en el mejor momento de la siesta, despertábanme sobresaltado redobles de tambor. Eran infelices músicos militares que venían a ensayarse allá abajo, en el camino. A través de los claros del seto veía yo el cobre de los tambores y los grandes mandiles blancos encima del pantalón encarnado. Para resguardarse un poco de la cegadora luz que el polvo del camino les enviaba de reflejo sin piedad, los pobres diablos acudían a situarse al pie del jardín, en la breve sombra del seto. ¡Y vaya un barullo que armaban, y un calor que sufrían! Entonces, saliendo por fuerza de mi hipnotismo, divertíame en arrojarles algunos de ésos hermosos frutos de oro rojo que colgaban al alcance de mi mano. El tambor a quien apuntaba, se detenía. Un minuto de vacilación, una mirada en redondo para ver de dónde vendría la soberbia naranja que iba rodando hasta él por la zanja; luego, la recogía con presteza, y mordía a boca llena, sin quitarle siquiera la cáscara.

También recuerdo que junto á Barbicaglia, y separados nada más que por una tapia baja, había un jardinillo bastante extraño, al que dominaba yo desde la altura en que me veía. Era un rincón de tierra, de vulgar diseño. Sus calles, de rubia arena, encintadas de verdísimo boj, los dos cipreses de su puerta de entrada, le daban el aspecto de una casa de campo marsellesa. Ni una línea de sombra. En el fondo, un edificio de piedra blanca, con ventanas de sótano al nivel del suelo. Al pronto creí que era una quinta; pero, mirando mejor, la cruz que la remataba y una inscripción que vela de lejos grabada en la piedra, sin distinguir el texto, me hicieron reconocer una tumba de familia corsa. En los alrededores de Ajaccio hay muchas de esas, capillitas mortuorias, alzándose solitarias en medio de jardines. La familia acude allí los domingos a visitar a sus muertos.

Comprendida de ese modo la muerte, es menos lúgubre que entre la confusión de los cementerios.

Sólo perturban el silencio pasos amigos.

Desde mi sitio veía yo a un buen viejo ir y venir tranquilo por las alamedas. Todo el día estaba podando, los árboles, cavando, regando, desprendiendo las flores marchitas con minucioso esmero. Después, a la puesta del sol, entraba en la capillita donde dormían los difuntos de su familia, guardaba los azadones, los rastrillos, las grandes regaderas, todo esto con la tranquilidad, con la serenidad de un jardinero de campo santo. Sin embargo, sin darse cuenta de ello, ese buen hombre trabajaba con cierto recogimiento, apagando los ruidos y con la puerta de la bóveda cerrada, siempre discretamente cual si temiera despertar a alguien. Entre el gran silencio radiante, el arreglo de ese jardinillo no turbaba ni a un ave, y su vecindad nada tenía de

entristecedora. Solamente que el mar parecía así más inmenso, el cielo más alto, y en aquella siesta sin término trascendía en torno de ella el sentimiento del eterno descanso, entre la naturaleza embriagadora, abrumadora a fuerza de vida...

En Milianah

A Milianah – Notes de Voyage

Notas de Viaje

Ahora os llevo a pasar el día a una linda y pequeña ciudad de Argelia, a dos o trescientas leguas del molino... Esto nos hará cambiar un poco de tantos tamboriles y cigarras...

... Va a llover; el cielo está gris, las crestas del monte Zaccar se envuelven en bruma. Domingo triste... En mi cuartito de fonda, cuya ventana da a las murallas árabes, trato de distraerme encendiendo cigarrillos... Han puesto a mi disposición toda la biblioteca de la hospedería, entre una historia muy detallada del censo de la población y algunas novelas de Paul de Kock, descubro un tomo descabalado de Montaigne... Abro el libro por donde salga, y vuelvo a leer la admirable carta acerca de la muerte de La Boétie... Heme aquí más meditabundo y sombrío que nunca... Caen algunas gotas de lluvia. Cada gota, al caer sobre el reborde de la ventana, produce una ancha estrella en el polvo amontonado allí desde las lluvias del año anterior. El libro se me cae de las manos y paso largo rato mirando aquella estrella melancólica...

Dan las dos en el reloj de la ciudad, un antiguo marabut del cual veo desde aquí las débiles paredes blancas... ¡Pobre diablo de marabut! ¿Quién le hubiera dicho hace treinta años que un día había de sostener en medio del pecho una gran esfera municipal, y que todos los domingos en punto de las dos daría la señal a todas las iglesias de Milianah para tocar a vísperas?... ¡Tilín, talán! Ya van a vuelo las campanas... Para rato tenemos... Decididamente, esta habitación es triste. Las grandes arañas de la mañana, que llaman pensamientos filosóficos, han tejido sus telas en todos los rincones... Salgamos.

Llego a la plaza mayor. La música del tercero de línea, que no se asusta por un poco de lluvia, va a colocarse en torno de su director. En una de las ventanas de la comandancia aparece el general, rodeado de sus hijas; en la plaza, el subprefecto se pasea de arriba abajo, de ganchete con el juez de paz.

Medía docena de chiquillos árabes medio desnudos juegan a las bochas en un rincón, dando gritos feroces. Allá abajo, un harapiento judío viejo acude a tomar un rayo de sol que ayer había dejado en aquel sitio, y le extraña no encontrarlo ya... «Uno, dos, tres: empiecen» La música entona una antigua mazurka de Talexy, que los organillos ejecutaban el invierno último debajo de mis ventanas. En otro tiempo me aburría aquella mazurka; hoy me conmueve hasta hacerme saltar las lágrimas.

—¡Oh, qué felices son los músicos del tercero! Fijos los ojos en las semicorcheas, ebrios de ritmo y de ruido, no piensan en nada sino en contar sus compases. Su alma, toda su alma cabe en esa cuartilla de papel como la palma de la mano, que tiembla en la punta del instrumento entre dos dientes de cobre. « Uno, dos, tres: empiecen» Todo está allí para esas gentes sencillas; los aires nacionales que tocan, nunca les han producido nostalgia... ¡Ay! A mí, que no soy de la charanga, aquella música me da pena y me alejo...

¿Dónde podría yo pasar bien esta gris tarde dominguera? ¡Bueno! La tienda de Sid'Omar está abierta... Entremos en casa de Sid'Omar.

Aunque tiene tienda, Sid'Omar no es un tendero. Es un príncipe de la sangre, hijo de un antiguo rey de Argel que murió estrangulado por los genizaros... A la muerte de su padre, Sid'Omar se refugió en Milianah con su madre, a quien adoraba, y allí vivió algunos años como un gran señor filósofo, entre sus lebreles, sus halcones, sus caballos y sus mujeres, en lindos palacios muy frescos, llenos de naranjos y de fuentes. Vinieron los franceses.

Sid'Omar, al principio enemigo nuestro y aliado de Abd-el-Kader, acabó por indisponerse con el emir y se sometió. El emir, para vengarse, entró en Milianah en ausencia de Sid'Omar, saqueó sus palacios, taló sus naranjales, se llevó los caballos y las mujeres é hizo aplastar la garganta de su madre con la tapa de un arcón... La cólera de Sid'Omar fue terrible; en el mismo instante se puso al servicio de Francia, y mientras duró nuestra guerra contra el emir no tuvimos Un soldado mejor ni más feroz que él. Concluida la guerra, Sid'Omar volvió a Milianah; pero, aun hoy, cuando se habla de Abd-el-Kader delante de él, se pone pálido y le relumbran los ojos.

Sid'Omar tiene sesenta años. A despecho de la edad y de la viruela, conserva la hermosura del rostro: grandes pestañas, mirada de mujer, una sonrisa encantadora, modales de príncipe. Arruinado por la guerra, ya no le queda de su opulencia antigua más que una granja en la llanura de Chélif y una casa en Milianah, donde vive a lo plebeyo con sus tres hijos educados a su vista. Los jefes indígenas le profesan gran veneración. Cuando hay discusiones, le toman con gusto por árbitro, y su juicio hace ley casi siempre. Sale poco; todas las tardes se lo encuentra en una tienda adjunta a su casa y que da a la calle. El mobiliario de esa estancia no es rico; paredes blancas enjalbegadas con cal, un banco circular de madera, cojines, largas pipas, dos braseros... Ahí es donde Sid'Omar da audiencia y hace justicia. Un Salomón de tienda.

Hoy domingo es numerosa la concurrencia. Alrededor de la sala están en cuclillas una docena de jefes, envueltos en sus albornoces. Cada uno de ellos tiene junto a sí una gran pipa y una tacita de café en una fina huevera de filigrana. Entro; nadie se mueve... Desde su sitio, Sid'Omar envía a mi encuentro su más encantadora sonrisa, y me invita con la mano a sentarme cerca de él, en un gran almohadón de seda amarilla; después, con un dedo en los labios, me hace señas de que escuche.

He aquí el caso. El caid de los Beni-Zugzugs tuvo algunas cuestiones con un judío de Milianah con motivo de un lote de terreno; las dos partes convinieron en llevar el litigio ante Sid'Omar y remitirse a su fallo. Citáronse para el mismo día, así como a los testigos; de pronto, el judío cambia de parecer y viene solo, sin testigos, a declarar que prefiere someterse al fallo del juez de paz de los franceses que al de Sid'Omar... En esto estaba el asunto a mi llegada.

El judío, un viejo de barba terrosa, túnica de color castaño y gorro de terciopelo, levanta al cielo la cara, pone ojos suplicantes, besa las babuchas de Sid'Omar, inclina la cabeza, se arrodilla, junta las manos... No comprendo el árabe; pero por la pantomima del judío, por sus palabras juez de paz, juez de paz, que repite a cada instante, adivino este discurso:

—No dudamos de Sid'Omar, Sid'Omar es prudente, Sid'Omar es justo... Sin embargo, el juez de paz resolverá mucho mejor nuestro asunto.

El indignado auditorio permanece impasible, como árabe que es... Sid'Omar, dios de la ironía, sonriese al escuchar, reclinado en su almohadón, con la mirada abstraída y la boquilla de ámbar entre sus labios. De repente, en lo mejor de su perorata, el judío se ve cortado por un enérgico ¡caramba! que lo deja mudo; al mismo tiempo, un colono español, que está presente como testigo del caid, abandona su puesto, y acercándose al Iscariote le suelta una rociada de insultos en todos los idiomas y de todos colores, entre otros, cierto vocablo francés demasiado gordo para repetirlo aquí... El hijo de Sid'Omar,

que comprende el francés, se ruboriza al oír semejante palabra en presencia de su padre, y se marcha de la sala. Fijémonos en este rasgo de la educación árabe. El auditorio continúa impasible y Sid'Omar siempre risueño. El judío se levanta y se va a la puerta a reculones, temblando de miedo, pero sin dejar de decir a lilas y mejor su eterno juez de paz, juez de paz... Sale. El español precipítase furioso tras él, lo alcanza en la calle, y ¡pim, pam! por dos veces lo abofetea en los carrillos... El Iscariote cae de rodillas, con los brazos en cruz... El español, un poco avergonzado, vuélvese a meter en la tienda...

En cuanto entra, se levanta el judío y pasea una mirada socarrona por la abigarrada multitud que lo rodea. Hay allí gentes de todas razas; malteses, mahoneses, negros, árabes, todos unidos por el odio a los judíos y contentos al ver maltratar a uno.... El Iscariote vacila un instante; después, cogiendo a un árabe por la tela del albornoz, exclama:

–Tú lo has visto, Achmed, tú lo has visto... Tú estabas ahí... El cristiano me ha maltratado... Serás testigo... bien... bien... Serás testigo.

El árabe le hace soltar el albornoz y rechaza al judío... No sabe nada, no ha visto nada: precisamente en aquel momento tenía vuelta la cabeza a otra parte.

–Pero tú, Kaddur, tú lo has visto... has visto al cristiano pegarme –grita el infeliz Iscariote a un negrazo que está pelando un higo chumbo.

El negro escupe en señal de desprecio y se aleja; no ha visto nada... Tampoco ha visto nada ese muchacho maltés, cuyos ojos de carbón relucen maliciosamente bajo su birreta. Tampoco ha visto nada aquella mahonesa de tez de ladrillo que se marcha riéndose con la cesta de granadas encima de la cabeza...

Por más que el judío grita, ruega y brujulea, ¡ni un testigo!... Nadie ha visto nada... Por fortuna, dos de sus correligionarios pasan por la calle en aquel momento, con las orejas gachas, arrimados a las paredes. El judío los avista.

–¡Pronto, pronto, hermanos! ¡A escape, al agente de negocios! ¡A escape, al juez de paz!... Vosotros lo habéis visto, vosotros... ¡Habéis visto que han pegado al viejo! ¿Que si lo han visto?... ¡Ya lo creo! ...Mucho movimiento en la tienda de Sid'Omar...

El cafetero llena las tazas, enciende otra vez las pipas. Charlan, se ríen a más no poder. ¡Es tan chistoso ver zurrarle la badana a un judío!... En medio de la zambra y del humo, me aproximo despacio a la puerta; tengo ganas de ir a rondar un poco por la judería, para saber cómo han tomado los correligionarios del Iscariote la afrenta hecha a su hermano...

–Vente á comer esta tarde, musiu –me grita el bueno de Sid'Omar.

Acepto, doy las gracias y me voy.

Todo el mundo está de pie en el barrio judío. El asunto ha hecho ya mucho ruido. Nadie en los tenduchos. Bordadores, sastres, guarnicioneros, todo Israel está en la calle... Los hombres, con gorro de terciopelo y medias de lana azul, gesticulando en grupos, con mucha algazara... Las mujeres, pálidas, abotagadas, tiasas como ídolos de madera, con sus faldas escurridas, con peto de oro y el rostro rodeado por cintas negras, van de uno en otro grupo chillando como gatas... En el momento de llegar yo, prodúcese un remolino entre la muchedumbre...

Apoyado en sus testigos, el judío héroe de la aventura pasa por entre dos setos de gorros, bajo una lluvia de exhortaciones.

–Véngate, hermano; vénganos, venga al pueblo judío. Nada temas; la ley está de tu parte.

Un horrible enano, apestando a pez y a suela vieja, se acerca a mí con aire gemebundo, y exhalando grandes suspiros:

–¡Ya lo ves! –me dice –¡Cómo nos tratan a los pobres judíos! ¡Es un viejo! Mira. Por poco lo matan.

Lo cierto es que el pobre Iscariote parece más muerto que vivo. Pasa por delante de mí, con la vista apagada y el rostro descompuesto; no andando, sino arrastrándose... Sólo una fuerte indemnización es capaz de curarlo; así es que no lo llevan a casa del médico, sino a la del agente de negocios.

Hay muchos agentes de negocios en Argelia, casi tantos como langosta. Parece ser que es bueno el oficio. En todo caso, tiene la ventaja de que en él se puede entrar a la pata la llana, sin exámenes, ni fianza, ni avecindamiento. Como en París nos hacemos literatos, en Argelia se hacen agentes de negocios.

Para eso basta saber un poco de francés, español y árabe, tener siempre un código en el bolsillo, y por encima de todo, el temperamento del oficio.

Las funciones del agente son variadísimas: sucesivamente abogado, procurador, corredor, perito, intérprete, tenedor de libros, comisionista, escribiente de portal, es el maestro Yago de la colonia.

Sólo que Harpagon no tenía más que uno, y la colonia tiene muchos más de los que necesita. Nada más que en Milianah se cuentan por docenas. En general, para evitar los gastos de oficina, esos señores reciben a sus clientes en el café de la plaza mayor, y dan sus consultas ¿las dan? entre el ajeno y otra bebida.

El digno Iscariote, entre sus dos testigos, encamínase al café de la plaza mayor. No los sigamos.

Al salir del barrio judío, paso por delante de, la oficina árabe. Desde fuera, con su tejado de pizarra y el pabellón francés ondeando encima, se le tomaría por una alcaldía de pueblo. Conozco al intérprete; entremos a fumar con él un cigarrillo. ¡De pitillo en pitillo acabaré por matar este domingo sin sol! El patio que precede a la oficina está atestado de árabes andrajosos. Hay allí, haciendo antecámara, una cincuentena, agachados a lo largo de las paredes, envueltos en sus albornoces. Aquella antecámara beduina, aunque está al aire libre, exhala fuerte olor a piel humana. Pasemos pronto de largo... Encuentro en la oficina al intérprete enfrascado con dos grandes vocingleros enteramente desnudos bajo largas mantas mugrientas, y narrando con furibunda mímica no sé qué historia de un rosario robado.

Me siento en un rincón, sobre una estera, y miro... Bonito traje el de intérprete. ¡Y qué bien lo lleva el intérprete de Milianah! Parecen pintiparados el uno para el otro. La vestimenta es azul celeste con alamares negros y relucientes botones de oro. El intérprete es rubio, de color de rosa, pelo rizado; un lindo húsar azul, lleno de buen humor y de ingenio un poco parlanchín, ¡habla tantas lenguas! un poco escéptico, ¡ha conocido a Renan en la escuela orientalista! gran aficionado al sport, tan a gusto en el vivac árabe como en las veladas de la subprefectura, mazurkador como nadie y que hace el cuscús como cualquiera. Parisiense en una palabra; he ahí mi hombre, y no os asombrará que las mujeres se pirren por él. En cuanto a dandysmo, sólo tiene un rival: el sargento de la oficina árabe. Éste, con su levita de paño fino y sus polainas con botones de nácar, es la desesperación y la envidia de la guarnición entera.

Destacado en la oficina árabe, está rebajado del servicio cuartelero, y siempre se le ve en la calle, de guante blanco, recién rizado, con grandes cartapacios bajo el brazo. Se le admira y se le teme. Es una autoridad.

Decididamente, aquella historia del rosario robado amenaza ser muy larga. ¡Buenas tardes! No espero al final.

Cuando me marchó, encuentro en efervescencia la antecámara. La muchedumbre se agolpa alrededor de un individuo de elevada estatura, pálido, altivo, envuelto en un albornoz negro.

Ese hombre se batió hace ocho días con una pantera en el Zaccar. La pantera fue muerta, pero el hombre sacó medio brazo devorado. Mañana y tarde acude a la oficina

árabe para hacer que lo curen, y siempre lo detienen en el patio para oírle contar su historia. Habla con lentitud y con una hermosa voz gutural. De vez en cuando entreabre el albornoz y enseña, pegado al pecho, el brazo izquierdo envuelto en trapos ensangrentados.

Apenas me veo en la calle, estalla una violenta tempestad. Lluvia, truenos, relámpagos, viento siroco... Pronto, a guarecernos. Me meto por una puerta, al acaso, y caigo en medio de una camada de bohemios, amontonados bajo los arcos de un patio morisco. Ese patio forma una dependencia de la mezquita de Milianah; es el refugio habitual de la piojosería musulmana, y se llama el patio de los pobres.

Grandes y escuálidos lebreles, llenos de miseria, se aproximan dando vueltas en torno mío con aire amenazador. Pegado a uno de los pilares de la galería, trato de conservar buen continente, y sin hablar con nadie, miro la lluvia que rebota en las losas de colores del patio. Los bohemios están en el suelo, tumbados en grupos. Cerca de mí, una mujer joven y casi guapa, con la garganta y las piernas descubiertas, con grandes brazaletes de hierro en las muñecas y en los tobillos, canta un aire extraño, de tres notas melancólicas y nasales. Al cantar da el pecho a un niño pequeño enteramente desnudo, de color bronceado rojo, y con el brazo que le queda libre, machaca cebada en un mortero de piedra. La lluvia, impelida por un viento cruel, inunda a veces las piernas de la madre y el cuerpo de su mamoncillo.

La bohemia no para mientes en ello y continúa cantando con las rachas, a la vez que muele cebada y da el pecho.

Escampa la tempestad... Aprovechándome de un claro, me apresuro a abandonar aquella corte de los milagros y me dirijo al banquete de Sid'Omar; ya es tiempo... Al atravesar la plaza mayor, he vuelto a encontrarme con el viejo judío de antes. Se apoya en su agente de negocios; los testigos marchan alegres detrás de él una banda de asquerosos chicuelos judíos va saltando alrededor. El agente se encarga del negocio. Pedirá ante el tribunal dos mil francos de indemnización.

Suntuosa comida en casa de Sid'Omar. El comedor da a un elegante patio morisco, donde murmuran dos o tres fuentes... Magnífica comida a la tarea, que recomiendo al barón Brisse. Entre otros platos, señalaré un pollo con almendras, un alcuzcuz con vainilla, una tortuga con jugo de carne, un poco pesado, pero de gusto exquisito, y bizcochos con miel, que llaman bocadillos del Kadí... Como vinos, nada más que champaña. A pesar de la ley musulmana, Sid'Omar bebe un poco de él, cuando los criados vuelven la espalda... Luego de comer, pasamos a la habitación de nuestro huésped, donde nos presentan dulces, pipas y café... El mueblaje de este dormitorio es de lo más sencillo: un diván, algunas esteras; al fondo, un gran lecho altísimo sobre el cual hay almohaditas rojas bordadas de oro... Cuelga de la pared una antigua pintura turca representando las proezas de cierto almirante Hamadí. Parece ser que en Turquía los pintores no emplean más que un color en cada cuadro; este cuadro está dedicado al verde. El mar, el cielo, los navíos, el mismo almirante Hamadí, todo es verde, ¡y qué verde!...

La usanza árabe exige retirarse temprano. Después de tomar el café y de fumadas las pipas, doy las buenas noches a mi anfitrión y lo dejo con sus mujeres.

¿Dónde acabaré la velada? Es demasiado temprano para acostarme, los clarines de los spahis no han tocado aún retreta. Por otra parte, los cojines de oro de Sid'Omar bailan en torno mío fantásticas farándulas que me impedirían dormir... Estoy delante del teatro; entremos un momento.

El teatro de Milianah es un antiguo almacén de forrajes, disfrazado bien o mal de sala de espectáculos. Grandes quinqués que se llenan de aceite durante los entreactos,

hacen oficio de arañas. La cazuela está de pie, la orquesta en bancos. Las galerías están muy ufanas porque tienen sillas de paja...

Todo alrededor de la sala, un largo pasillo, oscuro, sin entarimar. Parece que se está en la calle, nada falta para ello... Al llegar yo, la función ha principiado ya. Con gran sorpresa mía, los actores no son malos, me refiero a los hombres, tienen arranque, vida... Son aficionados casi todos ellos, soldados del 3º, el regimiento está orgulloso con esto y acude todas las noches a aplaudirlos.

En cuanto a las mujeres, ¡ay!... son ahora y siempre ese eterno femenino de los teatros de provincias, presuntuoso, amanerado y falso... Sin embargo, entre estas damas hay dos que me interesan; dos judías de Milianah, jovencitas que se lanzan por primera vez al teatro... Los padres están en la sala y parecen encantados. Tienen el convencimiento de que sus hijas van a ganar miles de duros en ese comercio. La leyenda de la Raquel, israelita, millonaria y cómica, está muy difundida ya entre los judíos del Oriente.

Nada tan cómico y enternecedor como esas dos jóvenes judías en las tablas. Están tímidamente en un rincón del escenario, empolvadas, pintadas, despechugadas y tiesas. Tienen frío, les da vergüenza.

De vez en cuando enjaretan una frase sin comprenderla, y mientras hablan sus ojazos hebreos miran con estupor a los morenos.

Salgo del teatro... En medio de las tinieblas que me rodean, oigo gritos en un rincón de la plaza...

Sin duda algunos malteses en vías de explicarse a navajazos.

Regreso con lentitud a la fonda, a lo largo de las murallas. De la llanura suben adorables aromas de naranjos y de tuyas. El aire es tibio, el cielo casi puro... Allá abajo, al extremo del camino, yérguese un viejo fantasma de paredón, resto de algún templo antiguo. Ese muro es sagrado; todos los días acuden a él mujeres árabes a colgarle ex votos, fragmentos de jaiques y de otras prendas, largas trenzas de cabellos rubios atados con hilillo de plata, trozos de albornoz... Todo eso se ve ondular bajo un tenue rayo de la luna, al tibio soplo de la noche.

La langosta

Les Sauterelles

Otro recuerdo de Argelia, y enseguida nos volvemos al molino...

La noche de mi llegada a aquella granja del Sahel, no me podía dormir. Lo nuevo del país, la agitación del viaje, el aullar de los chacales y, además, un calor enervante, abrumador, una completa sofocación, como si las mallas de la mosquitera no dejaran pasar un soplo de aire...

Cuando abrí la ventana, al amanecer, una bruma de estío, densa y moviéndose con lentitud, ribeteada de negro y rosa en los bordes, flotaba en los aires cual una nube de humo de pólvora sobre un campo de batalla. Ni una hoja se meneaba, y en esos hermosos jardines que tenía ante mis ojos, las viñas espaciadas sobre las laderas al espléndido sol que forma los vinos azucarados, los pequeños naranjos, los mandarineros en largas filas microscópicas, todo conservaba el mismo aspecto mohino, aquella inmovilidad de hojas en espera de la tempestad. Los mismos bananeros, esos grandes cañaverales de un color verde claro, siempre agitados por alguna brisa que enmaraña su fina cabellera tan leve, erguíanse silenciosos y derechos, como penachos bien puestos en su sitio.

Me quedé un momento mirando aquella maravillosa vegetación, donde se hallaban reunidos todos los árboles del inundo, dando' cada cual en su estación respectiva, flores y frutos exóticos. Entre los campos de trigo y los macizos de alcornoques, relucía una corriente de agua fresca, que daba gusto ver en esa asfixiante madrugada, y admirando al par el lujo y el orden de esas cosas, aquella hermosa quinta con sus arcos moriscos, sus terrazas enteramente blancas, de flor de espino, las cuadras y los cobertizos agrupados en torno, pensaba yo que veinte arios ha cuando aquellas intrépidas gentes habían ido a instalarse en ese valle del Sahel, no habían encontrado más que una mala casilla de peón caminero y un terreno inculto, erizado de palmeras enanas y lentiscos. Todo hubo que crearlo y que construirlo. A cada instante, levantamiento de árabes. Era preciso dejar el arado para hacer disparos.

Después, las enfermedades, oftalmías, fiebres, la falta de cosechas, los tanteos de la inexperiencia, la lucha con una administración ciega y siempre flotante.

¡Qué esfuerzos! ¡Qué de fatigas! ¡Qué incesante vigilancia! Aun ahora, a pesar de haberse concluido los malos tiempos y de la fortuna tan caramente adquirida, ambos, el hombre y la mujer, eran quienes primero se levantaban en la granja. A aquella hora matutina, oíales yo ir y venir por las grandes cocinas de la planta baja, vigilando el café de los trabajadores. Bien pronto sonó una campana, y al cabo de un instante los obreros desfilaron por el camino. Viñadores de Borgoña; labrado kabilas con fez rojo; peones mahoneses, con las piernas desnudas; malteses y luqueses; todo un pueblo heterogéneo, difícil de guiar. El hacendado, delante de la puerta, distribuía a cada uno de ellos su tarea de la jornada, con voz breve y un poco dura. Cuando hubo concluido el buen hombre, levantó la cabeza y escudriñó el cielo con aspecto intranquilo; luego, al verme en la ventana, me dijo: –Mal tiempo para el cultivo... va a haber siroco.

En efecto, a medida que se alzaba el sol, llegaban hasta nosotros del sur bocanadas de aire cálido y sofocante, como si viniesen de la puerta de un horno abierta y vuelta a cerrar. No se sabía dónde guarecerse, ni qué hacer. Así transcurrió toda la mañana.

Tomamos el café encima de las esteras de la galería, sin tener ánimo para hablar ni movernos.

Los perros, estirándose y buscando la frescura de las losas, se tumbaban en posturas de fatiga. El almuerzo nos reanimó un poco, un almuerzo abundante y extraño, en que había carpas, truchas, jabalí, erizo, manteca Stanelí, vinos de Crescia, guayabas, bananas, todo un exotismo de manjares, muy semejante a la naturaleza tan compleja que nos rodeaba...

Ibamos a levantarnos de la mesa.

De pronto, por la puertaventana, cerrada para resguardarnos del calor del jardín hecho un hornillo, resonaron grandes gritos: —¡ La langosta! ¡La langosta! Mi anfitrión se puso pálido como un hombre a quien anuncian un desastre, y salimos precipitadamente. Por espacio de diez minutos hubo en aquella casa, tan tranquila poco antes, un ruido de pasos redoblados y voces confusas, que se perdían como en la agitación de un despertar. Desde la sombra de los vestíbulos, donde se habían dormido, lanzáronse fuera los criados haciendo resonar con palos, horcas y biellos todos los utensilios de metal que encontraban a mano, calderos de cobre, palanganas, cacerolas. Los pastores tocaban el cuerno pastoril.

Otros llevaban caracolas marinas, trompas de caza.

Aquello era un estrépito espantoso, discordante, que dominaban con sobre agudas notas los «¡yu, yu, yu!» de las mujeres árabes que acudieron a escape de un aduar vecino. Parece ser que a menudo basta un gran ruido, un estremecimiento sonoro del aire, para alejar la langosta é impedirle que descienda.

Pero, ¿dónde estaban esos terribles bichos? En el cielo, vibrante de calor, no veía nada más que una nube aparecer por el horizonte, cobriza, compacta, como una nube de granizo, con el ruido de un huracán entre las mil y mil ramas de un bosque. Era la langosta. Sostenidos unos en otros estos insectos por sus alas secas extendidas, volaban en masa, y a pesar de nuestros gritos y de nuestros esfuerzos, la nube avanzaba de continuo, proyectando en la llanura una sombra inmensa. Bien pronto llegó encima de nuestras cabezas; en los bordes vióse durante un segundo un desgarrón, una rotura. Lo mismo que los primeros granizos de un turbión de pedrisco, desprendiéronse algunos, perceptibles, rojizos; enseguida estalló la nube entera, y cayó vertical y ruidosa aquella granizada de insectos. Hasta la más remota lontananza quedaron los campos cubiertos de saltamontes enormes, gordos como el dedo.

Entonces empezó la matanza. Horrendo murmullo de aplastamiento de paja molida. Con gradas, azadones y arados removíase aquel suelo movedizo, y cuantos más mataban más había. Se rebullían por capas, con sus altas patas enredadas unas en otras; los de encima daban ágiles saltos por salvarse, lanzándose a los belfos de los caballos enganchados para esa extraña labor. Los perros de la granja y los del aduar, azuzados a campo atravesado, precipitábanse sobre ellos y los trituraban con furor. En ese momento llegaron dos compañías de turcos, con la banda de cornetas al frente, en ayuda de los infelices colonos, y la matanza cambió de aspecto.

En vez de aplastar a los insectos, los soldados los quemaban esparciendo largos regueros de pólvora.

Rendido de matar, con el estómago revuelto por el hediondo olor, me metí en casa. En el interior de la quinta, había casi tantos insectos como fuera. Habían entrado por las aberturas de las puertas y ventanas, por los cañones de las chimeneas. Al borde de los tableros y en los cortinajes, carcomidos ya, se arrastraban, caían, volaban, trepaban por las blancas paredes, con una sombra gigantesca que duplicaba su fealdad. Y siempre aquel olor pestífero. En la comida tuvimos que pasarnos sin agua. Las cisternas, las fuentes, los pozos, los víveres de pesca, todo estaba inficionado.

Por la noche, en mi alcoba, donde, sin embargo, se habían matado grandes cantidades, oí aún rebullicio debajo de los muebles, y ese crujir de élitros parecido al peterreo de los dientes de ajo que estallan con los calores fuertes.

Aquella noche tampoco pude dormir.

Por otra parte, todos estaban despiertos alrededor de la granja.

A flor de tierra serpeaban llamaradas, de un extremo a otro de la llanura.

Los turcos continuaban matando.

Al día siguiente, cuando abrí la ventana como la, víspera, la langosta había partido. Pero, ¡que ruina dejaron tras de sí! Ni una flor, ni una brizna de hierba; todo estaba negro, corroído, calcinado. Los bananos, los albaricoqueros, los abridores, los naranjos mandarines sólo se distinguían por el aspecto de sus desnudas ramas, sin el encanto y la ondulación de hojas que constituye la vida de los árboles.

Emprendíase la limpieza de los cauces de agua, de los aljibes. Por todas partes había peones cavando la tierra para destruir los huevos puestos por los insectos. Cada terrón era destripado, rompiéndolo con esmero. Y el corazón se oprimía al ver las mi, raíces blancas, llenas de savia, que, aparecían en esos destrozos de tierra fértil...

En Camargue

En Camargue

I La Partida

Le Départ

Gran rumor en el castillo. El mensajero acaba de traer un recado del guarda, medio en francés medio en provenzal, anunciando que han pasado ya dos o tres buenas bandadas de galejones, de carlotinas, y que tampoco faltaban otras aves de primera.

«Es usted de los nuestros», me han escrito mis amables vecinos. Y esta mañana a las cinco ha venido a buscarme al pie de la cuesta su gran break, cargado de escopetas, perros y víveres, Henos aquí rodando por la carretera de Arlés, un poco seca y árida en aquesta madrugada de Diciembre, en que apenas es visible el pálido verdor de los olivos y el verde intenso de las encinas, demasiado de invernadero y como ficticio. Hay madrugones que iluminan las vidrieras de las granjas, y en las cresterías de piedra de la abadía de Montmajour, los quebranta huesos aun aletargados por el sueño baten las alas entre las ruinas. Sin embargo, nos cruzamos ya a lo largo de las zanjas con campesinas viejas que van al mercado, al trote de sus borriquillos. Vienen de la Ville –des –Baux. ¡Seis leguas largas para sentarse tina llora en las gradas de San Trofino y vender paquetitos de hierbas medicinales cogidas en la montaña!...

Ahora llegamos a la vista de las murallas de Arlés; murallas bajas y almenadas, como se ven en las estampas antiguas, donde aparecen guerreros armados de lanzas en lo alto de terraplenes menores que ellos. Atravesamos a galope esta maravillosa ciudad pequeña, una de las más pintorescas de Francia, con sus balcones esculpidos y panzudos avanzando hasta el centro de las calles estrechas, con sus vetustas casas renegridas, de puertas pequeñas, moriscas, ojivales y bajas, que nos llevan a los tiempos de Guillermo Court–Nez y de los sarracenos. A aquellas horas no había aún nadie afuera. Sólo está animado el muelle del Ródano. El barco de vapor que hace la travesía de Camargue calienta las calderas al pie de los escalones, dispuesto a partir. Caseros con blusa roja, muchachas de La Roquette que van a buscar jornal en los trabajos agrícolas, suben a cubierta con nosotros, charlando y riéndose. Bajo las largas mantillas oscuras, levantadas a causa del fuerte viento de la mañana, la alta cofia arlesiana da elegancia y pequeñez a la cabeza, con una migajita de lindo descaro, algo así como deseos de erguirse para que la risa o la frase picaresca vaya más lejos...

Suena la campana; partimos. Con la triple velocidad del Ródano, de la hélice y del viento mistral, despliéganse las dos orillas. De un lado está la Crau, una llanura árida y pedregosa. Del otro, la Camargue, más verde, que prolonga hasta el mar su hierba corta y sus marismas llenas de cañaverales.

De vez en cuando el vapor se detiene junto a un pontón, a la izquierda o a la derecha (al imperio o al reino, como se decía en la Edad Media, en tiempos del reino de Arlés, y como aun dicen hoy los marineros viejos del Ródano). En cada pontón, una quinta blanca y un ramillete de árboles. Los trabajadores desembarcan cargados de herramientas, y las mujeres con la cesta al brazo, derechas sobre las posaderas. Hacia el

imperio o hacia el reino, poco a poco se vacía el vapor, y al llegar nosotros al puente del Mas-de-Giraud, donde descendemos, casi no queda nadie a bordo.

El Mas-de-Giraud es una antigua granja de los señores de Barbentane, en la cual entramos para esperar al guarda que ha de venir a buscarnos. En la cocina alta están a la mesa todos los hombres de la hacienda, labradores, viñadores, pastores, zagales, graves, silenciosos, comiendo despacio, y servidos por las mujeres, quienes comerán después. Bien pronto aparece el guarda con la carretilla. Verdadero tipo a lo Fenimore, trampero por tierra y por agua, guardapesca y guardacaza, las gentes del país le llaman lou Roudeiron (el rondador), porque, entre las brumas del alba o del anochecer, se le ve siempre oculto a la espera entre los cañaverales, o bien inmóvil en su barquichuelo, ocupado en vigilar sus atolladeros en los clairs (estanques) y en los roubines (acequias). Ese oficio de perpetuo espía, es quizá lo que le hace tal callado y taciturno. Sin embargo, mientras el carretón cargado de escopetas y de cestas va delante de nosotros, nos da noticias acerca de la caza, el número de bandadas de paso, los cuarteles en que han tomado tierra las aves emigrantes.

Mientras hablarnos nos internamos en la comarca.

Pasados los terrenos de cultivo, estamos ya en plena Camargue montaraz. Lagunas y acequias relucen hasta perderse de vista entre los pastos y las saliclaras. Bosquecillos de tamariscos y de cañas ondulan como un mar tranquilo. Ningún árbol elevado turba el aspecto liso, inmenso, de la llanura.

De tarde en tarde, apriscos de ganado extienden su baja techumbre casi a nivel del suelo. Los rebaños dispersos, tumbados en las hierbas salitrosas, o caminando apretados en torno de la roja capa del pastor, no interrumpen la gran línea uniforme, empequeñecidos como se ven por ese espacio infinito de horizontes azules y claro cielo. Como del mar, plano a pesar de su oleaje, despréndese de esa llanura una sensación de soledad, de inmensidad, aumentada por el mistral que sopla sin descanso, sin obstáculos, y que, con su poderoso aliento, parece aplanar y engrandecer el paisaje. Todo se doblega bajo él. Los menores arbustos conservan la huella de su paso, quedan torcidos, tumbados hacia el sur, con la actitud de, una perpetua fuga...

II La cabaña

La Cabane

Un techo de cañas, unas paredes de cañas secas y amarillas: tal es la cabaña. Así se llama nuestro punto de cita para la caza. Tipo de la casa camarguesa, la cabaña no consta de más habitaciones que una sola, alta, grande, sin ventana; entra la luz por una puerta vidriera, que se cierra de noche con postigos. A lo largo de los paredones enlucidos, blanqueados con cal, hay armarios para colocar las escopetas, los morrales, las botas para los pantanos.

En el fondo hay cinco o seis literas colocadas alrededor de un verdadero mástil plantado en el suelo y que sube hasta el techo, al cual sirve de apoyo. Por la noche, cuando sopla el mistral y cruje la casa por todas partes, con el mar lejano y el viento que lo acerca, trae su ruido y lo continúa ahuecando se creería uno, acostado en el camarote de un buque.

Pero, sobre todo por la tarde es cuando la cabaña está encantadora. En nuestros buenos días de invierno meridional, pláceme estar solo junto a la alta chimenea, donde arden humeando algunas matas de tamariscos. Con las rachas del mistral o de la

tramontana, salta la puerta, chillan las cañas, y todas esas sacudidas son un ínfimo eco de la gran conmoción de la naturaleza en torno mío. El sol de invierno, azotado por la enorme corriente, se esparce, reúne sus rayos, los dispersa. Grandes sombras corren bajo un cielo azul admirable. La luz y los ruidos llegan por sacudidas, y las esquilas de los rebaños, oídas de pronto y luego olvidadas, perdiéndose entre el viento, vuelven a sonar bajo la puerta desencajada, con el hechizo de un estribillo de canción... La hora exquisita es el crepúsculo, un poco antes de que lleguen los cazadores. Entonces el viento está en calma. Salgo un instante. El ancho sol rojo descende en paz, inflamado y sin calor. Cae la noche, y os roza al pasar con sus alas negras y húmedas. Allá abajo, al nivel del suelo, se ve un fognazo, con el brillo de una estrella roja avivada por las tinieblas circunvecinas. En lo que resta de claridad, apresúrase todo bicho viviente. Un largo triángulo de patos vuela muy abajo, cual sí quisiese tomar tierra; pero de pronto los aleja la cabaña, donde brilla encendido el caleil (candil). El que va a la cabeza de la columna, yergue el cuello, vuelve a remontar el vuelo, y todos los demás se dirigen tras de él más arriba, con gritos salvajes.

Bien pronto se aproxima un inmenso pataleo, semejante a un ruido de lluvia. Miles de carneros llamados por los pastores y hostigados por los perros, de quienes óyese el galope confuso y el alentar jadeante, se amontonan con prisa, medrosos é indisciplinados, hacia los apriscos. Me veo envuelto, rozado, confundido dentro de ese torbellino de vellones rizados, de balidos; una verdadera marejada, en que los pastores parecen arrastrados con su sombra por olas que saltan... Detrás de los rebaños óyense pasos conocidos, voces alegres. La cabaña está llena, animada, ruidosa. Arden con llama los sarmientos. Hay tanta mayor risa, cuanto mayor es el cansancio. Es un aturdimiento de regocijada fatiga; las escopetas en un rincón, las grandes botas tiradas y revueltas, los morrales vacíos y junto a ellos plumajes rojos, áureos, verdes, argentinos, todos manchados de sangre. La mesa está puesta, y entre el husmillo de una sabrosa sopa de anguila, queda todo en silencio, ese gran silencio de los apetitos robustos, interrumpido tan sólo por el feroz gruñir de los perros que lamen a tientas sus cazuelas delante de la puerta...

Será corta la velada. Ya no quedamos juntos al fuego, que también parpadea, sino el guarda y yo.

Charlamos; es decir, nos lanzamos uno al otro frases a medias palabras al uso campesino, esas interjecciones casi indias, breves y pronto extintas como las postrimeras chispas de los consumidos sarmientos. Al cabo se levanta el guarda, enciende la linterna, y oigo perderse en la obscuridad de la noche su paso pesado.

III ¡Á la espera!

A lespere (A l'affut!)

¡La espera! ¡Qué nombre tan bonito para designar el puesto donde aguarda emboscado el cazador, y esas horas indecisas en que todo espera, vacila entre el día y la noche! El puesto de la mañana, un poco antes de salir el sol; el puesto de la tarde, al anochecer. Este último es el que yo prefiero, sobre todo en esos países de marismas, donde el agua de los estanques guarda la luz tanto tiempo...

Algunas veces sirve de puesto el chinchorro (negochín), barquichuelo sin quilla, estrecho, y que al menor movimiento se pone por montera. Apostado tras de los cañaverales, el cazador ojea los patos desde el fondo de la barca, de la que sólo

sobresalen la visera de una gorra, el cañón de la escopeta y la cabeza del perro, olfateando el viento y papando mosquitos, o bien inclinando, con sus patas extendidas, toda la barca sobre una borda y llenándola de agua.

Esta espera es demasiado complicada para mi inexperiencia. Por eso, casi siempre voy a la espera a pie, zabulléndome en pleno pantano, con enormes botas hechas de toda la longitud que el cuero permite. Ando despacio, con prudencia, temeroso de hundirme en el légamo. Apártome de los cañaverales, lleno de olores salitrosos y de saltos de ranas.

Al fin hallo un islote de tamariscos, un rincón de tierra seca, donde me acomodo. El guarda, en prueba de respetuosa consideración, ha dejado a su perro venir conmigo; un enorme perro de los Pirineos, con sus grandes lanas blancas, cazador y pescador de primer orden, y cuya presencia no deja de intimidarme un poco. Cuando pasa a mi alcance una chocha de agua, tiene cierto modo irónico de mirarme, echando atrás, con un movimiento de cabeza, a lo artista, sus largas orejas flácidas que le cuelgan delante de los ojos; luego, posturas de parada, meneos de cola, toda una mímica de impaciencia, como para decirme:

—¡Tira!... ¿Qué haces que no tiras?

Tiro, y marro. Entonces, con todo su cuerpo estirado, bosteza y se alarga, con aspecto fatigado, aburrido o insolente...

¡Pues bien, sí! Convengo en ello, soy un mal cazador. La espera, para mí, es la tarde al caer, la luz que disminuye y se refugia en el agua, los estanques que relucen, brillantando hasta el tono de plata fina el tinte gris del cielo obscurecido. Pláceme este olor del agua, este roce misterioso de los insectos en los cañaverales, este suave murmullo de las largas hojas que se estremecen. De vez en cuando se oye una nota triste, y retumba en el cielo como el zumbido de una caracola marina. Es el alcaraván que hunde hasta el fondo del agua su inmenso pico de ave pescadora, y sopla... ¡ruuú! Bandadas de grullas pasan volando sobre mi cabeza. Oigo el roce de las plumas, el ahuecamiento del plumón con el viento fuerte, y hasta el crujido, de la pequeña osamenta, rendida de cansancio. Después nada. La noche, las profundas tinieblas, tras un poco de claridad del día, retrasada encima de las aguas.

De pronto, noto un estremecimiento, una especie de molestia nerviosa, como si hubiese alguien detrás de mí. Me vuelvo y veo la compañera de las noches hermosas, la luna; una ancha luna, redonda enteramente, que sale con suavidad, con un movimiento de ascensión muy perceptible al principio, y que se retarda a medida que aquélla se aleja del horizonte.

Ya se advierten bien junto a mí los primeros rayos, y luego otros un poco más lejos... Ahora está iluminada toda la marisma. La menor mata de hierba proyecta sombra. Concluyóse la espera, las aves nos ven; hay que regresar a casa. Andamos en medio de una inundación de luz azul, ligera, polvorienta, y cada uno de nuestros pasos en los estanques y en las acequias, remueve en ellos montones de estrellas caídas y fulgores de rayos de luna que atraviesan el agua hasta el fondo...

IV Rojo y blanco

Le Rouge et le Blanc

Cerquita de nosotros, a un tiro de fusil de la cabaña, hay otra parecida aunque más rústica. Allí es donde habita nuestro guarda, con su mujer y sus dos hijos mayores: la

moza, que cuida de la comida de los hombres y compone las redes para la pesca; el mozo, que ayuda a su padre a levantar las artes y a vigilar las compuertas (martiliéres) de los estanques.

Los dos más jóvenes están en Arlés, en casa de la abuela, y permanecerán allá hasta que hayan aprendido a leer y celebrado la primera comunión, pues aquí están demasiado lejos la iglesia y la escuela, además de que el aire de Camargue no vendría bien a esas criaturas. El hecho es que al llegar el verano, cuando las charcas se quedan en seco y el blanco légamo de las acequias se agrieta con los grandes calores, la isla se vuelve inhabitable. Eso lo vi tina vez en el mes de agosto, viniendo a cazar ánades silvestres, y nunca olvidaré el aspecto triste y feroz de este paisaje abrasado. De sitio en sitio humeaban al sol los estanques como inmensas cubas, conservando en el fondo un resto de vida que se agitaba, un hormigueo de salamandras, arañas y moscas de agua en busca de rincones húmedos. Había allí un aire pestífero, una bruma de miasmas densamente flotante, aun más espesa por innumerables torbellinos de mosquitos. Todo el mundo tiritaba en casa del guarda, todo el mundo tenía fiebres, y daba pena ver las caras amarillas y largas, los ojos agrandados y con ojeras, de aquellos infelices condenados a arrastrarse durante tres meses bajo ese ancho sol inexorable que abrasa a los febricitantes y no logra hacerlos entrar en calor... ¡Triste y penosa vida la de guardacaza en Camargue! Todavía éste tiene junto a sí su mujer y sus hijos: pero dos leguas más lejos, en la marisma, vive un guarda de caballos, absolutamente solo todo el año, de cabo a rabo, y lleva una verdadera existencia de Robinson. En su choza de cañas, construida por él mismo, no hay un utensilio, que no sea obra suya, desde la hamaca tejida con mimbres, y las tres piedras negras reunidas en forma de hogar, y los troncos de tamarisco cortados en forma de escabeles, hasta la llave y la cerradura de madera blanca que sirve para cerrar esta extraña habitación.

El hombre es por lo menos tan extraño como su residencia. Es una especie de filósofo silencioso como los solitarios, que resguarda su desconfianza de labriego bajo unas cejas espesas como matorrales. Cuando no, está en los pastos, encuéntrasele sentado delante de su puerta, descifrando lentamente, con una aplicación infantil y conmovedora, uno de esos folletos de color de rosa, azules o amarillos que envuelven los frascos de medicina que emplea para los caballos. El pobre diablo no tiene más distracción que la lectura, ni otros libros sino éstos. Aunque vecinas sus cabañas, nuestro guarda y él nunca se visitan. Hasta procuran no encontrarse.

Un día que pregunté al rondeïron la razón de esta antipatía, me respondió con aire serio: —Es a causa de las opiniones... El es rojo, y yo soy blanco.

hasta en ese desierto cuya soledad hubiera debido aproximarlos, esos dos salvajes, tan ignorantes y sencillos uno como el otro, esos dos boyeros de Teócrito, que van a la ciudad apenas una vez al año, y a quienes los cafetuchos de Arlés, con sus dorados espejos, les producen el deslumbramiento del palacio de los Tolomeos, ¡han encontrado el medio de odiarse en nombre de sus opiniones políticas!

V

El Vaccarés

Le Vaccares

Lo más hermoso que hay en Camargue es el Vaccarés. Con frecuencia, abandonando la caza, vengo a sentarme a orillas de este mar salado, un mar pequeño que parece un trozo del grande, encerrado entre las tierras y domesticado por su mismo

cautiverio. En vez de esa sequedad, de esa aridez que por lo común, entristecen la costa, el Vaccarés, con su ribera un poco alta, toda ella verde por la hierba menuda, aterciopelada, ostenta una flora original y hechicera: centauros, tréboles acuáticos, gencianas y esas lindas salicarias, azules en invierno, rojas en estío, que transforman su color según los cambios atmosféricos, y con una floración no interrumpida, señalan las estaciones por lo diverso de sus matices.

Hacia las cinco de la tarde, hora en que el sol se pone, presentan admirable aspecto esas tres leguas de agua, sin una barca, sin una vela que limite y dé variedad a su extensión. Ya no es el íntimo deleite de los estanques y acequias que aparecen de distancia en distancia entre los repliegues de un terreno arcilloso, bajo el cual se siente filtrarse el agua por todas partes, dispuesta a reaparecer en la menor depresión del suelo. Aquí la impresión es grande, vasta. De lejos, ese cabrilleo de las ondas atrae bandadas de fulgas, garzas reales, alcaravanes, flamencos de vientre blanco y alas de color de rosa, alineándose para pescar a lo largo de las márgenes, disponiendo sus diversos tintes en una larga faja, igual, y, además ibis, verdaderos ibis de Egipto, que están como en su propia casa entre ese espléndido sol y ese mudo paisaje. En efecto, desde mi sitio no oigo más que el chapoteo del agua y la voz del guarda que llama a sus caballos, dispersos en la orilla.

Todos tienen retumbantes nombres: ¡Cifer!... ¡ducifer!... ¡L'Estello!... ¡L'Estournello!»... Al oírse nombrar cada bruto, corre dando al viento las crines, y acude a comer avena en la mano del guarda...

Más lejos, en la misma orilla, se encuentra una gran manada de bueyes, paciendo en libertad como los caballos. De vez en cuando veo por encima de unas matas de tamariscos la arista de sus dorsos encorvados, y sus cuernecitos en forma de media luna que se yerguen. La mayoría de estos bueyes de Camargue se crían para correrse en las fiestas de los pueblos, y algunos tienen ya nombres célebres en todos los circos de Provenza y Languedoc. Así, por ejemplo, la próxima manada cuenta entre otros con un terrible combatiente llamado Romano, que ha despanzurrado no sé cuántos hombres y caballos en las corridas de Arlés, de Nimes, de Tarascón. Por eso, sus compañeros lo han tomado por jefe; porque en esas extrañas piaras los brutos se gobiernan por sí mismos, agrupados alrededor de un toro viejo a quien eligen como conductor. Cuando en la Camargue descarga un huracán, terrible en esa gran llanura donde nada lo desvía ni lo detiene, es de ver la manada juntarse detrás de su jefe, con todas las cabezas humilladas volviendo hacia el lado de donde el viento sopla, esas anchas testuces en que se condensa la fuerza del buey. Nuestros pastores provenzales denominan esta maniobra: vira la bano au gisde, volver cuernos al viento. ¡Y pobres de los rebaños que no se conformen con ello! Cegada por la lluvia, impelida por el huracán, la manada en derrota gira sobre sí misma, se extravía, se dispersa, y corriendo enloquecidos los bueyes hacia delante para librarse de la tempestad, se precipitan en el Ródano, en el Vaccarés o en el mar.

Nostalgia de cuartel

Nostalgies de caserne

Esta madrugada, a los primeros albores de la aurora, me despierta con sobresalto un tremendo redoble de tambor... ¡Rataplán, rataplán!...

¡Un tambor en mis pinos, y a semejantes horas!... ¡Vaya que es raro! Pronto, a escape, me echo de la cama y corro a abrir la puerta.

¡Nadie! Cesó el ruido... De entre unas labruscas húmedas, vuelan dos o tres chorlitos sacudiéndose las alas. Una suave brisa canta entro los árboles...

Hacia el oriente, sobre la aguda cresta de los Alpilles, amontónase un polvo de oro, de donde, sale el sol con lentitud... El primer rayo roza ya la techumbre del molino. En el mismo instante, el invisible tambor se pone a redoblar en el campo bajo la espesura... ¡Rataplán, rataplán!...

¡Llévese el domonio la piel de asno! Ya lo había olvidado. Pero, en fin, ¿quién será el salvaje que viene a saludar a la aurora en el fondo de los bosques con un tambor?... Por más que miro, no veo a nadie... nada más que las matas de alhucema y los pinos que se despeñan cuesta abajo hasta el camino... Tal vez hay en la espesura algún duende oculto, resuelto a burlarse de mí... Sin duda, es Ariel o maese Puck. El pícaro se habrá dicho, pasar por delante de mi molino: –Ese parisiense está demasiado tranquilo ahí dentro; vamos a darle la alborada.

Tras de lo cual habrá echado mano a un bombo, y... ¡rataplán!... ¡rataplán!...

–¿Te quieres callar, tuno de Puck?, Vas a despertarme a las cigarras.

No era Puck.

Era Gouguet François, de apodo Pistolete, tambor del regimiento 31 de infantería, a la sazón con licencia semestral. Pistolete se aburre en el país, siente nostalgias, y cuando le hacen el favor de prestarle el instrumento del cabildo municipal, se marcha melancólico a tocar el tambor en los bosques, soñando con el cuartel del príncipe Eugenio.

Hoy ha venido a soñar a mi verde colinita...

Allí está de pie contra un pino, con el tambor entre las piernas, tocando si Dios tiene qué... Bandas de perdigones despavoridos corren a sus pies sin que lo note. Las hierbas aromáticas embalsaman el aire en torno suyo, sin que él las huela.

Tampoco ve las finas telarañas que tiemblan al sol entre el ramaje, ni las agujas de pino que saltan a su tambor. Absorto en su sueño y en su música, mira con amor moverse a escape los palillos, y su caraza estúpida dilátase de placer a cada redoble.

¡Rataplán! ¡Rataplán! ...

–¡Qué hermoso es el gran cuartel, con sus patios de anchas losas, sus filas de ventanas bien alineadas, su población con gorra cuartelera, y sus galerías bajas con arcos, llenas de ruido por las tarteras!...

¡Rataplán! ¡Rataplán! ...

–¡ Oh, la sonora escalera, los corredores encalados la oliente cuadra, los correajes que se lustran, la tabla del pan, las cajas de betún, los camastros de hierro con manta gris, los fusiles que relucen en el armero! ...

¡Rataplán! ¡Rataplán!...

¡Rataplán! ¡Rataplán!...

–¡Oh, qué hermosos días en el cuerpo de guardia; los naipes que ennegrecen los dedos y se pegan como pez, la sota de espadas horrible con adornos a pluma, el descabalado tomo de una vieja novela de Pigault–Lebrun tirado encima de la cama de campaña!...

¡Rataplán! ¡Rataplán!...

–¡Oh, las largas noches de centinela en la puerta de los ministerios, la garita vieja por donde la lluvia cala y en que los pies se hielan!... ¡Los coches de lujo, que salpican de barro al pasar!.. ¡Oh, el trabajo suplementario, los días de limpieza general, el cubo apestoso, la cabecera de tabla, la fría diana en las mañanas de lluvia, la retreta entre niebla a la hora de encender el gas, la lista por la tarde, a la cual se llega echando el bofe! ...

¡Rataplán! ¡Rataplán!...

–¡Oh, el bosque de Vincennes, los gruesos guantes de algodón blanco, los paseos por las fortificaciones, la barrera de la Estrella, el cornetín de pistón de la sala de Marte, el ajenco en las afueras, las confidencias entre dos hipos, los avíos de encender que se desenvainan, la romanza sentimental cantada con una mano puesta en el corazón!.. . .

¡Sueña, sueña, pobre hombre! No seré yo quien te lo impida... golpea de firme en el tambor, toca haciendo un remolino con los brazos. No tengo derecho a encontrarte ridículo.

Si tú tienes la nostalgia de tu cuartel, ¿no tengo yo la nostalgia del mío? Mi París me persigue hasta aquí como el tuyo.

Tú tocas el tambor bajo los pinos. Yo emborrono cuartillas... ¡Vaya unos provenzales que somos! Allá, en los cuarteles de París, echábamos de menos nuestros Alpillles azules y el olor silvestre del tomillo; ahora, acá, en plena Provenza, nos falta el cuartel, y nos es caro todo lo que nos lo recuerda...

Dan las ocho en la aldea. Pistolete, sin dejar en paz los palillos, se ha puesto en marcha de regreso... óyesele bajar por el bosque, siempre tocando... Y yo, tendido en la hierba, enfermo de nostalgia, al oír el ruido del tambor que se aleja, me parece ver desfilar a todo mi París entre los pinos...

¡Ah, París!... ¡París!... ¡Siempre, París!